

Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



ISSN: 1695-1859



Tercera época - N° 12
Marzo 2009-Enero 2010

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es semestral.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditor: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Comité de Redacción: Jaime Hernández de la Mora, Sergio Bayona y J.E. Álamo.

Colaboradores: Iñigo Fernández y Adriana Alarco de Zadra.

Ilustrador de portada: William Trabacilo.

Infografía: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Resto Ilustraciones: Jorge Vilá, William Trabacilo y M.C. Carper

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del texto, enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos. La colaboración escrita ideal debe estar formateada en Times New Roman 12 pto, sangrado de 0,75 cm, párrafo justificado y salto de una línea. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados estos, considera que hemos desestimado tu obra.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL 1

CUENTOS:

A no confiarse

por Juan Manuel Valitutti 3

En la armada no hay cobardes

por Ricardo Giorno 7

Más allá de toda ayuda

por Frank Roger

Traducción Graciela I Lorenzo Tillard 14

Puntos de vista

por M.C. Carper..... 19

Zana

por Germán Núñez López..... 27

NOVELAS:

Oxígeno y Aromasia. Capítulo X

por Claës Lundin

Traducido del inglés por Adriana Alarco
..... 43

La odisea literaria. Capítulo VI

por Claës Victor..... 49

Cronicas de las Tierras Mestizas.

Capítulo II

por Javier Navarro Costa..... 56

ARTÍCULOS:

El Anacronópete: la primera máquina del tiempo.

por Omar E. Vega..... 81

Iván Molina Jiménez

por José Joaquín Ramos..... 84

Sidekicks De Los Superhéroes

Por J. Javiere Arnau 90

Distrito 9: El Regreso De La Ciencia

Ficción

Por Magnus Dagon..... 100

POESÍAS:

Dioses y Muertes

por J. Javier Arnau 104

Emociones plasmáticas

por Carlos Daminsky 108

NOTICIAS:

Nº 1 de Sci-FdI..... 112

Avances editoriales Alfa Eridiani113

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



E d i t o r i a l

Estimado lector:

Con una periodicidad más larga de lo habitual, un año, llega a tus manos un nuevo ejemplar de Alfa Eridiani. Muchas son las causas que han ocasionado el mencionado retraso pero, aún siendo multitud, no han acabado con nosotros, seguimos al pie del cañón. Confiamos en que la espera, os vaya a deparar una mayor calidad literaria.

La variedad temática al menos está garantizada. En *A no confiarse* de **Juan Manuel Valutti** viviremos un futuro en el que la vida orgánica es una entelequia. **Ricardo Giorono** -*En la Armada no hay cobardes*- nos presenta un mundo en el que la subvenciones al ejército dependen de la valentía de sus integrantes. **Frank Roger** nos presenta su humorístico relato *Más allá de toda ayuda*. Una peculiar historia en el tiempo. *Puerto Pirata* de **Blanca Martínez** es un cuento de la saga de Al Braker y Whissita Reed. Recuerden que los presentamos en el Alfa Eridiani nº 11 con *Crisalida*. Esta vez Al Braker deberá escapar de las asechanzas de unos piratas a los que jugó una mala pasada. *Puntos de Vista* de **M.C. Carper** tiene de por sí ya un título bastante expresivo. No diré mucho, salvo que es un excelente *tour de force* que permite al lector ver desde tres puntos de vista una situación compleja. La guinda del pastel es puesta por la *space opera* titulada *Zana* de **Germán Núñez López**. Señalar que no hay trepidantes aventuras sino trepidantes reflexiones en torno a un futuro en el que la mujer debe ganar el derecho a reproducirse.

La sección de novelas está conformada por un trío de ases. El primero de ellos es *Oxígeno y Aromasia* de **Claës Lundim**. En anteriores capítulos veíamos una sociedad avanzada con jardines en las terrazas, bicicletas voladoras, restaurantes en los que se podía pedir a la carta comida fresca recién cazada o bien liofilizada, y sobre todo un sistema completamente democrático y progresista. No obstante la felicidad es incompleta y Aromasia se ve en un dilema: sacrificar su carrera política a su amor por Oxígeno, el cual cree que está demasiado influenciada por Apolonides, viejo poeta perteneciente al partido revisionista. En el capítulo anterior veíamos cómo los hombres de negocios trabajaban durante el periodo laboral, así como las diversiones que depara el parque Okeanos en Estocolmo. Oxígeno hace campaña previa a la sesión teatral en dicho parque.

El sexto capítulo de *La Odisea Literaria* de **Víctor Conde** es nuestro segundo as. Recordemos que la novela se desarrolla en dos realidades distintas, la nuestras y otra alternativa. En capítulos anteriores, vemos que en el universo alternativo se abre una ventana, espejo tal vez, hacia nuestro universo que permite la conexión entre ambos. Ese fenómeno dará lugar a que los causantes intenten reparar el daño en su universo y a la codicia en el nuestro.



Completa el trío de ases *Crónicas de las Tierras Mestizas* de **Javier Navarro Costa**. El primer capítulo de esta interesante novela nos relataba la vida de los Mestizos. Seres medio Loo-medio Humanos. Todo ello desde el punto de vista de la Reina Madre y su dolor por ser la única Loo pura superviviente a su descendencia mestiza que va cayendo en las sucesivas guerras contra los rebeldes loos puros o humanos puros que desean la desaparición de la abominación Mestiza. En este capítulo veremos cómo sobrevive una familia campesina compuesta por un huérfano de una de estas guerras junto a su madre y abuelas, quienes también sufrieron la muerte del padre de Senra.

No nos hemos olvidado de las poesías y publicamos dos pequeños poemarios. Uno de **J. Javier Arnau**, *Dioses y muerte*, que, por resumir, nos lleva desde lo sublime hasta los abismos más profundos de su tristeza y de sus angustias. El otro, *Emociones Plasmáticas*, de **Carlos Daminsky** predomina lo mecánico sobre lo emocional.

Lamentamos no tener Portofolio aunque nos hubiera gustado incluir uno. Confiamos que el próximo número lo contenga. Si eres ilustrador y quieres aparecer en Alfa Eridiani, escríbenos y publicaremos tus ilustraciones.

Noticias han habido muchas y muy buenas entre otras que ya somos una Asociación y hemos publicado un Erñidano en papel, ver *Lanzamientos Editoriales Alfa Eridiani*, y que nos ha salido una compañera electrónica en la Facultad de Informática de la UCM, ver *Nº 1 de Sci-FdI*.

Ya sólo nos queda despedirnos deseándoos buena lectura.

El Equipo Editorial



Cuentos

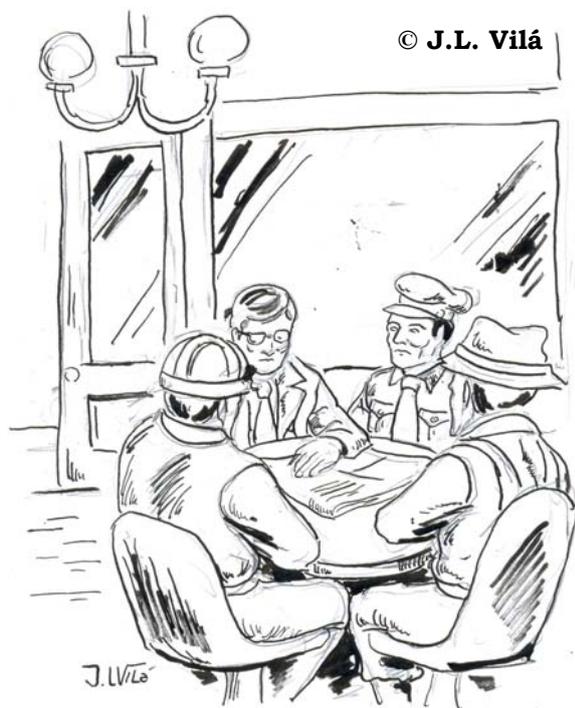
A NO CONFIARSE... por Juan Manuel Valitutti

La vida es un constante fluir, un cambio incesante hacia un destino que concebimos, más por deseo que por razón, mejor que el presente. Desde esta perspectiva, Juan Manuel Valitutti nos presenta un texto que bien puede ser considerado como una invitación a no confiarnos en el porvenir

Los cuatro amigos se habían dado cita en el comedor de la arcaica estación.

Permanecían sentados en torno a una herrumbrada mesita de hierro.

—¡Oye, Historiador! ¿Qué era esto, exactamente? —dijo Obrero, con un ademán abarcador.



© J.L. Vilá

Historiador levantó la vista del viejo periódico.

—Una terminal de trenes —susurró, y volvió la atención a las crujientes páginas.

—¿Y la gente viajaba? —intervino Militar, curioso—. ¿Y esto? ¿Qué era?

—Un comedor —dijo Historiador, sin desatender la lectura de las antiquísimas noticias—. Se sentaban en estas sillas, como nosotros, y comían.

Todos miraron a su alrededor, asintiendo.

De pronto, Historiador desplegó el diario ante sus compañeros.

—¡Observen! —dijo—. ¿No es una maravilla? ¡Me tomó un siglo rastrear este ejemplar para mi colección!



Obrero, Militar y Agricultor observaron la desmesurada tipografía y la intrigante foto en el margen inferior izquierdo de la página.

Historiador estaba exultante.

—Como podrán notar, por la ubicación de la fotografía, la noticia no era de las más destacadas en aquel entonces. Era apenas una curiosidad, una extravagancia; pero de ninguna manera conformaba una reseña seria.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Agricultor, frunciendo el entrecejo.

—¡Oh, vamos! —dijo Militar—. ¡Tú sabes lo que es!

Agricultor clavó la mirada en Militar.

—¡Debes estar bromeando! —carraspeó.

—Por supuesto que no bromea —terció Obrero—. ¡Y tú sabes de sobra de qué se trata!

Historiador se adelantó, y miró a Agricultor con una extraña sonrisa.

—Somos nosotros, tonto... —Separó los ojos del enmudecido Agricultor, y volvió a concentrarse en la portada del periódico—. Como les decía, la noticia, en aquellos días no pasaba de ser una anécdota banal, una curiosidad...

—Los humanos se confiaron, ¿saben? —dijo Obrero, secundando el discurso de Historiador.

Historiador analizó la apreciación de Obrero.

—Supongo que es una forma de verlo —reflexionó. Cerró el diario y lo abandonó sobre la mesita—. Me pregunto...

Obrero, Militar y Agricultor se adelantaron.

—¿Qué te preguntas? —dijeron al unísono, aunadas sus redes sinápticas.

Historiador chisporroteó.

—¡Nada, olvídenlo! —Sacudió la cabeza—. ¡Una tontería!

Obrero tomó el diario de la mesa y lo desplegó.

—¿Qué tan tonta es tu tontería, Historiador? —Estudió la fotografía—. ¿Quieres decirnos?

Historiador sopesó sus palabras antes de continuar.



—Me pregunto cómo irá la «sopa» de Genetista —dijo por fin.

—¡Bah! —Obrero repasó las páginas—. ¿Por qué lo preguntas? Es sólo una apestosa s... —Se interrumpió, y soltó el diario, como si sus páginas destilaran un ácido corrosivo—. ¡Oye! ¿Qué sugieres?

—Bueno, los humanos se confiaron, ¿saben? —Historiador acomodó el diario de manera de resaltar los encabezados—. Después de todo, ¿qué era lo que tenían ante sus ojos, sino apenas una trivialidad, casi un fenómeno de feria?

Las células ópticas de Obrero, Agricultor y Militar recayeron nuevamente sobre la fotografía.

La fotografía que retrataba el instante en que un operario humano ponía en funcionamiento una aparatosa máquina, con varias extremidades —un robot, como ellos, sólo que muy primitivo—, en la sala de cirugía de un hospital.

—A no confiarse, amigos —dictaminó Historiador—. Revisen el pasado. Desde los primeros pasos de los sirvientes mecánicos, hasta la Revuelta de los Positrones, los humanos siempre antepusieron su idiosincrasia, ensalzándola hasta la soberbia más patológica. Son sólo máquinas, decían. ¿Qué pueden contra nosotros? Y reían a mandíbula batiente, por supuesto... —Historiador hizo un alto y estudió los rostros traslúcidos de sus compañeros—. ¿Y bien? ¿Hablamos de genética?

—Yo me voy —dijo Obrero, y se puso en pie.

—Te acompaño —dijo Militar, y echó su silla venida a menos para atrás—. ¿Vienes, Agricultor?

—Sí —dijo Agricultor, y se levantó—. ¡Gracias por la lección de Historia, Historiador!

Los tres amigos se alejaban por los andenes polvorientos.

Historiador los miraba desde su puesto en la silla del antiguo comedor. Cada tanto se detenían y señalaban una locomotora, las barracas vacías, el hormigón devastado, y emitían un comentario.

Y reían...

Oh, sí, reían, y reían a mandíbula batiente, alhelados por la insignificancia colapsada que los rodeaba, tan diferente de su civilización de plástico invencible, y sus chisporroteos se apagaban entre codazos y empujones, a medida que se perdían de la vista.

Historiador quedó solo ante la mesita destartada. Dobló el diario en dos y se levantó, como lo hubiera hecho un ser humano siglos atrás.



Se ponían su gabán y se acomodaban el diario bajo el brazo, pensó, al tiempo que en sus traslúcidos rasgos se dibujaba una extraña sonrisa.

Se encaminó por el andén abandonado.

Pensó que, esa misma noche, mantendría una concienzuda conversación con su amigo Genetista.

© Juan Manuel Valitutti

JUAN MANUEL VALITUTTI (1971). Docente y escritor. Ha participado del taller virtual Máquinas y Monos, de Eduardo Carletti. Publicó cuentos en los e-zines NGC3660, NM, AXXON, miNatura y Club Bizarro, y en las revistas en papel Aventurama y Sensación. Durante el presente año su relato La vastedad de los espejos, de próxima aparición, resultó finalista del consurso Mundos en Tinieblas 2009, organizado por la editorial Galmort.



EN LA ARMADA NO HAY COBARDES

por Ricardo Giorno

¿Cuántas veces necesita morir un hombre para llegar a ser héroe? ¿Qué sigue después de la muerte? Esta es la historia de Ignacio Cárdenas, un soldado al que, una vez muerto, el ejército le brindó la oportunidad de redimirse de ese pecado inconcebible que es la cobardía. ¿Será capaz el sargento Cárdenas de superar sus temores para estar a la altura de las circunstancias?

El Primer Enfermero tecléo: «Sargento Ignacio Cárdenas» y pulsó ENTER. Mientras aguardaba miró de reojo la pared cubierta de puertas de acero.

Por una de las puertas apareció un cuerpo tendido sobre una camilla flotante. Un hombre. Aparentaba unos cuarenta años. En el pecho desnudo se leía: «Sargento Ignacio Cárdenas», y abajo un número de veinte dígitos.

El Primer Enfermero revisó los terminales de los cables que partían de la cabeza de Cárdenas. Todo en orden.

Caminó, tirando sin esfuerzo de la camilla, hacia la Máquina de Realidad. Se esforzaba por no mirar el espejo que dominaba el cuarto: por ahí espiaban los almirantes. Un fuego en el estómago hizo que rebuscara en los bolsillos. Se tragó dos *Enzimex*. El alivio fue instantáneo.

El equipo de enfermeros recibió la camilla y la ensambló a la máquina. El Primer Enfermero acopló los cables de la cabeza del sargento al terminal de inicio. Una vez constatados los signos vitales, puso a correr el programa que le indicaba el cronograma extraoficial.

Listo, pensó, el cobarde de Cárdenas vuelve a la vida.

El Sargento Ignacio Cárdenas se materializó justo donde todo había empezado.

¡Mil veces parió! –pensó mientras se pellizcaba–. No se diferencia de la vida misma.

Y le llegó el olor de las alimañas enemigas: el inconfundible regusto a cloaca con esa pizca cítrica que le llenaba la garganta lo previno del acecho del ejército de bichos.

Putra madre, ya están sobre nuestro pelotón.



Se dio la vuelta y miró la entrada de la cueva. Antes había sido un solo acto: oler a las alimañas y correr a esconderse. Ahí había sido descubierto murmurando pelotudeces y sin un rasguño, revolcándose en su propio excremento de cagón.

Después de encontrarlo en la cueva lo llevaron al Cuartel General. Le contaron que no había sobrevivientes de su pelotón. Le mostraron los cubos de memoria del teniente y de aquel efectivo de Enfermería, para que lo tuviese bien claro: la batalla ya había sido grabada en la Máquina de Realidad, y él no podría mentirles su cobardía. El desarrollo tecnológico del sistema de almacenamiento de memoria había llegado a la perfección.

Qué los parió, los cobardes no tenemos futuro.

Luego vino la propuesta: él ya podía considerarse muerto. Pero tenía para elegir. Volver a la batalla dentro de la mismísima Máquina de Realidad —y ahora sí poner el «cuerpo» y pelearla como un auténtico infante de marina— o ser acusado de desertor. Y ya todos sabían qué les sucedía a las familias de los desertores.

Ahora —en el *ahora* de la realidad virtual, que él no diferenciaba de la vida misma— se acomodó el bazoka láser. Esta vez estaba dispuesto a morir, desoyendo una voz interior que le rogaba meterse en la cueva y salvarse.

Al frente, a lo lejos y subiendo una loma, distinguió al teniente: embarrado, avanzaba cuerpo a tierra. Lo acompañaba el nuevo efectivo de Rastreo y, más atrás, la mitad de la tropa. Cárdenas permanecía a cincuenta metros: debía rodear con su propia gente esa misma loma y subir por la otra ladera, para que así el pelotón pudiese atacar desde dos flancos. Se sentía cubierto: lo escoltaban Comunicaciones, Enfermería y, sobre todo, el resto de la tropa de asalto.

Chasqueó la lengua, inspiró hondo y resopló con ganas. Antes de que él pudiera llegar al pie de la loma, las alimañas se interpondrían entre los dos grupos. Sí, sí, esto también lo sabía Cárdenas. Y entonces comenzaría la manzana.

—Son rápidos los hijos de puta —dijo—, ni tiempo para apuntar te dan esos ciempiés.

Comunicaciones asintió en silencio. El diálogo murió ahí.

Zigzagueando, el teniente llegó a lo alto de la cuesta. Se levantó y le hizo señas a Cárdenas. Del otro lado, aseguraba el Cuartel General, se encontraba un nido. Pero no cualquiera: esperaban encontrar *el nido*.



El sargento Cárdenas se rascó la nariz con la mano libre y miró de nuevo hacia el teniente: les había tocado un Rastreo joven, inexperto, recién egresado de la Academia. Un pendejo que sólo se dedicaba –como ahora, según se advertía a la distancia– a mirar los aparatos, esos chiches que te provee el Almirantazgo, y que por sí solos no sirven para una mierda. Ignacio Cárdenas le había suplicado al teniente que no se llevara a ese Rastreo novato, más conveniente en la retaguardia, a

su cuidado y entrenamiento. Sí que se lo había dicho. Pero el teniente, cabeza dura, creía en los mapas térmicos que suministran los satélites. Y ahí, en esos diagramas, había salido clarito una enorme actividad subterránea: bichos yendo y viniendo, más movedizos que aracnoides de Klendatu. No quiso saber nada cuando Cárdenas le dijo que no se desprendía anhídrido carbónico de los respiraderos. Cuando le dijo que le parecía raro que, a pesar de tantos bichos pelotudeando bajo tierra, no se percibiera un carajo de anhídrido carbónico en las chimeneas del supuesto nido. En suma, el teniente no le dio bola. Lejos de eso, enloqueció cuando le cayó la ficha:

—¡Vamos a capturar el nido mayor, sargento! —le había dicho—. ¡Vamos a salir en los libros!

El hedor arreció. A Ignacio le temblaron las piernas. Se meó encima. ¡Y qué carajo le importaba a él figurar en los libros! Iba a morir en batalla, definitivamente, lo tenía decidido. Ya no había vuelta atrás.

A pesar de que sabía que se precipitaba derecho a una emboscada, siguió el plan del teniente. Tenía que seguirlo. Se lo repetía una y otra vez, hasta deletrear las palabras: debo-seguir-el-plan-del-teniente. De lo contrario escupirán mi tumba, mis hijos cambiarán de apellido, mi esposa no cobrará la pensión.

El cubo de memoria que seguramente el cuerpo de Cárdenas tendría implantado –tendido ahí, en la sala de la Máquina de Realidad–, debería grabar toda la acción. Vaya uno a saber por qué el almirantazgo lo quería de esa manera. Pero él, en el fondo, agradecía la oportunidad de redimirse.



—Es que los cobardes —y se sorprendió de pensar en voz alta— son la escoria de la Infantería de Marina —quedó en silencio un instante—. ¡Eso debe ser! —Se dio una palmada en la frente—. ¡Desean ayudarme a limpiar mi nombre!

Comunicaciones se sobresaltó.

—¿Se encuentra bien, sargento?

—Y claro —continuó Cárdenas, sin escuchar al otro—: el compañerismo, el nombre de la Armada, están por sobre todas las cosas.

—¿De qué habla, Sargento? ¿Pasa algo?

—No, boludo —Cárdenas sonrió y siguió caminando—. Necesito al Armero.

—¿Ahora quiere cargar el bazoka? ¿Tan pronto? Es prematuro. No llegamos siquiera al pie de la loma, y los mapas dicen que las alimañas nos esperan del otro lado. Le va a llegar caliente el arma, sargento, si la carga ahora.

¿Pero cómo ese pedazo de imbécil no se daba cuenta del olor?

¡Están aquí! Pronto van a salir del suelo y nos van a coger a todos.

Ya que había elegido morir en el enfrentamiento, se quería llevar algunos bichos con él. La adrenalina a full surtía un efecto de invulnerabilidad que Cárdenas sabía falso.

—Sí, quiero al Armero ahora. Apurate.

El tufo insoportable hizo que deseara que esto no le estuviese pasando. Pero se mantuvo firme: había sido ese mismo hedor el que lo hizo correr y esconderse en la cueva, aquella primera vez.

—Llenalo —ordenó Cárdenas no bien el Armero llegó.

—Pero, señor...

—¡Cargalo al mango, carajo!

El clic del bazoka al armarse le martilló los oídos como la mejor canción de rock. Justo cuando la primera alimaña se desenterró de improviso.

—¡Tomá, puto!

Pronto fue un hervidero. Las alimañas desmembraron a unos pocos soldados y cargaron contra Ignacio.



Y el arma escupió de lo lindo. Fresquita y recién cargada. Y Cárdenas se gozó en la destrucción.

—¡Repliegue! —bramó, y les ordenó a sus piernas agarrotadas que se moviesen—. ¡Nos juntamos con el teniente!

No podía saber lo que estaba haciendo el teniente, esa parte era nueva para él. Supuso que contraatacaría.

—¡Sargento —oyó una voz a su espalda—, el teniente tiene trabado el bazoka!

¡Así que eso era lo que había pasado!

—¡Pelotudo! ¡Decile que tire con cualquier cosa!

Un solo bazoka. Un imán irresistible para los bichos.

Con dos bazokas y las granadas de pulso hubiese sido otra cosa.

Cárdenas retrocedía volteando cuerpos, quemando antenas, reventando agujijones. Pronto se dio cuenta de que no sentía miedo, de que su huida a la cueva le parecía lejana, de otra vida. Quiso ganar la batalla a toda costa. Se aferró al bazoka. Pero los bichos eran demasiados: las armas convencionales sólo atrasaban lo inevitable.

Y lo inevitable por fin llegó. Detrás de una figura calcinada, un bicho conocido y a la vez odiado asomó su cabeza. De los costados surgieron unas ciliias que le perforaron el chaleco.

Un fuego corrió desgarrándole las entrañas. Imposible soportarlo. Las piernas no le respondieron y cayó al suelo. Otro soldado alzó el bazoka. Lo dejaron solo.

Cárdenas tragó cuatro tabletas de analgésico instantáneo. Inútil, el dolor no cesaba. Gritó. Quiso ponerse en pie, no pudo. El fuego interno le consumía los huesos.

Pero él había elegido este padecimiento por sobre la puta inyección indolora. Lo había conseguido.

Justo antes de morir cerró los ojos.

Ya no seré llamado cobarde.



Un almirante y su vice dejaron de mirar las pantallas, que ahora sólo mostraban los signos vitales de Cárdenas. A través del ventanal, vieron que el sargento aún permanecía sobre la camilla.

El Primer Enfermero le desconectó los cables de la cabeza, y luego de una impecable trepanación le extrajo un bulto de la base del cráneo. Depositó el bulto, que tenía forma cúbica, en una bolsa plástica y la selló. Los signos de vida en las pantallas del almirante y del vice marcaron cero.

El equipo de enfermeros rodeó la Máquina de Realidad y desacopló la camilla flotante. Sin esfuerzo, deslizaron el cadáver fuera del cuarto.

—Y bien —le dijo el almirante a su vice—, espero sus conclusiones.

—Las acusaciones internas de deserción y traición a la patria —dijo el otro hojeando sus apuntes— ya deben ser desechadas. Propongo, a cambio, la Cruz al Valor.

—De acuerdo. Destruyase entonces el cubo de memoria original del sargento Cárdenas junto con los de toda la Compañía —el almirante pulsó una tecla. Desde la pared se deslizó una bandeja: traía el cubo, que depositó sobre el escritorio—. Quédese el actual como muestra de lo sucedido. Nadie va a notar la diferencia entre una y otra realidad.

El vice tomó la bolsa y la sumergió en una batea con un líquido viscoso y transparente. La bolsa plástica se disolvió.

—El cubo está listo para ser copiado, mi almirante.

Los dos salieron del lugar, sonrientes.

—Una copia de lo más relevante de la batalla irá para la prensa —ordenó el almirante.

—Correcto.

—Y me la acompaña con algún comunicado que explique el tiempo transcurrido desde que se perdió contacto con el pelotón...

—...hasta el «hallazgo accidental» del cubo dentro de las tripas de una ali-mañá —completó el vice.

—Correcto. Y otra copia, completa claro, para la ministra de guerra: no tenemos el mínimo interés en que la democrápula piense que hay desertores en la Armada, ¿cierto?

—Cierto, almirante. Lo principal es mantenernos unidos.



El almirante dejó de sonreír.

—Lo principal...—dijo—. Lo principal es que no nos corten el presupuesto.

© Ricardo Germán Giorno

RICARDO GIORNO, nacido en mayo de 1952 en el porteño barrio de Núñez, Ciudad de Buenos Aires. Empecé a escribir recién a los 48 años. Publiqué on-line en Alfa Eridiani, Axxón, La Idea Fija, NM, NGC 3660 y Aurora Bitzine. En papel: Subyacente inesperado y otros cuentos y en las antologías Desde el Taller y Grageas. Actualmente pertenezco al selecto grupo de escritores que componen La Abadía de Carfax, bajo la supervisión del escritor argentino Marcelo Di Marco.



MÁS ALLÁ DE TODA AYUDA

por Frank Roger

Traducido por Graciela I. Lorenzo Tillard

Esta es la historia de dos hombres cuyas coordenadas espacio-temporales se han encontrado gracias a un experimento que se ha salido de control. Uno necesita ayuda, el otro está dispuesto a dársela. Pero, ¿cómo socorrer a alguien cuya presencia oscila constantemente entre el presente y el futuro, entre lo pretérito y lo que va a suceder? Ésta es una pregunta que Eric, uno de nuestros protagonistas, intentará responder.

1

Salí al jardín para ver si tal vez el seto necesitaba algo de recorte, cuando un hombre de cabello rojo apareció de repente. Tan pronto como me vio, gritó:

—Ayúdame, Eric. Vamos, hombre, ¡ésta podría ser tu última oportunidad! ¡No me falles!

Simplemente me quedé mirándolo, demasiado sorprendido para decir algo. ¿Quién era este hombre? ¿Cómo sabía mi nombre? ¿Cómo aparecía en mi jardín así? ¿Y de qué estaba hablando?

—¡No te quedes allí, Eric! —gritó con voz de pánico, la cara retorcida por la furia—. Dios, hombre, ¿cuántas veces tenemos que pasar por todo esto? ¿No me recuerdas?

—¿Recordarte? —pregunté—. No creo que nos hayamos visto antes. ¿Quién eres?

—¿Qué quieres decir con que nunca nos hemos visto? Oh, cielos, ya lo entiendo. Si ésta es la primera vez que me ves quiere decir que es mi última oscilación y podría ser demasiado tarde. No hay manera en que pudieras...

Se interrumpió en la mitad de la frase cuando desapareció en un abrir y cerrar de ojos, tan misteriosamente como había venido. Mi jardín estaba como siempre. ¿Había ocurrido realmente todo eso? ¿Había estado soñando despierto o alucinando? Esperé unos segundos, pero la situación permaneció normal. Ahora, el seto. Cecilia me había pedido que viera si necesitaba un arreglo. Caminé sin prisa hacia la parte posterior del jardín, disfrutando del sol primaveral y la brisa tibia.

2



El seto necesitaba un poco de trabajo. Di media vuelta y estaba a punto de ir hacia el cobertizo cuando el hombre de cabello rojo apareció otra vez, de repente, "como de costumbre".

—Eric —gritó—, gracias a Dios que todavía estás ahí. Tienes que ayudarme antes de que sea demasiado tarde.

—Tú otra vez —respondí—. Estuviste aquí hace algunos momentos. ¿Quién eres? ¿Cómo apareces y desapareces de ese modo? ¿Y por qué en mi jardín?

—Ya te conté todo eso —respondió, gesticulando con furia—. No hay tiempo de repetirlo todo otra vez. Necesito ayuda, y tú parece ser el único por aquí.

—Me gustaría escuchar algunas explicaciones primero —dije—. Resulta que éste es mi jardín y me gustaría saber qué estás haciendo aquí.

—Por el amor de Dios, Eric, estamos perdiendo un precioso tiempo de ese modo. ¿No puedes simplemente aceptar la situación como es y ayudarme antes de que sea demasiado tarde? —Era evidente que estaba perdiendo la paciencia y poniéndose nervioso, aunque no con el pánico de la primera vez. ¿Pero en qué diablos andaba este tipo?

—Bien, de acuerdo, entonces —dije. Tal vez debería darle una oportunidad a este hombre. Después de todo, podía ser una persona decente que realmente necesitara de ayuda—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Mira —dijo; su voz finalmente sonó un poco más aliviada—. Desearía que tú... —Otra vez desapareció en medio de una frase. Me quedé mirando el aire vacío y pensé: bien, este hombre realmente parece tener un problema.

Di media vuelta y caminé hacia el cobertizo. Parecía como si fuera a ponerme a trabajar en el seto en un momento.

3

Estaba regresando hacia el seto con mis herramientas de jardinería cuando el hombre apareció inesperadamente por tercera vez.

—Eres tú otra vez —gritó cuando me vio.

—Me has quitado las palabras de la boca —respondí—. ¿No necesitabas ayuda?

—Eso es lo que entiendo. Al parecer estoy saltando atrás y adelante de mi punto de origen. No estoy seguro de qué salió mal, pero creo que estoy empezando a comprender la naturaleza de la situación.



—¿Cuál es tu punto de origen? —pregunté—. ¿Y qué quieres decir con saltar atrás y adelante? ¿Cómo debería interpretar tu problema?

—Estoy oscilando entre coordenadas temporales. El experimento debe haber fallado de una manera espectacular. Si no controlo este efecto, ¡bien puedo terminar perdiendo mi anclaje en el espacio y el tiempo, y quedar reducido a la nada, colapsado, como si nunca hubiera existido!

—Me temo que no tengo idea de qué estás hablando. ¿Podrías expresarlo de otra manera, en términos más profanos?

—Lo lamento, no hay tiempo para todo eso. De todos modos, no necesitas comprender mi situación completamente para ayudarme.

—Entonces dime qué se supone que debo hacer. Y rápidamente. Tienes a aparecer y desaparecer antes de que puedas terminar más de una frase.

—¿De veras? ¿Quieres decir que aparezco aquí regularmente? ¿Y por sólo unos momentos?

—Exactamente.

—¡Mi Dios! En ese caso... —El hombre se había ido. Me encogí de hombros y recogí las herramientas de jardinería. Era mejor que me pusiera a trabajar en el seto antes de que fuera interrumpido otra vez.

4

Había llegado a la mitad del seto cuando el hombre apareció por cuarta vez.

—¡Eric! Me alegra verte otra vez, aunque no esperaba aparecer aquí de nuevo.

—Mira, no perdamos el tiempo. Dime lo que tengo que saber, y especialmente lo que tengo que hacer para ayudarte.

—¿Ayudarme? Puede que haya hecho algunos saltos inesperados en algún momento, pero supongo que yo mismo resolveré el problema. ¿Qué te hace pensar que necesitaba ayuda?

—Es lo que me has dicho una y otra vez. La primera vez que te vi, incluso estabas entrando en pánico. Ahora, ¿podemos hablar de lo que importa?

—¿Quieres decir que caí aquí más de unas pocas veces?

—Sí, sigues cayendo aquí.



El hombre frunció el ceño.

—Bueno, ésa no es una buena noticia. Esto sólo puede significar que... — Su voz fue desapareciendo mientras parecía perderse en sus pensamientos.

—Mencionaste un experimento que salió mal. No hay necesidad de entrar en todos los detalles, pero si voy a ayudarte, tendré que saber por lo menos lo suficiente. Por favor, dime de qué se trata todo esto.

El hombre me miró pasmado.

—No se me permite divulgar nada. Pero si ya te dije tanto, debo haber estado muy desesperado.

—Dijiste algo sobre saltar atrás y adelante.

—Sí, obviamente sólo presenciaste los momentos que pasé en este particular marco temporal, apenas suficiente para darte una imagen completa de esta operación, que es un asunto muy secreto. De modo que por razones comprensibles no puedo decirte nada sobre qué ocurre en el otro lado de mis oscilaciones...

El hombre desapareció, llevándose con él su secreto y su pedido de ayuda al mismo tiempo. La forma en que este tipo aparecía, en cada ocasión en un momento previo, no era ideal para tener conversaciones normales, explicar situaciones complicadas u ofrecer ayuda. Sin embargo, poca cosa podía hacer yo sobre eso. Bien podría tratar de terminar el seto.

5

Eché una mirada final al seto, recortado a la perfección, y estaba a punto de llevar las herramientas al cobertizo cuando el hombre apareció otra vez.

—Allí estás otra vez —dije—. Ahora, ¿cómo puedo ayudarte?

—¿Me conoces? —preguntó el hombre, sorprendido—. ¿Dónde podemos habernos conocido? ¿Y con qué te gustaría ayudarme?

—Mi nombre es Eric —dije—. Eres un visitante regular. Al parecer estás saltando atrás y adelante en el tiempo, y estás desesperado por ayuda. Bueno, lo estabas la primera vez que apareciste aquí. Desde tu punto de vista, ésa era la última vez. O más bien, ésa sería la última vez. Es todo un poco confuso.

—No tengo idea de qué estás hablando —dijo el hombre, mirándome con desconfianza—. Y estoy seguro de que nunca nos vimos antes. Por favor, te agradecería que me dejaras a solas y pararas de hablar de ese supuesto problema temporal.



—No puedes pedirme que te deje solo cuando te apareces de ese modo en mi jardín —contesté—. Pero espera un minuto, espera un minuto.

Empezaba a comprender la situación.

—Cuando te vi por primera vez, tú ya habías hablado conmigo en una serie de ocasiones, y estabas desesperado por resolver este terrible problema tuyo. No dudo que para ese entonces ya habías imaginado qué había salido mal y qué tan serio era. Pero para ti, ésta es ahora la primera vez, y no tienes idea de lo que vas a contarme las siguientes veces sobre los experimentos secretos que salieron mal, y probablemente te estás preguntando quién soy y por qué te estoy diciendo todo esto.

El hombre me lanzó una mirada furiosa y dijo:

—Francamente, no sé qué decir. Esto está yéndose demasiado lejos. Por favor, si me disculpas, tengo que asegurarme de que...

La nada otra vez, y me quedé solo, otra vez. Si éste hubiera sido efectivamente el primer salto del hombre, nunca lo vería de nuevo. Esperé unos segundos, y cuando nada ocurrió fui al cobertizo para guardar las herramientas. Al parecer había tenido razón. Era probable que el hombre no apareciera más.

Volví adentro y tropecé con Cecilia, que salía del baño.

—Te escuché hablar —dijo, su voz tenía un cierto timbre de preocupación—. ¿Había alguien en nuestro jardín? ¿Quién era ese hombre?

—No importa en absoluto —respondí tranquilizándola—. No había ningún problema. Era simplemente un tipo que estaba más allá de toda ayuda. Se ha ido ahora. No te preocupes.

© Frank Roger

© Traducción Graciela I. Lorenzo Tillard.

Frank Roger nació en 1957 en Gante, Bélgica. Estudió filología germánica (inglés-neerlandés) en la Universidad de Gante y obtuvo su diploma con una tesis sobre Philip K. Dick (1981). Su bibliografía incluye más de 700 publicaciones en más de 20 lenguas. Los conocedores definen su obra como una mezcla de géneros literarios y estilos: fantástico, sátira, ciencia ficción, surrealismo, humor negro, todos en constante polinización cruzada.



PUNTOS DE VISTA por M.C.Carper

«No todas las cosas son lo que parecen», éste es el aprendizaje obtenido por dos de los tres protagonistas de la presente narración; una historia en la que se conjugan los puntos de vista con un hallazgo extraordinario que bien podrá ser la panacea de la humanidad pero que se ha realizado en un momento inapropiado. El problema supera tanto a Collins como a Puertas y, sin embargo, alguien debe ponerle remedio..

El Señor Collins

Observé el mobiliario para matar el hastío. Una mesa sencilla y dos sillas en una oficina pequeña, de seguro alquilada. Sólo había una puerta y una diminuta ventana que daba a un pulmón interior del edificio. Miré el reloj, ya había pasado un largo minuto desde la hora acordada.

Odio la impuntualidad, un rasgo característico de las personas desordenadas que no pueden gobernarse a sí mismas.

¿Y éste tipo pretende dar una respuesta coercitiva al asunto?

Es un necio.

El sonido del picaporte me anunció que llegaba. Ajusté mi corbata y palpé mi tarjeta personal en el bolsillo, supuse que él no tendría ninguna. Tampoco llevaría una pistola oculta bajo el saco. El hombre que apareció era gordo y usaba una colonia de marca desconocida, era una bajeza tener que lidiar con él.

—Señor Collins —dijo extendiéndome la mano—. Encantado de conocerle, soy Helvio Puertas.

Dejé que oprimiese los dedos de mi mano derecha. Parecía entusiasmado, no era más que otro loco soñador. Seguro se creía un iluminado que, preocupado por sus prójimos, pretendía solucionar los problemas del mundo. Preferí que iniciase su exposición sin preámbulos.

—Bien —dijo exhalando cansancio por el sobrepeso—, mi programa llegó a sus manos hace meses. Sabe que hemos realizado pruebas en poblaciones reducidas y en todas obtuvimos resultados positivos.

—No lo creo. —había hecho analizar el estúpido programa y el pretencioso alcance que esperaba darle; tenía que poner en su lugar a aquel idiota.

—Es la verdad —continuó como si me interesasen sus argumentos—. Esto eliminará la falta de alimentos y los costos de la energía se reducirán a



nada. Edificando laboratorios de producción en los lugares más necesitados se frenará la tasa de mortandad por hambruna.

—¿Pretende que ponga mi dinero en sus manos para experimentar con esos cristales que halló? —lancé la pregunta para que explicará sus planes, cuanto sabía en realidad. No quería llegar a lo peor sin estar seguro.

—Sí, señor. Estos cristales fertilizan los desiertos. Sus emanaciones curan enfermedades terminales. Entre los miembros de mi equipo había gente que tenía sida y cáncer, hoy pueden competir en las olimpiadas. Con un mínimo fragmento se puede generar electricidad sin ningún residuo nocivo. En nuestras últimas pruebas descubrimos que reducen las posibilidades de sismos o tornados...

—¡Basta! No creo en la magia. ¿Quiere obsequiar esa fuente de milagros al mundo? ¿Todo a cambio de nada? —lo acusé clavándole la mirada, no podía creer que existiera semejante personaje desinteresado.

—Absolutamente nada —replicó asintiendo como un nene caprichoso—. La humanidad podrá entregarse a los placeres del conocimiento y la distensión.

—Usted no sabe nada acerca de la humanidad —afirmé tajante—, como no sabe nada acerca de esos cristales —el gordo se mostró interesado en mi comentario—. Que encontraran los dichos cristales fue una maldita casualidad. Fueron escondidos ahí por mis ancestros españoles en el siglo quince, pues fueron descubiertos en una de las incursiones de Alejandro Magno. Los sabios consejeros supieron mantener el secreto desde entonces. Usted ha violado muchas leyes hurgando donde no debe. El lugar donde escondimos los cristales tenía el acceso prohibido pues es propiedad privada, pero a pesar de las restricciones, usted y sus colegas, excavaron sin ningún permiso.

—¿Quiere decir que conocía esa tecnología y se la negó a la humanidad? ¿Con qué maldito derecho, hijo de puta? —Helvio miró hacia las paredes buscando una respuesta.

—Su definición de humanidad es la de los poetas, de los enamorados. De aquellos que no ven más allá de sus narices. Hace mil años se reunieron en una abadía francesa los siete hombres más poderosos de Europa. No necesita saber los nombres, sólo que ese día decidieron que era lo mejor para asegurar el futuro de la especie humana, porque eso es lo que importa. Nunca cuentan los individuos. La naturaleza lo sabe. Desde la cucaracha a las ballenas, pasando por el hombre, debe prevalecer la especie. Mientras se conserve un espécimen, el más apto desde luego, la humanidad tendrá un futuro.

—¿Qué está diciendo? ¿Para que la humanidad sobreviva hay que negarle esta solución a los problemas? —interrumpió el obeso ahogándose en sus propias palabras.



—Aún no he terminado, mi gordo amigo —metí la mano en el interior del saco—. Trate de no ser insolente y escuche. Aquellos siete de la Abadía le dieron vueltas y vueltas al asunto durante días. Sin ninguna opción, coincidieron en que había una sola manera de lograr un ser humano con intelecto desarrollado, salud mental, principios y excelente estado físico... Otra vez, la naturaleza nos brinda un ejemplo en la selección natural. Algunos sobreviven, otros no. Se crearon muchas normas. —Me distraje un minuto tratando de imaginar a mis ancestros sellando con pluma y papel el destino de los siguientes milenios—: El anonimato fue la regla número uno. La gente común cree que los políticos, las religiones o las catástrofes producen los cambios en el mundo, todo eso es una pantalla. Real, sí, pero no más que una pantalla. Ya aparecieron otros insensatos como usted en nuestro camino y todos terminaron del mismo modo.

—Parece que usted ha visto muchos episodios de los Archivos X. —replicó el gordo dirigiéndose hacia la puerta.

En ese momento entró a la oficina un hombre vestido con algo parecido a un traje de buzo sin escafandra. Sacó una pistola y apuntó al gordo. Yo nunca había visto un arma igual, no se parecía en nada a la pistola que tenía escondida. Pensé que sería un enviado de mis colegas. Antes de que pudiera hablar, fulminó de dos disparos a Helvio.

Iba a felicitarlo cuando apuntó el arma hacia mi pecho. Noté lágrimas brillando en sus ojos mientras oprimía el gatillo.

Helvio Puertas

Me detuve para pedir un par de hamburguesas mientras aguardaba la llegada del tren. Sabía que era comida chatarra y sonreí, si todo salía bien en algunos años se transformarían en exquisiteces para excéntricos.

Estaba haciendo calor. Otra cosa que desaparecería y nadie iba a extrañar: el insoportable e impredecible clima. Saqué un pañuelo descartable para secarme la barbilla. Ya había terminado mi breve cena, me percaté de que el tiempo transcurría despacio; algunos teóricos argumentaban que se debía a un cambio en la inclinación del eje de la Tierra.

Hice un bollo con la servilleta para dejarla en un cesto de basura, pero demoré diez minutos en encontrar uno, los vándalos los destrozaban sin ninguna razón, las baldosas a mí alrededor estaban cubiertas por papelitos de cigarrillos, golosinas o vaya a saberse qué.

El andén se estaba llenando de gente, por otra sorpresiva demora en el servicio. Como no suelo usar reloj, son demasiado caros, busqué el de la estación, pero estaba tan sucio y deteriorado que dudé en confiar en la posición de las agujas.



La oficina que había alquilado estaba a veinte cuadras, el riesgo era mucho si no llegaba a tiempo. Si alguien se había arrojado a las vías o había paro de señaleros, no era relevante, tenía que estar ahí puntual.

Abandoné la estación y emprendí la caminata por la avenida. No soy ningún atleta, pero aceleré el paso. A los pocos metros me empezó a arder la garganta. Cuando vislumbré un quiosco me detuve a pedir una gaseosa. De dos litros, por supuesto. Helada. Bebí sin respirar y proseguí.

Tal vez, algún día recordaría con una sonrisa aquella terrible caminata a favor del futuro de la humanidad

Cuando excavé bajo las ruinas precolombinas, no imaginé encontrarme con un poderoso artefacto milagroso, me enteré en Lima que los nativos iban a ese lugar con ofrendas para recibir dones, curaciones milagrosas y bendiciones.

Se trataba de cristales en forma de diamante, pero del tamaño de una pelota de fútbol. Generaban calor, casi imperceptible sin termómetros sensibles, ante la presencia humana. A mayor cantidad de personas, mayor calor. De alguna forma eran empáticos con el entorno, influían en el clima y la ecología.

Un día, dejamos uno sobre nuestro grupo electrógeno y descubrimos sobresaltados que el aparato funcionaba con el tanque vacío. Aposté unos pesos a mis amigos, que la camioneta arrancaría sin combustible si dejaba un fragmento de cristal en el motor y gané.

No sabía que esperar del señor Collins. No era alguien reconocido, no salía en las revistas ni en los artículos de los suplementos de economía, pero sus agentes aparecían en muchas organizaciones. Desde la Bolsa hasta las entidades ambientalistas, las conferencias del Vaticano y los centros de investigación suizos. Mi afición a Internet tenía la culpa, soy un hurgón por naturaleza, por eso me topé con los cristales.

Subí los escalones hasta la puerta del edificio y entré, el esfuerzo cubrió mi rostro de sudor. El conserje no estaba, como era habitual. No tardé en tomar el ascensor hasta la oficina. Me sequé la cara aprovechando el oscuro espejo en la pared mientras ascendía. Al salir sólo tuve que atravesar la puerta y estuve frente al hombre al que esperaba asombrar y convencer.

—Señor Collins —dije ofreciéndole una mano. Era un viejo muy saludable, su ropa parecía recién planchada, me presenté.

Me contestó con una mirada apática. No abrió la mano, así que me encontré tomándole unos dedos fríos, como de muerto. Iba a ser difícil, pero ya había jugado mi carta y comencé diciéndole que le había entregado toda la información respecto al descubrimiento



—No lo creo. —interrumpió el viejo con su cavernosa voz. Definitivamente su intención era discutir. Nunca me arredro ante los que se creen mejores que el resto, tendría que oírme.

—Es la verdad —dije fingiendo no darme cuenta de su actitud y describí las virtudes de los cristales. Entonces se encendió de ira y me gritó que terminase, que no creía en magia.

—¿Todo eso a cambio de nada? —dijo.

Lo había aclarado mil veces en los mails, el viejo me estaba haciendo perder el tiempo a propósito. Le dije que así era y comenzó a contarme una rara historia sobre europeos, una abadía y Señores guardianes de la humanidad. Miré la boca del viejo moverse, pero me negué a escucharlo. No tenía sentido su fábula sobre un complot mundial. Bostecé y aún continuaba hablando—: Ya aparecieron otros insensatos como usted, todos terminaron del mismo modo. —concluyó.

La última frase sonaba a amenaza. No soy cobarde, aunque tampoco un héroe, el viejo estaba loco y podía esconder un arma.

—Parece que usted ha visto muchos episodios de los Archivos X. —dije a manera de despedida.

Entonces apareció en la puerta un hombre con traje de buzo. Sacó una pistola y pude ver el cañón ante mis ojos. No entendía que diablos estaba haciendo cuando oprimió el gatillo.

El hombre con traje de buzo

Contemplé mi cuerpo desnudo ante la superficie pulida de la cápsula del tiempo. Lo que veía era el resultado abnegado de una enorme cantidad de personas, un ejemplar humano capaz de sobrevivir ante lo inusitado.

Un Súper hombre.

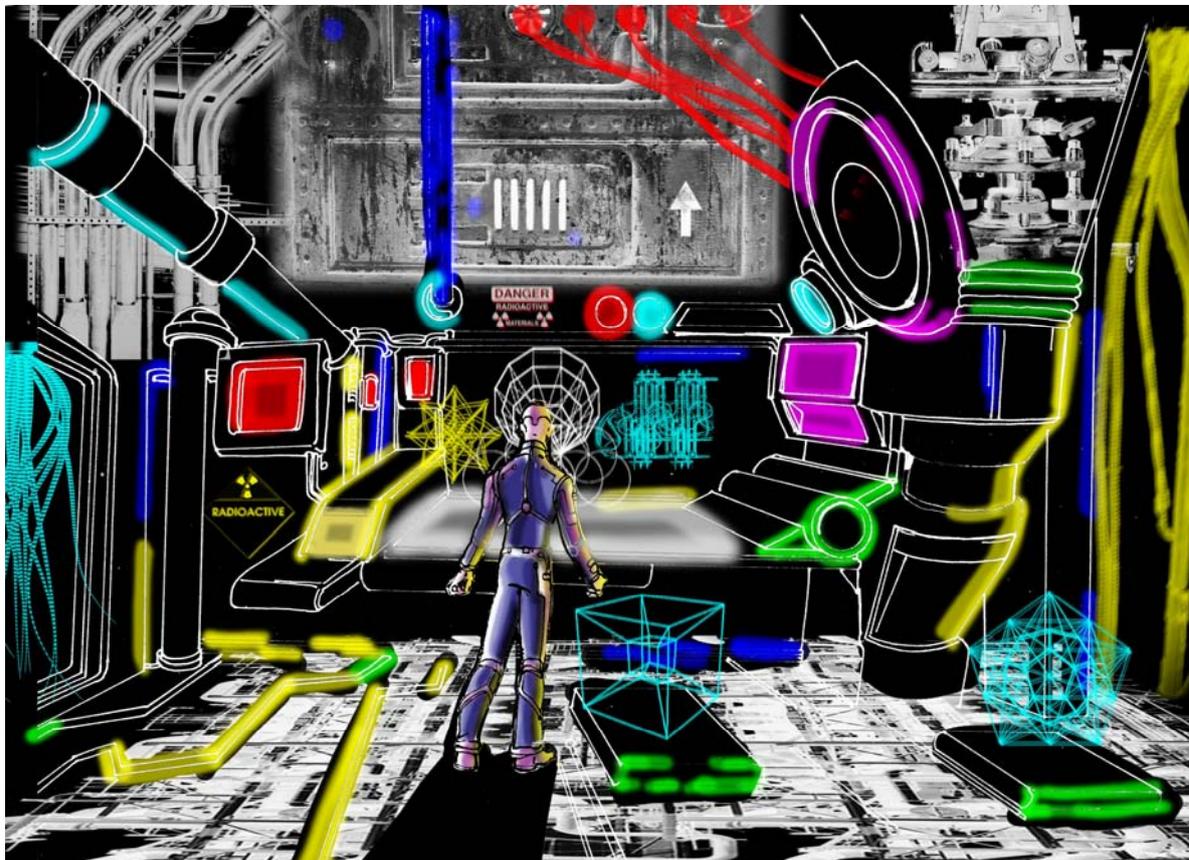
Había muchos otros como yo, pero ya no existían en esta línea temporal.

Tragué saliva pensando que jamás oiría de nuevo las canciones de Adel o la dulce voz de Crista susurrándome poemas de amor.

Sólo quedaba yo y no por alguna habilidad distinta o un aprendizaje especial, no. Estaba vivo por casualidad.

Durante las pruebas de viaje a través del tiempo, mi línea temporal se desvió. Por algún error, al cambiar mi propio entorno de tiempo cambié mi presente. Retrocedí en una dirección, pero al retornar no retomé la misma línea hacia mi presente. Eso creo, aunque las computadoras tienen muchas teorías. Todo aquí, en la ciudad hogar, está igual, a excepción de que han desaparecido todos mis congéneres. Por fortuna, el registro total de los even-

tos se conservaba en las memorias de nuestro complejo subterráneo donde



gozamos de todos los placeres conocidos.

© M.C. Carper

Tras la primera semana buscando la presencia de otro *homo superioris* en la ciudad, realicé viajes de inspección a la superficie, pero sólo hallé bandas ambulantes de humanos en estado salvaje. Sin cultura social, compitiendo con animales por alimento. Quise adiestrarlos, pero sólo conseguí desilusionarme. Son torpes y taimados.

Algo destrozó mi presente y debe haber sido un hecho que pasó desapercibido. Algo que desencadenó esta catástrofe y sucedió después de mi última partida.

Habíamos encontrado el secreto de la inmortalidad hacia siglos, sólo podían ser tratados los niños, como era mi caso. Los ancianos señores, en su sabiduría, aceptaron este hecho con alegría. Siendo muy pequeño llegué a conocer a varios de ellos. Cuando terminé mi larga adolescencia, me inscribí en el programa de viaje en el tiempo. Fui al pasado repetidas veces. Tal vez eludiendo esta línea temporal sin saberlo en esos viajes, pero no podía durar para siempre mientras existiera el hecho que nos desvió hasta esta realidad.

Ocurrió al regreso de un examen a las comunidades prehistóricas africanas, por pura ironía mi mundo se había convertido en algo más salvaje que esos hombres simios.



Dejé que las computadoras buscaron «el hecho» y pronto conocí los detalles.

Uno de nuestros antiguos Señores había encontrado a un perturbador entre los obreros esclavos de la antigua sociedad, la obsoleta. Había decidido deshacerse del elemento discordante él mismo, pero falló y fue descubierto por las fuerzas policiales de la época. Durante las indagaciones del incidente, descubrieron el pacto de la Abadía y toda la organización fue perseguida por las autoridades, el anonimato de los Señores y los documentos del perturbador ayudaron a develar el secreto. La sociedad condenó a mis ancestros, todos los integrantes fueron juzgados y encarcelados. Los Señores no pudieron continuar el plan y mi mundo nunca se originó.

Estaba claro lo que debía hacer.

Programé el viaje hacia el pasado para cambiar aquel destino, localizando el momento y el lugar de la fractura de la línea temporal.

Me materialicé en el punto exacto. Detrás de la puerta podía oír las voces de ambos, acerqué mi oído para escucharlos.

Uno explicaba como acabar con el hambre en el planeta, mientras el otro, un anciano a juzgar por el sonido de la voz, replicaba en lo inútil de la idea.

Esta voz era despectiva y desagradable.

El primero describió cristales que sanaban, yo los conocía, eran nuestra principal fuente de energía. La emoción que ponía en sus palabras me alcanzaba. Era un hombre que pensaba en los demás, quería el bien de sus semejantes.

—¿Todo a cambio de nada? —gruñó el viejo.

—La humanidad podrá entregarse a los placeres del conocimiento y la distensión. —Lo oí y asentí para mí mismo, así era mi mundo.

Entonces el viejo se reveló como uno de los Señores, uno de mis antepasados. Era muy posible que lo hubiese conocido, varias vidas atrás de estos hombrécitos mortales. Entendí que mi objetivo era él que me caía en gracia, mientras que el Señor me era desagradable. Las voces se acaloraron del otro lado, gritaban.

—¿Privaron a la humanidad de su uso? ¿Con qué maldito derecho, hijo de puta? —estalló mi objetivo, pero no podía dejar de sentir simpatía por él. Yo reaccionaría del mismo modo en su lugar, en cambio el viejo me provocaba tristeza.

El Señor antiguo replicó, el desprecio se percibía en cada sílaba. Comenzó a contarle la historia de nuestros antepasados, los que idearon el plan y concluyó—: ...debe prevalecer la especie. Mientras se conserve un espécimen, el más apto desde luego, la humanidad tendrá un futuro.



Ya no quería oír más. Saqué mi desintegrador. Entraría y cumpliría mi tarea, lo que había venido a hacer.

—Ya aparecieron otros insensatos como usted —continuó burlón, el anciano—, todos terminaron del mismo modo.

La que oía era la voz de un asesino, un ser disponiéndose a matar. No estaba seguro de ser capaz de obrar igual, el arma temblaba en mi puño. Mi comportamiento no era diferente al del despreciable viejo.

—Parece que usted ha visto muchos episodios de los Archivos X. —dijo el hombre destinado a morir de una u otra forma. Abrí la puerta y los vi. Ignoré mis sentimientos para disparar y lo hice dos veces, terminando con la vida de mi objetivo. No pude hacer lo mismo cuando mis ojos se posaron en el Señor.

Un nudo se formó en mi garganta mientras las lágrimas llenaban mis ojos. Él también pareció reconocerme. Lo odié en ese instante y odié al maldito programa que me había convertido en asesino. Tal vez estaba en los genes porque no solo tengo el mismo nombre, Collins; también la misma sangre. Contemplé su retrato muchas veces, en un futuro condenado: era mi abuelo.

Disparé y comencé a desaparecer rápidamente.

© M.C. Carper

M.C. CARPER. Escritor e ilustrador argentino de Ciencia Ficción. Ganador del primer premio y el accésit en el rubro ilustración del PIEEE 2009. Realizó el cómic biográfico de AC/DC y un comic book sobre el Inner Circle, Los Maestros del Caos. Ha participado en Alfa Eridiani, Forjadores, Axxón, Próxima, Sensación y miNatura. Ilustró Escultores de Hombres de Claudio Landete Anaya. También realiza la Serie Sálvat en Aurora bitzine y la space opera EdlD en Portal-Cifi.



ZANA

por Germán Núñez López

*El de Zana es un mundo que se rige bajo las normas del Emporio Vrida, un corporativo que, desde siglos atrás, se encarga de mejorar, al tiempo que controlar la vida de sus accionistas o habitantes. A través de este texto, que posee ciertas reminiscencias de la obra de Aldous Huxley, **Un mundo feliz**, Germán Núñez recorre los caminos de la psique humana para presentarnos algunos de sus recovecos más íntimos y substanciales.*

Saltaban chispas en la recepción del Banco de Salud.

—¡Quiero entrar! —gritó Zana conteniéndose.

—Lo siento señorita, pero no puedo dejarla pasar —el enorme Guardia de Seguridad mantenía el brazo atravesado en el vano de la puerta cerrándole el paso.

—No vuelvas a llamarme señorita —contestó Zana clavándole su mejor mirada de amenaza, unida a una mueca cruel al fijarse en su fea y angulosa nariz.

—De acuerdo —el hombre sacó su porra y la apuntó con ella, tocándola en el esternón—, pero sigue sin poder pasar.

Zana miró a través de las gruesas paredes de cristal verde. Sabía que era capaz de romperlas de una patada y echar a correr dentro, pero eso sí que no serviría de nada y sólo empeoraría las cosas, tal vez para siempre.

—Sólo quiero verlo —dijo más calmada, tratando de esbozar una sonrisa seductora que no iba con ella.

—Accionista Zana Gondor —dijo el Ayudante Recepcionista con una fina sonrisa en su rostro sintético—, conoce bien las normas Emporiales y sabe que aún no se ha ganado ese derecho. Debo añadir que está protegido en una cámara frigorífica y dentro de un ambiente estéril, lo que pide es un riesgo, es imposible. Así que si es tan amable...

—Pero sólo será un momento —imploró Zana con rabia.

—No —atajó el Guardia firmemente—, debe irse.

—Mira guapo, no me llames de usted que nos conocemos y no pienso moverme de aquí.



El Guardia dio un paso con un tic de ira.

—¡Yo no soy guapo y...!

—Tu problema no es ser feo, tú estabas dos cursos por delante de mí en la Academia. ¿Cómo es que no estás en un crucero surcando el espacio? Con esa nariz y ese coeficiente no te aceptan ni en los mercantes. ¡Tú sí que nunca tendrás derecho a nada de lo que hay ahí dentro!

—¡Cállate y vete! —gritó el Guardia lleno de furia.

Zana enmarcó una ceja triunfal, lo había puesto tan histérico que había dejado desguarnecida la puerta.

—Accionista Zana Gondor —repitió el Ayudante—, no ponga las cosas peor de lo que están, ya tiene un punto negativo, exponerse a una sanción mayor es un riesgo absurdo. Desista de su actitud y vuelva a sus labores.

Zana miró a través de la puerta abierta: en el centro del amplio vestíbulo, que cubría toda la planta baja del aplanado edificio, flotaba un holograma esmeralda con el anagrama del Emporio Vrida. Más allá estaba la columna con los ascensores. La puerta de uno ellos acababa de abrirse.

Observó al Ayudante, una fría expresión electrónica dentro de un rostro de emulación femenina, altivo tras el mostrador de molduras plateadas al que estaba atornillado. Ni él ni el vulnerable guardia eran problema, pero los controles de dentro...

Volvió a mirar el vacío verde de la puerta, otra vez hacia el Ayudante, la luz roja que brillaba dentro de sus ojos la observaba impasible.

Zana llenó de aire sus pulmones, y exhaló despacio, dejando caer los hombros. El Guardia relajó el gesto y dio un paso atrás para cerrar la puerta. Zana le echó una última mirada derrotada y se volvió para irse.

—Está bien, me voy —dijo.

—Excelente decisión Accionista Zana Gondor, sus méritos pronto compensarán este punto negativo. «Consigue tus derechos con esfuerzo y superación en Vrida». La recibiremos con agrado cuando llegue ese momento. Gracias por su visita —canturreó el Ayudante.

—Sí, eso —murmuró ella tristemente.

Zana se paró al llegar al borde de la monumental escalera, la brisa refrigeró sus acaloradas mejillas empujando un mechón de pelo rubio contra su tez aceituna claro, se lo apartó de un manotazo y bajó algunos escalones sin ganas, se sentó y hundió la cabeza entre sus brazos.



La entrada al Banco de Salud Emporial se alzaba sobre la cumbre de una colina artificial desde la que se dominaba parte del centro de la ciudad. A los pies de Zana un hermoso jardín se descolgaba hasta alcanzar las calles. Miles años antes aquélla había sido la capital de una de las antiguas naciones en las que se dividía el mundo, antes de que la explotación del espacio rompiera la barrera del presupuesto y empezara a ser rentable. Los grandes edificios y Arcoologías que en la antigüedad habrían sido ocupados con sobrecostos por los órganos del estado, ahora eran sedes de las mayores compañías Emporiales. La División Gubernamental de Vrida ocupaba casi todo el paisaje que se podía divisar desde la colina: un bello e inmenso tronco de cono invertido cobijaba la sede legislativa de la Junta de Accionistas, varias torres las oficinas de los Grandes Ejecutivos y un tambor achatado albergaba la División Judicial del Emporio.

El Guardia salió, apoyó una mano en uno de los pilares de mármol de la entrada y miró al suelo tratando aún de recuperar la compostura. Alzó la cabeza y vio a Zana estremecerse, la observó durante un momento y con gesto comprensivo se acercó a ella sacándose un pañuelo del bolsillo.

—Es duro, pero no tienes por qué llorar —empezó a decir. Una mirada de furia lo frenó en seco en cuanto puso el pie en el primer escalón. Los ojos amarillos de Zana llameaban entre sus musculados brazos que vibraban con la tensión. El hombre giró sobre sus talones y volvió a su puesto.

Zana se levantó decidida y subió los escalones aporreando con las botas. El Guardia avanzó hacia ella.

—¡Espera que te llamen! —le espetó Zana.

El hombre miró al cielo implorante, negó con la cabeza y se volvió para otro lado.

Zana llegó de nuevo al mostrador.

—¿Vuelvo a llamar a seguridad, Accionista? —dijo fríamente el Ayudante con su rasposa síntesis de voz femenina.

—Exacto —dijo Zana con voz segura y firme—. Soy Accionista, ¿no?

El Ayudante entendió enseguida lo que pretendía:

—Sus ingresos como Accionista igualan a su cuota metropolitana, por lo que ese dato permanece anulado por ahora.

—Pero como Accionista tengo voz y voto —le recordó Zana.



—Sólo voz, si sus méritos le permiten un aumento de sueldo ganará derecho de voto.

—Soy sargento de la armada Emporial en la reserva. Cumplí dos años con distinción por esfuerzo más allá del deber. Sirvo en la Cosechadora *Ejecutivo Sargon*. Llevo tres campañas de dos años en esa nave, con tres distinciones al esfuerzo más una por doble jornada.

—Eso le da derecho a accionariado con voz, vivienda básica en la metrópoli y uso de vehículo propio. Además de seguro de accidente, consumo básico en establecimientos del Emporio Vrida y aumentos de salud gratuitos. Parte de su meritaje ha sido consumido en entrenamiento de alto nivel, dos implantes visuales y uno muscular. Es todo.

—¿Todo? Hice méritos en mecánica de la armada reparando cascos en muelles de vacío, fui camarera de nivel medio durante un año y tuve una mención por estabilidad emocional en mi segunda campaña.

—Su mención por estabilidad emocional ha sido anulada por este incidente —Zana parpadeó incrédula—, sus méritos como camarera son dudosos por lo que aún están en tramites de conteo, y sus méritos en muelles de vacío fueron gastados al consumir dos vacaciones de lujo clase ejecutivo.

—¡Estaba enamorada!

—Es todo.

—Perdí a ese chico por ganar méritos, hace siglos que no veo a mis hermanas, mi madre murió cuando estaba de campaña. ¿Eso no cuenta?

—Puede utilizar esos datos para pedir un crédito especial, pero en este momento son irrelevantes.

—¡Soy segurata de ese sucio cascarón, en mi última campaña descubrí un asalto al Ayudante Computador de la nave!

—Excelente trabajo, pero el reconocimiento de ese dato está pendiente de valoración, cuando los trámites de conteo hayan sido finalizados, será incluido en su meritaje.

—¿Y entonces...? —preguntó Zana esperanzada.

—Aún será insuficiente.

Zana estalló.

—¡Tienen una pieza mía ahí dentro!



—Técnicamente no es así, nosotros sólo mantenemos aquí un clon de su órgano. Sus células madre embrionarias ya están a su disposición dentro de sus derechos a aumentos de salud. «Felicidades por tus méritos. Estamos muy satisfechos con tu trabajo».

Zana se echó una mano al bajo vientre.

—¡Pero lo que yo tengo aquí no funciona!

—Técnicamente eso no es correcto. El Estándar de Habitantes garantiza su perfecta salud. Su órgano mantiene sus servicios mínimos. Todo su cuerpo está completo y sano. Emporio Vrida: doscientos años de vida sana y feliz garantizados.

Zana abrió los brazos harta.

—¡Pero si ni siquiera sé si existe de verdad! ¡Nunca lo he visto! ¿Cómo sé si tantos años de esfuerzos y sacrificios sirven para algo? —se echó las manos al pecho desgañitada—: ¿Cómo sé si mi vida tiene sentido?

—Emporio Vrida le asegura que su aparato reproductivo está sano y en perfecto funcionamiento y según mis datos, existe.

Un chasquido acompañado de un zumbido electrónico revelaron una intervención humana o del Ayudante Computador Central del Banco, el Ayudante Recepcionista no funcionaba demasiado bien.

—Escúcheme —continuó—, todo lo que le puedo decir es que su útero se encuentra, a temperatura criogénica controlada, alojado en un tronco artificial fabricado a partir de su reserva de células madre; los implantes y demás sistemas biónicos aseguran una perfecta protección. No se preocupe, garantizamos que todo está bien. Por favor, vuelva a su casa y tranquilícese.

—Mis ovarios están desactivados —a Zana se le quebró la voz—, tengo una matriz raquítica, no tengo trompas. ¿Y si cometo algún error?, ¿y si tengo un accidente? Sólo quiero asegurarme, por favor, verlo por mí misma.

—Eso es imposible. Todo está bien, lo cubre su seguro de accidente y tiene todas nuestras garantías. Por favor Zana, te ruego que vuelvas a tu casa y te calmes. Tu útero está seguro aquí.

—Por favor —suplicó Zana—, sólo quiero estar completa.

—Lo siento.

Zana afirmó en silencio y se dio la vuelta cabizbaja.



—Haces lo correcto Zana. la anulación de tu mención por estabilidad emocional será revocada, relájate, ten paciencia y todo llegará. Accionista Zana Gondor el consumo realizado del servicio de Relaciones Publicas será cargado en su cuota...

Zana ya no escuchaba. Fuera el Guardia había desaparecido y se sintió sola. Bajó la escalera desorientada y se derrumbó sentándose en el último escalón. Se agarró la cabeza con las manos encogiéndose, esta vez sí que iba a llorar, de rabia e impotencia. Apretó los párpados tratando de impedirlo, dos lagrimones se abrieron paso estrellándose contra el cemento.

—Vamos, chica, no les des el lujo de ponerte a llorar aquí.

Zana levantó la cabeza. De pie ante ella se alzaba una mujer morena, vestida de negro y flaca como un palo de escoba. El contraluz del sol no permitía apreciar claramente los rasgos de su rostro, cortado por unas gafas oscuras.

—Trato de no hacerlo —respondió Zana con ojos inundados.

—Ya estás llorando.

Zana torció la mirada:

—¡Soy una estúpida!

La desconocida sonrió sardónica y se sentó a su lado en el escalón.

—Te oí gritar, chica, vaya pulmones —dijo—, y sabes, podría ser peor, yo estoy embarazada y tampoco me dejan entrar.

Zana la miró, la mujer se había quitado las gafas en las que brillaban hologramas de datos. Calculó que rondaría los cincuenta años, tenía la piel pálida y la analizaba con unos maduros ojos verdes.

—¿Lo tienen ahí dentro? —preguntó Zana.

—Claro, ahí anda, hinchado y redondo como un globo. Será un niño muy sano.

Zana pestañeó, unas decenas de metros por debajo de ellas, dentro de la colina, miles de úteros en formación esperaban ser reclamados por sus dueños. Una parte fundamental del sistema social destinado a garantizar la casi total ausencia de enfermedad en Vrida. Pero lo que Zana nunca había imaginado era que en el Banco de Salud se pudiesen llevar embarazos. Ya había edificios preparados para ello: bellos invernaderos y terrarios soleados donde los padres podían supervisar el crecimiento rodeados de flores. Allí había algo anormal.



—Pero, si vas a tener un hijo ya debes tener todos tus derechos.

—Los perdí.

Zana se limpió las lágrimas con el dorso de la mano:

—¡Pero que mal! ¿cómo pueden hacerte eso?

La mujer suspiró: —Haciéndolo. Yo misma me lo busqué.

Hubo un silencio.

—No lo entiendo —suspiró Zana con la vista fija en el vacío—, ¿cómo hemos llegado a esto?.

La mujer se recostó apoyando los codos en un escalón.

—Es lo natural, para tener un embarazo seguro lo mejor es mantenerlo en un ambiente controlado y limpio, sin ruidos ni golpes, un lugar donde el feto no pueda sufrir accidentes o fallos por culpa de la mala vida que lleve su madre... Ellos le ponen música, le dan los niveles normales de hormonas, le limpian las toxinas. Está muy bien. En ese sentido estoy muy tranquila. Además, así en Vrida sólo puede tener hijos quien se lo merece.

Zana la miró con interés:

—¿Cómo perdiste tus derechos?

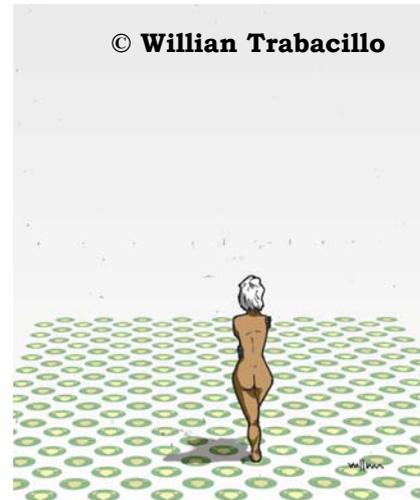
La mujer la estudió durante un momento y le indicó con la vista la pirámide truncada de la sede de la Corporación Erai, que destacaba blanca y dorada sobre el centro de la ciudad junto a la cúpula de jade del Gobierno Emporial.

—Soy hacker, pirateé datos reservados del Emporio para una filial de Erai. Nada importante: cuentas de gastos, algún pedido de equipamiento militar, rutas de transporte... minucias, pero me pillaron...

—Erai está dentro del Estándar, una parte de sus acciones pertenece a Vrida. ¿Qué sentido tiene pagar por espiar a un socio?

—Eso es aquí, en la metrópoli —la mujer indicó el cielo con manotazo al aire—, pero ahí arriba, en los Túneles y las Colonias, las cosas son muy distintas. ¡La libre competencia domina el universo, chica!

—¿Has participado en la guerra comercial? Yo nunca vi nada, sólo tuve...





—¡La guerra! —Interrumpió la mujer dejando caer la cabeza hacia atrás—, la historia de nunca acabar, créeme, chica, no te has perdido nada. ¿No ves cómo he acabado yo?

—Ya me doy cuenta —reconoció Zana—, ¿cómo te pillaron?

La mujer chasqueó la lengua tristemente:

—Fue justo cuando estaba a punto de iniciar el embarazo. Me distraje, suele pasar cuando una se siente feliz. ¡Por fin había conseguido el derecho de ser madre! Bueno, conté con ayuda, pero ya lo tenía... —Sopló resignada—. Me quitaron los derechos y ahora estoy pendiente de juicio.

—¿Quién te ayudó?

—Ah, mi hombre, sumamos los meritajes y así aceleramos mi conteo. Por eso no me preocupo demasiado, aunque yo nunca recupere mis derechos, él continuara teniéndolos. Mi hijo ya es mío.

Zana se fijó que la mujer vestía un mono negro con la marca oficial de la flota mercante Emporial.

—No parece que trabajes para Erai, ¿por qué lo hiciste?

—Por educación, Erai es una compañía en expansión, quieren ser innovadores y no piden meritaje para conseguir cursos de ingeniería gratuitos. Así los niños no tendrían que pasar por la Academia para ser enviados al espacio y se ganarían sus derechos mucho antes que yo... Los Ejecutivos de Erai sólo pedían una prueba de lealtad a la empresa y se la di por ellos.

—¿Tienes más hijos?

—Una chica y un chico, bueno, los tenía mi hombre antes de conocerme a mí. Él es un héroe de guerra y tiene contactos con los Ejecutivos Sluissi. Nada en méritos, tuvo a sus hijos solo y para el tercero quiso ayudarme a mí.

—¿Y cómo es que tardaste tanto en quedarte embarazada?

La mujer apretó los labios antes de exclamar desabrida:

—¡Tuve una juventud loca! ¿Y tú? ¿A qué venía ese escándalo?

Zana apoyó la cabeza en la barbilla y se tapó la boca con los dedos:

—Ahora que lo dices, no lo sé.

—Pues antes se te veía muy ansiosa, y es raro ver algo así por aquí.



Zana se pasó la mano por la cabeza y miró al suelo, dudando antes de responder:

—Creo que tengo miedo, tengo treinta y cinco años, pero mi meritaje todavía es insuficiente y me siento extraña, como si se me estuviera acabando el tiempo. Tengo miedo de que me ocurra algo y pierda mi útero. O de que algún Alto Ejecutivo compre mis derechos y me lo quite. No sé si mi vida tiene sentido si algo así puede...

—¿Tienes derechos de aumentos de salud?

—Sí —contestó Zana desconcertada.

—¡Entonces de qué te preocupas! —Exclamó la desconocida dándole una sonora palmada en la rodilla—. Mirame a mí: mi madre me tuvo con casi ochenta años, justo antes de morir.

Zana resopló con disgusto y la mujer continuó:

—No te preocupes tanto, todo llegara. Mira, tú pareces una chica fuerte, luchas por las cosas que te importan, no eres como esas despreocupadas que se dan una gran vida de sexo y trabajo fácil. Tú sabes lo que quieres, has trabajado mucho y seguro que has sacrificado muchas cosas, ningún Ejecutivo puede quitarte lo que ya te has ganado. Ese globo de ahí dentro tiene tu nombre escrito.

—Pero los Altos Ejecutivos también han llegado donde están gracias a su propio esfuerzo. Se merecen su poder, no se puede luchar contra eso. Conozco chicas de esas despreocupadas que dejaron de serlo cuando se enteraron que habían comprado los derechos sobre sus úteros. Algunos Ejecutivos compran varios para fundar una Sucesión con buen pie... —Zana dudó—, pero tienes razón, creo que estoy exagerando.

La mujer había permanecido pensativa mientras la escuchaba.

—Los Ejecutivos... —murmuró antes de seguir en voz alta—. ¿Sabes?, desde que el Emporio se hizo con el monopolio sobre el Estándar de Habitantes hemos progresado mucho. Emporio Vrida nos ha liberado de las cargas de la maternidad, nos ha dado los medios para vivir de nuestro propio trabajo, nos ha colocado exactamente al mismo nivel que los hombres, pero mientras nosotras nos pasamos la vida sudando por recuperar algo que era nuestro, ellos lo hacen por ganar un privilegio, por tener algo que siempre han deseado.

Zana frunció el ceño, aquello le empezaba a sonar demasiado raro.

La mujer hizo un gesto vehemente:



—Ahora ellos pueden tener hijos sin contar con nosotras para nada..., no me mires así. Sé que hay por ahí montones de hombres despreocupados que no quieren saber nada de críos, pero esos no son el problema. Son los otros, los responsables, los que pelean por ser unos buenos padres, los que se preocupan por el futuro, los que quieren ser mamá —Zana abrió los ojos como platos—, esos se pasan la vida trabajando para conseguir todo lo que ofrece el Estándar: un óvulo, un útero, un embarazo normal, guarderías de empresa, internados, campamentos de vacaciones, cursos, academias, olvidarse de la opinión de la madre y ¿qué hemos ganado nosotras...?

Zana sonrió escéptica.

—Pero las Altas Ejecutivas pueden comprar derechos sobre espermatozoides y fundar sus propia Sucesión.

—Y ellos pueden comprar óvulos y llenarlos con sus propios genes. Mira, no puedes comparar tener solo la mitad del plano con ser además el dueño de la fábrica y controlar tu mismo el producto, sin tenerte que preocupar de lo que le pueda pasar a tu hijo en el cuerpo de otra persona, o de tener que andar vigiándola para asegurarte de que ese hijo es realmente tuyo.

—No creo que a las Ejecutivas les importe nada de eso, aquí en la metrópoli casi todos los puestos del Gobierno están ocupados por mujeres. Si ellas han llegado hasta ahí ha sido gracias al Estándar y a su esfuerzo.

—Claro, pero aun así nosotras hemos perdido algo que ellos han ganado. Tener hijos es poder, las antiguas naciones aún nos daban alguna seguridad, nos necesitaban, hoy el Emporio podría seguir fabricando consumidores tranquilamente aunque estuviésemos todas muertas, entonces éramos la base de la sociedad, y dos mil años después estamos igual que los hombres. El hombre explota al hombre, y ahora nos explota a nosotras tanto como a ellos.

—Vaya sermón..., ¿cómo puedes pensar esas cosas? —preguntó Zana quisquillosa.

La mujer la miró durante un instante con cierta sorpresa, pero enseguida arrugó los labios comprendiendo algo. Se apartó de la cara un largo mechón de pelo negro y lo sujetó detrás de la oreja antes de decidirse a contestar.

—Mi madre nació en una Colonia fuera del Estándar. Murió cuando yo tenía tres años, pero seguí viviendo allí con mi abuela durante mucho tiempo. ¿Sabes?, —continuó con una sonrisa nostálgica—, en mi Colonia las mujeres son el centro de la comunidad, llevan a sus hijos dentro de sus propios cuerpos, tienen la regla, la menopausia, dan a luz..., y mueren bastante más jóvenes...

—¿La regla? ¿Qué es eso?



—Claro —se rió la mujer—, no lo puedes saber.

—No —dijo Zana dudando, la mujer le puso una mano en el muslo hablándole en tono confidencial.

—Unos ovarios activados sueltan un óvulo al mes, cada año las mujeres corren el riesgo de quedarse embarazadas nada menos que doce veces.

—Vaya, qué cosa.

La mujer se apartó y frunció la nariz

—Pero no es algo agradable, sale sangre y a muchas les duele, por eso mis abuelos contrataron un útero, aunque luego creciesen junto a ellos querían que sus hijas nacieran cumpliendo las normas del Estándar.

—Es lógico.

—Sí, la verdad es que fuera de él las cosas no son mucho mejores. Siempre hay peleas, revueltas, discusiones... Los hombres necesitan poseer una mujer para conseguir sus privilegios, así que en algunas Colonias los responsables han creado instituciones y normas sociales para asegurarse el control sobre ellas. Incluso en mi propia Colonia las mujeres quieren que los hombres cuiden de sus hijos y se sienten culpables si no les dan un padre; en una Reserva Cultural vecina un patriarcado les ha anulado la voluntad para protegerlas de no se sabe que misterioso peligro sexual, y en algunas más alejadas se lo toman tan en serio que a la mujer infiel se la castiga por la vía dura —concluyó, estudiándose el puño que acababa de cerrar.

Zana observó el puño con inquietud, pensando que esa mujer había pasado demasiado tiempo fuera del Estándar.

—¿Y qué piensa tu hombre de todo eso que dices?

—Él es un padre responsable —contestó tajante la mujer—. ¿Sabes dónde lo conocí?

—¿Dónde?

La mujer señaló con el pulgar al Banco de Salud Emporial:

—Ahí dentro, él estaba a punto de comprar mi útero. —Suspiró con amargura—: Acepté nuestra primera cita porque pensaba echarle veneno en el café.

Zana dio un respingo.

—¡No me mires así! —Exclamó la mujer risueña—. Al final terminamos en mi cama. Mira, él es un buen hombre, un héroe, por eso no me costó conven-



cerlo de que su privilegio también era una obligación. Él entendió que su deber era comportarse con honor y dar ejemplo. Decidió que si quería hacerse digno de lo que se había ganado tenía que demostrarme que era un hombre justo, y entonces decidió ayudarme.

—Y entonces fue cuando lo hiciste tu hombre —dijo Zana con semblante romántico.

—Sin él no podría ser madre —contestó en cambio la mujer—. Mira, yo fui una de esas chicas despreocupadas. Después de morir mi abuela me pasé treinta años viajando de flor en flor en busca del amor verdadero. Tú misma lo has dicho antes, sólo cuando es demasiado tarde te das cuenta de lo que realmente importa.

Zana no supo qué decir durante un rato.

—Al menos tendrás a tu hijo dentro del Estándar —habló al fin, tratando de animar a la mujer—. Teniendo esos embarazos tan arriesgados no es raro que sin él la gente viva peor y se comporte de forma tan anormal. Tus abuelos eligieron bien. Si tu madre murió tan joven debió ser porque era una especie de híbrido extraño, pero gracias a Vrida tú y tus hijos viviréis sanos por mucho tiempo.

La mujer torció la boca en una mueca sardónica y respiró hondo.

—Bueno, tampoco esperaba que entendieras nada de lo que te he dicho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zana incomoda.

La mujer se puso de pie pesadamente y se volvió hacia ella con expresión cínica:

—¿A que ahora que te has calmado y ves las cosas de otro modo te sientes muy bien?

—Pues ahora que lo dices, sí, me siento mucho mejor, ¿pero eso qué tiene que ver?

—Chica, ¿no comprendes? Los mismos Ayudantes microscópicos que te arreglaron los bajos antes de nacer andaron por dentro de tu cerebro. Por eso ahora que has olvidado tu enfado te sientes muy bien, sientes placer cuando aceptas las cosas tal y como son.

—Pero eso es normal.

—Claro que es normal, por eso Vrida se ha mantenido en paz y estabilidad durante más de dos mil años. Es parte del Estándar.



Zana la miró en silencio. Transporte Espacial Vrida poseyó desde el principio la patente del Túnel Estelar, convertida en una potencia orbital pronto llegó a hacerse más poderosa que todas las naciones unidas, que reconocieron su derecho natural al monopolio sobre las rutas de navegación en una jornada histórica. Una vez que el resto de Corporaciones-Estado aceptó esa realidad sus Ejecutivos decidieron que su mejor estrategia era asociarse de una forma u otra con Vrida, alianza que con el tiempo daría lugar al Emporio. Su monopolio era tan indiscutible que nadie recordaba el antiguo nombre del planeta metropolitano, Vrida no necesitaba ningún método alternativo para convencer a la gente de cómo era la realidad.

—¿No me puedes creer, verdad? —advirtió la mujer.

—Emporio Vrida ha llegado a dominar mil soles gracias al esfuerzo individual de cada persona —replicó Zana muy segura—. No cree en los Ayudantes.

—Claro, no nos ha transformado en autómatas; es algo más sutil, pero tan obvio que incluso lo veo en la programación de los Ayudantes: únicamente basta con potenciar que nos sintamos bien haciendo determinadas cosas y mal haciendo otras; todo lo demás lo hacemos por nosotros mismos, en absoluta libertad. La propiedad y la libre competencia son las bases de nuestra prosperidad. Mírate:, antes has montado ese numerito para defender la propiedad privada sobre tu útero, compites contra otros que te lo podrían quitar y seguro que te gusta el color verde.

—¡A todo el mundo le gusta el color verde!

—¡Y a mí! Hasta yo, que soy una especie de híbrido extraño, soy incapaz de hacer una crítica consecuente sobre el Emporio. ¡Estoy orgullosa de sentirme la propietaria de un hombre, critico a todas aquellas que no cuidan o se preocupan de sus propiedades, y me siento terriblemente culpable de haber sido como ellas!

La mujer paró al darse cuenta de que estaba gritando.

Zana negó con la cabeza, esbozando una fina sonrisa cruel.

—¿Por qué me has contado todo esto?

La mujer se volvió a sentar a su lado y le dedicó un gesto amable.

—Pareces una chica fuerte, no quería verte dar un berrinche aquí en público.

Zana enarcó una ceja, inquisitiva.



—Está bien, está bien, tenía que desahogarme —reconoció la mujer bajando la cabeza.

—Es lógico —contestó Zana después de pensarlo.

Ambas permanecieron en silencio. Zana seguía sintiéndose incomoda después de escuchar a la mujer, pero tenía argumentos de sobra para reafirmarse. Las grandes multicasas de noticias habían demostrado que la compra de políticos era la herramienta que movía el mundo, los consumidores habían aceptado satisfechos a sus verdaderos gobernantes. Ellos compraron la transición al Emporio con sus votos, era una decisión obvia desde el mismo momento en que la colaboración de Vrida con las mejores empresas de estética, medicina y alimentación implementó el programa que había sido capaz de erradicar el hambre y el dolor de amplias zonas del sistema metropolitano, y que las viejas naciones, junto con las Corporaciones-Estado, no habían dudado ni un momento en adoptar como el nuevo Estándar de salud. Sólo algunas filiales menores y compañías en quiebra habían quedado fuera, perdidas entre los más de mil soles que explotaba el Emporio no eran más que una minoría anormal.

—No debía haberte contado nada —terminó por decir la mujer—, pero al menos con mi charla has vuelto a ser tú misma.

—No te preocupes —comentó Zana, preguntándose si lo decía porque la mujer le había caído bien o era un sarcasmo. En ese momento se fijó en un hombre bien parecido, de más o menos su misma edad, que venía hacia ellas pulcramente vestido con el flamante uniforme verde oscuro de la Armada Emporial.

—Mi hombre —anunció la mujer poniéndose en pie.

—Una buena compra —admiró Zana.

—Sí, a ver si con su ayuda tengo más suerte ahí dentro.

El hombre las saludó con una sonrisa abierta y le indicó a la mujer la entrada al Banco de Salud con un movimiento de cabeza. Ella apretó el macizo brazo de Zana.

—Encantada de haberte conocido, sigue entrenando así —se despidió subiéndose ya la escalera— ¡y no te rindas!

—¡Soy Zana! —exclamó cuando la mujer ya se apresuraba.

—Gracias por el dato, lo apuntaré.

—¡Aún no me has dicho cómo te pillaron!



La mujer se volvió entre las columnas de mármol verde cuando su hombre ya abría la puerta.

—Algún idiota localizó mi código cuando intentaba entrar en el Ayudante de una Cosechadora.

Zana la vio entrar en el edificio Emporial estupefacta, sin atreverse a decir nada más. Una vez sola se dio cuenta de que la desconocida no le había dicho su nombre, pero más le valía no saberlo, en cuanto se celebrase el juicio de empresa ella sabría que Zana había sido ese idiota, y aquella pequeña y extraña amistad tocaría a su prematuro fin. Aunque era mejor así, Zana pensó en lo que la mujer le había dicho sobre Vrida. ¿Quién podía creerla? Todo el mundo sabía que la Corporación Erai pretendía sacar su propia versión del Estándar, sembrar dudas sobre las intenciones de la competencia siempre hace daño, sobre todo cuando Vrida estaba pasando por una coyuntura de debilidad.

Además, nadie podía perder los derechos de maternidad por robar unos datos que prácticamente eran de dominio general, el pirateo era una práctica habitual en el Emporio, todos lo hacían. Allí había algo más, la madre de esa mujer no pudo desarrollarse al amparo de las normas de control de calidad del sistema metropolitano, podía tener unos genes contaminados o anormales y los habría transmitido a su hija sin la más elemental depuración. Dentro del Banco Emporial la salud del feto estaba plenamente garantizada, pero aun así había que tener mucho cuidado con quién lo educaba después de nacer. La clave para una salud mental perfecta está en el principio de la vida, un fallo en los programas de aprendizaje le quitaría a ese niño la posibilidad de desarrollarse de forma normal y nunca llegaría a ser un adulto competente.

A la vez que estas reflexiones crecían dentro de su cabeza Zana bajaba por las suaves laderas de cemento flaqueadas de hierba verde y frondosos árboles. Respirando el fresco aroma perfectamente medido de las flores sintéticas se sentía cada vez más relajada y contenta de sí misma. Al final del trayecto recogió su pesada mochila en la garita de seguridad. Está claro que esa mujer tiene que ser vigilada, pensó. El Estándar nunca le permitirá ser madre sin ayuda o supervisión. Venía de un lugar lleno de violencia y conflictos, el pequeño error cometido por ese joven héroe de guerra podría hacer que se resintiera la estabilidad del sistema Emporial, poniendo en peligro a todos.

Una vez fuera del recinto sintió sed, miró a su alrededor y tuvo la suerte de que en ese momento recorría la avenida un rechoncho Ayudante Bar, lo llamó con un ademán de la mano. La maquina rotó lentamente y comenzó a aproximarse, Zana la esperó pacientemente contemplando admirada la amplia avenida iluminada por el sol en cuyo extremo, dos kilómetros de limpio asfalto más abajo, se alzaba la majestuosa cúpula verde jade del Gobierno Emporial. Con un zumbido la panza del Ayudante se abrió a su lado, soltando una nube de escarcha entre la que parecía flotar un nutrido muestrario de bebidas. Zana



movió los ojos buscando entre las filas de latas multicolores, hasta que los fijó en una verde metalizada.

—Veo que ninguna marca es de su agrado —zumbó el Ayudante dispuesto a retirar la bandeja— ¿Desea ver nuestra selección de helados?

El brazo de Zana se disparó como la lengua de un camaleón atrapando la lata helada justo cuando el Ayudante ya cerraba el mecanismo. Ningún estúpido autómatas le iba a quitar el refresco energético Vrida que más le gustaba.

Zana se lo bebió de un trago inundando su cerebro de paz y satisfacción. Luego se secó la boca con el dorso del brazo recorriendo con la vista la empinada ladera ajardinada que había dejado atrás. En la cumbre la entrada al Banco de Salud apenas asomaba entre el vergel. De repente recordó el problema que la había llevado hasta allí, visto desde aquella distancia le pareció ridículamente pequeño. Cerró los ojos con fuerza, tratando de comprender la tremenda preocupación con la que se había levantando esa mañana. Tenía sentido pero era absurda. Dos o tres campañas más, un máximo de seis años trabajando de sol en sol y habría conseguido todos sus derechos, no tenía más que tener paciencia.

Una nube tapó el sol, dentro de su sombra Zana sintió de nuevo la familiaridad del espacio, alzó la vista al cielo, arriba en la órbita la eterna penumbra verdosa de la «Ejecutivo Sargon» la estaba esperando, luego un viaje a través del Túnel Dendrita hasta su puesto de trabajo en los campos de asteroides, o quizá en la próxima cosecha de gas. Nada que ella no fuera capaz de afrontar. Aquel útero ya era suyo, sólo tenía que esforzarse en recuperarlo, y eso la hizo sentirse llena de energía. Con un gesto decidido se echó al hombro la mochila encaminándose directamente al hotel. Esa misma tarde tomaría la lanzadera rumbo al universo laboral. Al menos allí todo tenía sentido y no valía la pena perder el tiempo haciéndose preguntas inútiles.

Tenía que ganarse la vida.

© Germán Núñez López

GERMÁN NÚÑEZ LÓPEZ: nació en 1974 en Barcelona, España. Inició la carrera de Historia, aunque no llegó a acabarla, completando en créditos el equivalente a tres años. Tras el cambio de siglo hizo dos master de guión, uno para cine y otro para TV. En ellos se reafirmó en la escritura y comprendió que podía dedicarse a lo que mejor sabe hacer: ordenar los pensamientos de su calenturienta cabeza y plasmarlos sobre el papel. Confía que el futuro le depare poderlos plasmar sobre una pantalla.



Novelas

OXÍGENO Y AROMASIA

de Claës Lundin

Traducido del inglés por Adriana Alarco

En capítulos anteriores asistíamos al conflicto que surgía entre Oxígeno y Aromasia por la amistad de ella con un viejo poeta del partido reversista que pretende la vuelta a un supuesto pasado mejor. En el capítulo precedente, vemos dos escenas. Una relacionada con las formas y costumbres de trabajar y divertirse los suecos del hipotético mundo futuro que narramos y la segunda la campaña política que hace Oxígeno previo al estreno de la obra psíquica que han ido a ver. En este capítulo, veremos el mecanismo de la función y cómo es interpretada por los espectadores.

Capítulo X: El Órgano Cerebral

—Todo esto es nuevo para mí —comentó Oxígeno.

—Bueno, claro que aún no hay nada que se le parezca en Estocolmo, por ahora —murmuró uno de sus amigos de Gothenburg, un químico destacado.

—Debo confesar que no entiendo el significado de estos cascos y cables, ni para qué sirve ese armario —dijo Oxígeno.

—Lo creo, —replicó el químico Gothenburgués— pero aquí en Gothenburg estamos totalmente familiarizados con todos los aspectos de este entretenimiento. De todas formas, esta noche, antes del espectáculo, el psíquico explicará a los que no son de Gothenburg, las principales funciones del artefacto. Pongan atención porque pueden aprender algo.

—Señoras y señores, si los cascos sobre la cabeza les dan fastidio, —explicó el psíquico en un idioma internacional— pueden quitárselos y colocárselos nuevamente cuando empieza la función. Para comenzar, les ruego que piensen junto conmigo y así nos iremos con la imaginación al pasado, al momento en que se desarrollaron las artes. Muchos cientos de años atrás, cuando la gente asumió que el desarrollo de las artes había llegado a su punto culminante... y en verdad, hasta el día de hoy, el arte escultórico de la Grecia antigua y el arte de Homero nunca han sido superados.



»Por ejemplo, hace ochocientos años, la pintura tuvo un reconocido progreso pero, luego, ese arte se estancó. La gente admiró, más bien, el perfeccionamiento de la música como un interpretador de las emociones más profundas y no pasó mucho tiempo hasta que se llegó a la cúspide de dichas sensaciones. No obstante, las extravagancias del siglo XX destruyeron la música.

—Ese africano conoce la historia del arte —susurró el químico de Gothenburg.

—Cuando silenciaron la música, quizás para siempre, —continuó el psíquico— recién entonces entendieron la ley actual para el desarrollo de las artes. Cuando Theoros Spûrenberg publicó su análisis sobre *La Embriología de los Ideales Ascéticos* la gente se dio cuenta de que el progreso de las artes depende del estado de ánimo.

»Aún si la gente en el pasado sabía muy poco sobre ese sentido, o nada, ellos, sin embargo empezaron a entregarse a sus estados de ánimo, y eso aumentó en gran forma el hecho de que todos —luego de una serie de placeres y de trabajo práctico— estuvieran forzados a equilibrar ese ideal.

»El alma se satisface cuando los seres humanos se entregan a estas estructuras mentales y, así, expresan el verdadero sentido del arte. De todas formas, el arte gobierna los estados de ánimo de los humanos y los despierta o los apacigua, según su condición.

»Los medios que usa el arte no tienen importancia, pero el propósito del arte es alcanzar, en la forma más fácil y más pura, el estado de ánimo que se ha despertado en ese mismo instante, si fuera posible. Por lo tanto, la música es lo más cercano al arte que existe, ya que influencia los nervios acústicos y, a través de ellos, el cerebro. La música no necesita la mediación de las partes del cerebro, cuya labor es llegar a nuestra conciencia como un pensamiento.

—Eso es verdad y está muy bien explicado —comentó un joven empleado.

—El desarrollo de la música dará un salto hacia delante, —explicó el conferenciante luego de una corta pausa para tomar aliento y beber un poco de agua de mar—. Nosotros sabemos lo mal que se usó la música y cómo en los últimos tiempos casi destruyó los órganos auditivos.

»Fue entonces cuando las personas dieron un paso hacia el futuro y fueron despertadas por el arte, usando el sentido del olfato. Esa fue la forma de arte primaria del saber y aún es muy popular, pero no será así en el futuro. Podemos esperar un nuevo paradigma en la historia de las artes. Eso no sería posible sin el desarrollo del sentido olfativo —el cual ha sido arruinado por la nicotina y por otras esencias dañinas— porque ese arte lo requiere para influir en forma satisfactoria en el cerebro.



—¿Habrá encontrado Aromasia a su verdadero conquistador? —Se preguntó Oxígeno.

—Esto es probablemente la caída del insufrible Ozodes —susurró la señorita Rosebud.

—La cuestión sobre la naturaleza de la conciencia —continuó el psíquico— debe resolverse en la misma forma que la cuestión sobre la naturaleza de la materia, o sea dentro de los límites de las facultades de inteligencia que nos ha dado nuestra humanidad. Pero la conciencia origina inmediatamente un sentimiento interior o se ve afectada a través de los sentidos en una forma de moción de tiempo y de espacio.

»Y, luego, el entendimiento a través de la moción demanda una determinación de acuerdo al número y a la medida lo cual, en teoría, reduce los cambios del fenómeno a los movimientos de átomos. Después es posible estimar el movimiento material de las moléculas cerebrales.

»Deben saber que ello actúa de acuerdo a la ley de la mecánica general y que una impresión definida se junta, o quizás coincide, con cada movimiento computarizado. Lo único que queda es interpretar internamente el movimiento del átomo físico como un sentido.

»Eso no es difícil ahora que la superstición sobre el materialismo ha sido erradicado completamente; una superstición que veía la conciencia como un producto o una manifestación de las moléculas cerebrales. La cuestión encuentra una solución armonizando el movimiento y el sentido, en forma que los cambios de estos últimos —adquiridos por experiencia— deriven de los primeros.

»Mientras nuestros sentidos nos ofrecen solamente signos e imágenes de los objetos, más no los objetos mismos, el cerebro y los átomos de los ganglios no producen sentimiento en su forma íntima. Ellos entregan una verdadera reproducción del sentimiento en su propio movimiento, de acuerdo a nuestras percepciones espaciales.

»Una vez que ustedes se hayan enterado de que esta o aquella forma de movimiento significa esta o aquella forma de sentimiento, entonces, esta o aquella construcción molecular significa una sensación prefijada en el sujeto y es posible para ustedes crear una forma empírica o una especie de diccionario del idioma secreto del alma, encontrando que cada determinado movimiento implica una forma de sentimiento ya experimentado.

»En esta forma es posible proponer el fenómeno puramente subjetivo a un examen objetivo y encontrar su apariencia mecánica, observando el trabajo del alma en la misma forma en que se observa el fenómeno químico en los distantes cuerpos celestes cuando se miden ópticamente a través del espectro de color... ¿no es eso muy obvio para todos los presentes?



Las personas de la audiencia aseguraron que estaban satisfechas con la conferencia y se apresuraron a expresar su aprobación entregando gran número de bonos azules al psíquico.

Luego de estos preliminares, el psíquico indicó a los presentes que se pusieran nuevamente los cascos porque iba a empezar la función. Él también usaba un órgano cerebral, un aparato llamado psicoquineto. Estaba formado por múltiples facetas que permitían a miles de personas experimentar simultáneamente los estados de ánimo que el artista había escogido para ellos.

El artista estaba frente al armario. Por medio de cables dentro del tablero, la persona que tocaba el órgano cerebral empezó apretando varias teclas y se escucharon pequeños martilleos dentro de los cascos. En esa forma, podía golpear el cráneo de la audiencia y producir un estímulo inmediato en la parte precisa que deseaba afectar. Un hábil organista cerebral podía inculcar una sucesión de pensamientos bien concertados en las mentes de las personas e, inmediatamente, crear cualquier sensación que deseaba producir en sus conciencias.

Como un gran poeta del pasado que necesitaba poseer nobles sentimientos cálidos y superiores o alegres e ingeniosos pensamientos para poder emocionar a sus oyentes, también el psíquico debía poseer en alto grado pensamientos nobles, hermosos e ingeniosos. Esa era la primera condición para que el psicoquinético tuviera gran influencia en el auditorio. Además, el psíquico, como el poeta de tonos en el pasado y el artista del olfato luego, debía tener conocimiento de cómo comunicarse con su audiencia. Debía saber con exactitud el lugar y la importancia de las diferentes partes del cerebro y, consecuentemente, ser un anatomista hábil así como un infalible frenólogo.

Su arte era sin duda la más difícil que existía en el mundo hasta el momento, pero era la más inmediata y, por lo tanto, la más perfecta de las artes. El psíquico no era necesariamente el creador del arte y el productor al mismo tiempo; como un músico y su Ododeón, que podría ser uno u otro. Pero sin duda era más fácil para un ejecutante emocionar a su audiencia si había compuesto él mismo lo que estaba ejecutando. El artista que inauguraba el Psyqueón bajo el Skagerrak era ambas cosas, un poeta y un ejecutante, y la audiencia percibía sus propias composiciones.

Empezó tocando algunas teclas e, inmediatamente, los cables se pusieron en movimiento. No había entregado una lista de las obras líricas que iba a ejecutar ni anunció los sentimientos que podría producir en la audiencia.

—Mi deseo es que quienes me escuchan sepan con claridad lo que yo envío a sus mentes. —había aclarado.

En la sala reinó un silencio total. Al principio de la función, las sensaciones eran vagas. Los espectadores se observaban unos a otros, con indiferencia para



no decir con poco interés y luego miraron fijamente al artista. Gradualmente, sus rostros se iluminaron. Brillaba la alegría en los ojos y luego se escucharon risas de satisfacción y carcajadas. Reían tan fuerte que todo el Palacio Psyqueón parecía doblarse de la risa y los otros invitados en los Jardines de Okeanos empezaron también a reír, aunque sus cerebros no recibían el efecto inmediato del aparato psicoquinético del artista. Una total felicidad reinaba en el área vasta bajo el lecho del Skagerrak.

Poco a poco, la alegre efusión de emociones se fue apagando mientras una sensación de tranquilidad y satisfacción se difundió en la sala. La calma se convirtió en tristeza y la sensación de placer se transmutó en melancolía. Las personas se miraban con ojos tristes y hasta con lágrimas. Luego de los sentimientos de tristeza, la atmósfera cambió y se volvió más confiada y una sensación de coraje y energía empezó a difundirse en las mentes. Las emociones se fueron alternando muchas veces hasta que el efecto se convirtió finalmente en una sensación de júbilo y éxtasis compartido. El psíquico, delante de su instrumento, hizo saber al público que había terminado el espectáculo.

Se quitaron los cascos y la aprobación se leía como siempre en los rostros. Cada uno de los presentes declaró que jamás había experimentado tan puro placer artístico.

El artista recogió los bonos que había recibido y desapareció de la sala.

—Nadie nos ha dicho cómo se llama esta pieza para órgano cerebral, —comentó uno de los presentes.

—El título no es importante, —contestó otra voz— todos pueden interpretar el contenido.

—No debe ser tan difícil —indicó una tercera persona—. Se describió la vida humana a través de sensaciones inmediatas desde la brillante percepción del artista. Primero nos llevaron a través de una alegre y sonriente infancia y juventud. El valor de los jóvenes animó las carcajadas. Luego, cuando llegó la madurez con su calma, pero también con sus tristezas, el coraje con su energía y las vicisitudes de la vida se disolvieron en un entusiasmo hacia la vida en la tierra que tuvo un final feliz.

—Eso no es lo que yo he entendido —objetó alguien—. Yo no experimenté nada de eso. Fue obviamente una descripción de alegrías y tristezas de amor y el último embeleso del amado que finalmente conquista a la amada.

—¡Tonterías! —exclamó uno de los presentes—. El artista que ha producido esas sensaciones inmediatas en nuestros cerebros, esta noche, es un hombre práctico que conoce su audiencia. Estoy seguro que la mayor parte de los presentes durante un momento, vivió los sentimientos que experimenta un em-



presario, como yo, al principio, durante y al final de una transacción de negocios.

—Yo creo —observó otra persona— que el trabajo artístico hace referencia a las próximas elecciones. Ha sido un retrato genial de las preparaciones electorales, las campañas electorales, los alegres o monótonos sucesos durante las reuniones electorales, la perseverancia de los esfuerzos y finalmente, los gritos de felicidad por el resultado afortunado.

Se escucharon aún otras interpretaciones, pero todas iban de acuerdo con el deseo y los estados de humor del intérprete del momento. Las personas rieron ante tantas explicaciones absurdas y cada uno consideró justa y verdadera su propia opinión. Por lo tanto, todos estuvieron contentos esa noche y alabaron al organista cerebral, ejecutor de un arte inigualable. Lo importante es que cada uno experimentó fuertes emociones y un placer de gran interés artístico.

Con eso, quedó establecido el éxito del organista cerebral.

—Es imposible que, después de este recital, el piano Ododeón se considere atractivo en el futuro —comentó la señorita Rosebud.

(continuará)

© Claës Lundin

© de la traducción inglesa Adriana Alarco de Zadra

Hace cien años, CLAËS LUNDIN (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gothenburg. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción OXÍGENO Y AROMASIA. La novela se inspiró en Bilder aus der Zukunft (IMÁGENES DEL FUTURO), del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán Kurd Lasswitz (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace <http://runeberg.org/oxygen/>.



LA ODISEA LITERARIA

6. EL ASALTO (O CÓMO POR METER LA NARIZ EN LA MADRIGUERA DEL CONEJO A VECES ACABAS PERDIÉNDOLA)

por Víctor Conde

Resumen de lo publicado hasta ahora, en esta historia absurda y completamente improvisada por Víctor: mientras en el mundo de más allá del espejo los viajeros encuentran solaz bajo la foresta y unos compañeros de viaje más bien inesperados, en el mundo real, a este lado del espejo, la intrépida Stephanie y su amigo aventurero a tiempo parcial, el adusto Brunelle, se acercan a la raíz del enigma de los códigos de Ortelius Manfraad.

El escarabajo tuneado de Brunelle frenó en seco sobre el terraplén de tierra. Tras unas dunas de tierra sucia y la extensión de arbustos que había detrás, se extendía un descampado con un edificio majestuoso en su centro. Era una de esas mansiones cuidadas a medias por un albacea despreocupado, rodeada por una valla oxidada, que había logrado conservar parte de su poder de sugestión (aunque para Stephanie era más bien de causar espanto) desde la época en que el descampado se llenaba asiduamente de coches de lujo a medianoche, y por sus muros se filtraban los ecos de misteriosas y prohibidas fiestas.

Stephanie sólo había oído hablar de esas fiestas en pasado, como quien lee las adendas de los libros de historia que recogen la leyenda de las mansiones de Campania. Pero Brunelle tenía cara de estar escuchando una vez más aquella música, y los sonidos horripilantes que sus melódicos acordes servían para ocultar. Sintió un escalofrío culebreando por su espalda.

—Ahí la tienes —señaló, con una contracción de barbilla—. Intocada, después de tantos años.

—Ya lo veo. ¿Qué prefieres, el plan A o el C?

Brunelle hizo una mueca.

—¿Qué pasó con el B?

—Quedó obsoleto en la mesa de diseño.

—Jrunfh.

El hombre bajó del coche, abrió la capota delantera del escarabajo y sacó del maletero una funda de guitarra. La apoyó en el guardabarros y la rueda y abrió la cremallera con un silbido que sonó a pantalones rajándose.



Stephanie también salió del coche.

—¿Eso qué es, tu soplete de emergencia para puertas blindadas? —preguntó.

El aventurero dobló hacia arriba la comisura de la boca.

—Casi aciertas. Es mi infatigable compañera de aventuras, Ana Sue.

Stephanie abrió desmesuradamente los ojos al ver el brillo del sol en el cañón cromado de Ana Sue. Era una ametralladora Thompson de calibre treinta y dos, con un tambor cilíndrico como cargador y un precioso barnizado en caoba de la culata. Tenía varias muescas en el mango, con forma de pequeños pulpitos de múltiples tentáculos, aunque Stephanie no creyó en ningún momento que Brunelle hubiese utilizado aquella «herramienta» para ir de pesca. Junto a la ametralladora había una funda interior más pequeña, que ocultaba un pistolón que Stephanie no pudo identificar, pero que no tenía un diseño de los que solían aparecer en las películas. Parecía una mezcla entre revolver y escopeta recortada, capaz de disparar postas a medio camino entre ambos calibres.

—¿De dónde has sacado esa reliquia? —preguntó, atónita, señalando la Thompson. Acercó un dedo para acariciarla, pero Brunelle la apartó de ella, no fuera a dejarle una mancha.

—Esta reliquia, como tú la llamas, es una de las armas más mortíferas y fiables que jamás se han fabricado. La rob... conseguí en Pittsburg, en el museo de John Dillinger. —Sostuvo la ametralladora en alto, mirándola con lujuria—. ¿A que es preciosa?

—Tal vez... pero a nivel personal prefiero que, si ese es nuestro plan, le otorguemos una letra muy avanzada del abecedario. Antes que entrar pegando tiros, prefiero ensayar otras alternativas.

—Como quieras, pero que sepas que de ahora en adelante no pienso desprenderme de la pequeña Sue ni muerto.

Esta vez fue la mujer quien le contestó con su recurrente gruñido. Dejaron a Sue apoyada sobre la palanca de cambio de marchas, donde era fácil empuñarla en caso de necesidad (la pistola de extraño diseño fue a parar al cinturón de Brunelle, en una posición donde no le molestaría al sentarse), y condujeron hasta la valla que rodeaba la mansión. Junto a la puerta se erguía una garita gris sucio, parecida a las que se construían antiguamente en los cuarteles, con una ventana delgada, estilo saetera, abierta hacia el camino. Un perro se rasaba un acceso de sarna coloreado de naranja, en la parte de atrás del lomo, mientras daba buena cuenta de un lagarto muerto.



Stephanie pensó que si ese era el hogar del custodio (todas las logias se enorgullecían de tener a alguien que velara por algo tan básico como las puertas y las cerraduras), la situación económica de los Bordos no debía de ser muy boyante. O eso, o el escenario al completo, incluyendo chucho sarnoso, formaba parte del subterfugio.

Se detuvieron junto a la garita. El perro alzó la cabeza y les dedicó un gruñido amenazador, pero no soltó su lagarto. Aprovechando que estaban más cerca de la mansión, Stephanie aprovechó para fijarse bien en las ventanas, por si veía algún signo de actividad. Alguien se había dejado encendida una luz tenue, como de candil, en el tercer piso. Eso ya era algo.

—Aquí hay gente —murmuró. En ese momento, el custodio salió de la garita.

Era un tipo poco apropiado para custodiar nada, con aspecto de trabajador acabado que sólo tenía futuro dentro de un casino, donde esperaría igualar viejas lides con el bandido de un solo brazo. Al acercarse a la ventanilla, por el lado de Stephanie, se subió el pantalón sin cinto hasta la altura del ombligo. Brunelle echó un poco hacia atrás a su preciosa Sue para que la ocultara el asiento.

—¿Qué quieren? —preguntó el hombre sin cinto, dejándose de rodeos. Estaba malhumorado, como si los visitantes le hubiesen interrumpido en el seguimiento de su partido favorito de la Liga.

—Ejem, yo... vale, buenos días —comenzó de nuevo Stephanie—. Somos tratantes de fincas. Nos gustaría hablar con los actuales dueños de esta preciosa casa.

Se inclinó sutilmente hacia delante, para que el hombre, desde su posición aventajada, pudiese tener una vista panorámica digna de los frescos de Schuitten de sus voluptuosos pechos, esas dos colinas sonrosadas que eran contenidas casi por la fuerza dentro del escote.

Para su sorpresa, él no pareció interesado en sus preciosidades ni un ápice. Echó un somero vistazo al interior del coche y se encontró con el ceño fruncido de Brunelle. Ambos se sostuvieron la vista como perros rabiosos durante unos instantes. Luego, el hombre sin cinto dijo:

—Váyanse, aquí no tienen nada que hacer. Esta parcela no está en venta.

Antes de que Stephanie insistiera con su historia, Brunelle apuntó entre las cejas al custodio con su pistolón y dijo:

—Queremos ver al Maestro. Dígale que somos viejos amigos, que hemos venido a saldar una deuda.



El custodio ni siquiera somatizó la preocupación de tener semejantes cañones casi apoyados en la frente, pero asintió despacio. El perro ladró de fondo.

—Pasen, caballeros —dijo con una sonrisa cáustica—. Les estábamos esperando.

Stephanie estaba atónita, pero no despegó los labios mientras Brunelle hacía una maniobra con el escarabajo que lo situaría frente a la puerta principal, con el morro apuntado siempre hacia la verja de entrada. Cuando el custodio hubo quedado suficientemente atrás, preguntó:

—¿Estás loco? ¿No eras tú el que decías que con esta gente había que andarse con mucho cuidado?

—Te prometo que ésta ha sido mi reacción más afable, comparado a lo que tengo ganas de hacer con esta gente —contestó el aventurero, y se encajó de nuevo la pistola en el pantalón, justo sobre los genitales. Stephanie deseó que el arma tuviese un buen mecanismo de seguridad.

Salieron del escarabajo y se encararon con el comité de bienvenida, un mayordomo que parecía hasta tal punto salido de una película antigua en blanco y negro, que tardaron un rato en darse cuenta de que su atuendo tenía colores. Brunelle no se separó en ningún momento de su funda de guitarra, a donde había ido a parar de regreso la buena de Sue.

—Dama, caballero —dijo el lacayo, con un pomposo acento de la comarca—, hagan el favor de seguirme, por favor. El señor los está esperando.

La comitiva atravesó un porche de estilo colonial y entró en el recibidor, un suntuoso espacio demasiado recargado de adornos y detalles como para resultar agradable. Una escalera Escarlata O'Hara serpenteaba bajo un desfile de cuadros hasta el segundo piso, mientras que cabezas de animales exóticos, casi todos asiáticos, brotaban como exabruptos de pelo de las paredes, todos con las mandíbulas abiertas y desafiantes, como si su duelo con el cazador furtivo que los mató aún no hubiese acabado.

—Estamos metidos en un pozo de mierda —susurró Stephanie, olvidando por un momento sus modales—. Así de alto. —Marcó un punto por debajo de su barbilla.

—Creo que es más profundo de lo que crees —dijo su compañero, señalando una puerta disimulada entre dos librerías. Se estaba abriendo en ese preciso instante, pero no había nadie detrás, tan sólo un pasillo y una invitación velada a atravesarlo.

Brunelle y su compañera cruzaron una mirada, y entraron en el pasillo. Éste no tardó en conducirlos hasta una habitación con aspecto anacrónico, como



el sanctasanctórum de algún viejo sacerdote sumerio rescatada del olvido por los arqueólogos, decorada con varias estatuas gigantes de caballos de Nabucodonosor y candelabros. Un trono vacío hecho de piedra caliza y tallado con ideogramas faraónicos descansaba en la esquina opuesta, justo bajo el único punto de luz artificial. Justo a sus pies podía verse una mancha de sangre seca, o más bien un amontonamiento de estratos de manchas recientes y antiguas, como si delante del altar se diese el gusto un atavista adicto a los sacrificios.

Si todo esto era parte de la pantomima de aquella gente para asustar a los intrusos, Stephanie tenía que reconocerle su eficacia.

Iba a decir algo cuando se escuchó un sonido que no cotejaba para nada con el aspecto general de aquel lugar: alguien había tirado de la cadena en un inodoro. Una puerta secreta se abrió justo detrás del trono, dejando entrever una pared cubierta de loza sanitaria, y un hombre vestido con una larga túnica blanca, un medallón de oro macizo y una capucha cónica estilo triple K que le cubría el rostro, regresó al sanctasanctórum tras apagar la luz del baño. Stephanie parpadeó. Desde luego, pensó, hasta los grandes Maestres tienen que ir al excusado de vez en cuando.

El hombre se sentó en el trono y se quedó mirándolos a través de los agujeritos de su capucha. La piedra del respaldo parecía haber sido tallada expresamente para él, pues su curvatura se ajustaba a la perfección a la de su columna.

—Soy Húbor-Rak, sumo arcipreste de la Orden de Madua —se presentó, con una voz más aflautada de la que cabía esperar—. ¿Quiénes son ustedes, y por qué han venido a mi casa?

—¿Orden de Madua? —se extrañó Brunelle—. No conozco ese distintivo.

—Este... buenos días —carraspeó Stephanie, ofreciendo al encapuchado su mejor sonrisa—. Disculpe que le hayamos molestado en... en... —miró de soslayo hacia la puerta del excusado— lo que estuviera haciendo. Es que... necesitamos consultar algo de suma importancia con usted.

—No han respondido a mi pregunta —insistió el arcipreste. Tenía un aire tranquilo que hablaba de sicarios escondidos en nichos de las paredes y metralletas ocultas bajo el suelo, aunque Stephanie no detectó más agujeros en la pared que los ya vistos. Y como no fuera que dentro de los caballos de piedra hubiese asesinos escondidos al más puro estilo Agamenón...

—Soy el señor Rojo, y ella la señora Verde —dijo Brunelle, apoyando la mano en la culata de su pistola.



El arcipreste le lanzó una mirada acerada que pudo apreciarse incluso a través de la capucha.

—Veo que tenemos a unos fans de Tarantino insolentes. Para que lo sepáis, yo también he visto la película.

Brunelle soltó una carcajada cáustica.

—Así que los grandes arciprestes no sólo orinan, sino que también van al cine. Eso es tranquilizador. En realidad la referencia es de Pelham-1 2 3; de ahí fue de donde Tarantino copió la idea de los pseudónimos con colores para sus matones. Además —añadió—, si hablamos de nombres falsos, no me dirá que «Húbor-Rak» está en el santoral. ¿Quién fue, el cuñado hippie de Francisco de Asís?

Stephanie le hizo un gesto velado para que se contuviera un poco, pero Brunelle estaba lanzado. Apoyado con un escorzo tipo barra de bar en su funda de guitarra, parecía haber perdido el miedo inicial a los santuarios de las sectas fanáticas.

—Necesitamos consultar un libro —intervino Stephanie, yendo al grano. Si permitía que aquellos dos gallitos siguieran cacareando, la que terminaría imponiendo su propio léxico en la conversación sería Ana Sue—. Un antiguo códice que sabemos que obra en su poder. Los manuscritos de Manfraad.

El arcipreste los miró en silencio, totalmente inmóvil, y luego un sonido rasposo y gutural comenzó a brotar de su máscara. Era una especie de risa.

—¿De veras han creído que podían tocar en mi puerta y pedirme sin más que les dejara consultar uno de los códices más valiosos de la Orden? —Parecía realmente atónito, como si aquello fuera un montaje para una cámara oculta, o la mitad más traviesa del truco-o-trato tan característico de las fiestas paganas—. ¿Y cómo han sabido de la existencia de ese texto, por cierto?

Brunelle encogió los hombros.

—Hacemos bien los deberes. Nosotros estuvimos enrolados hace algunos años en una logia, pero lo dejamos cuando empezaron a exigirnos un diezmo. Enrólate, que es gratis, decían. Veréis mundo, decían. Todo patrañas.

El humor del aventurero no pareció hacer mella en el arcipreste. En lugar de enojarse por sus palabras, el encapuchado se levantó del trono, caminó hasta uno de los caballos de piedra y apretó un botón oculto en su crin. Stephanie y su compañero lo miraban atentamente, sin perder detalle de ninguno de sus gestos. Brunelle había deslizado la mano dentro de la funda de guitarra, y sostenía el mango de la ametralladora sin ningún pudor.



Para su asombro, el caballo se partió en dos mitades, limpiamente, y en su interior apareció un objeto cubierto por un paño de seda negra.

El arcipreste miró a sus invitados con un interés malévolo.

—Si han venido a por el conocimiento secreto de Ortelius Manfraad, y si como usted dice —señaló a Brunelle con un dedo—, han hecho correctamente los deberes, entonces sabrán qué es esto. ¿Verdad?

Con un gesto brusco, apartó el paño de encima del objeto, y una luz hirió por un instante los ojos del dúo. Cuando Brunelle logró enfocar de nuevo la imagen, dos cosas habían cambiado: la primera, que la pistola de diseño extraño había saltado hasta sus manos de manera casi automática y estaba apuntando hacia el arcipreste. Y la segunda, que de algún lugar ignoto habían surgido cinco sectarios que los apuntaban, a su vez, con rifles de cerrojo. No los habían oído llegar, pero allí estaban, vestidos de un blanco impoluto con unas túnicas anudadas al hombro y mirándolos con expresión ausente, de perfectos autómatas.

Pero nada de eso era tan asombroso como lo que había debajo del paño, un espejo de cuerpo entero, encerrado en un marco de madera decimonónico, que no reflejaba nada de lo que tenía a su alrededor. Unas mareas concéntricas de luz fluían por su superficie, creando pautas hipnóticas, vestigios de realidades alienígenas.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Stephanie, atónita.

El arcipreste dio unos graciosos golpecitos sobre la madera del marco.

—Esto, querida, es lo que te has atrevido a buscar por ti misma, tan valientemente —dijo, muy serio—. La puerta al país de Oz.

© Víctor Conde

VÍCTOR CONDE nació en Tenerife, donde aún reside, y desde sus inicios como escritor ha cultivado la ciencia-ficción y el terror, sin descuidar la fantasía o la novela negra. Ha sido nominado varias veces al Premio Minotauro, y entre sus proyectos futuros se encuentra el de resucitar los libro-juegos que hicieron furor en los años 80.



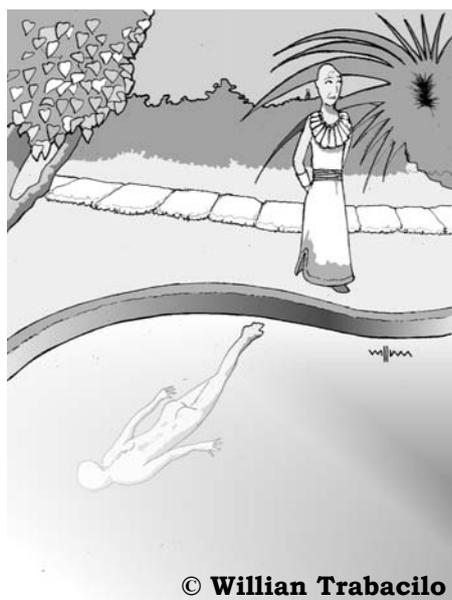
CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS

por Javier Navarro Costa

Si en el capítulo anterior veíamos las costumbres de la nobleza mestiza. Este capítulo nos va a mostrar las costumbres de los campesinos a través de los ojos de un niño inocente, Senra, que ha perdido a su padre en una de las Guerras que ha sostenido la casta superior.

Capítulo 1: ARREGLOS FLORALES

193 d.A.
(47 años después)



© Willian Trabacilo

En el Doble Palacio nada parecía haber cambiado en los últimos cincuenta años. La Señora del Cielo, la reina-madre Constelación, avanzaba ceñuda por los jardines reales, junto a la primera de las torres de vigilancia de la Muralla Sur, con el suave roce del lino como único acompañante. Vestía larga túnica hasta los tobillos, ceñida a la cintura; un pectoral de oro y unos brazaletes de cobre completaban el conjunto. Ni siquiera se había puesto una peluca y su cráneo afeitado brillaba en el mediodía de Re.

—Soy vieja. Mi tiempo ha pasado —le dijo a una de las aves que perlaban el cielo azul, danzando sobre las aguas del estanque.

Como en sueños, recordó sus años de juventud en Biwoses, donde la civilización Loo había florecido durante cinco mil años. Recordó su primer baño en el estanque sagrado, cuando una Lithista le mostró su Krank y le enseñó a caminar bajo las aguas usando sus casipulmones como rudimentarias vejigas natatorias. Parecía que todo aquello no hubiera sucedido jamás, que fuese parte de un sueño particularmente real, perlado de nostalgias.

—Debo aceptar que mi vida comenzó de verdad cuando me trajeron a esta tierra —concluyó, mordiéndose los labios de rabia.

Y es que apenas quedaban en su memoria unos pocos y esquivos trazos de ese otro ayer en aquel planeta mestizo; trazos mezclados con la añoranza por los seres queridos. Recordaba a su madre, la gran Telaraña, que había sopor-



tado el peso de tantas cosas... También recordaba a su esposo Sequenenre, al que amó todo lo que se puede amar a un hombre, que no es demasiado; o a su hijo Tutmose, jugando en el Patio de Ejercicios a la conquista de Hetuaret con nueve años recién cumplidos. Dos décadas le había costado a aquel niño cumplir su sueño y someter a la capital de los bárbaros Puros sólo-humanos. Total, para nada. Al poco tiempo había muerto y le había dejado a ella la carga de gobernar un país con un nuevo Rey que no era sino un mocoso recién destetado que soñaba con ir a jugar al Patio de Ejercicios, jugar a la conquista del reino Loo del sur, de las tierras inexploradas más allá del Gran Verde o de los mismísimos Nueve Arcos: su nieto Jiserkare. Para cuando llegó el día de cederle al mocoso el gobierno de la Tierra Mestiza, el joven se había convertido ya en un joven fogoso que pensaba solamente en subirse a un carro de guerra y regar la Armonía con sangre.

—¡Bah! ¡Hombres!

Si su predilecta, la pobre y dulce Nube, no hubiese muerto tan joven, dando a luz precisamente al futuro rey Jiserkare, sus últimos años en este mundo no serían tan solitarios ni tan aciagos. Pero no servía de nada lamentarse por lo que no tenía solución. A sus más de doscientos años, Constelación sabía que su sino era ver morir a sus semejantes. Las nuevas generaciones de sangre mestiza Loo-humana, no eran tan longevos como los Loo genuinos. En realidad, no era ni tan longevos como los humanos podían llegar a ser. La esperanza de vida en el Doble País, pese a todos los avances médicos de los últimos tiempos, no pasaba de los sesenta años. La nueva raza destacaba precisamente por la fugacidad de su existencia; parecía, de alguna forma, como destinada a no perdurar.

La reina-madre Constelación echaba de menos a demasiados de su sangre y lamentaba seguir viva para seguir lamentándose.

Sin embargo, últimamente, no sólo los seres queridos venían a visitarla desde el lugar de los recuerdos. Hacia un mes que acudía hasta ella, desde esos angostos corredores del pasado, la figura de Siptah, aquel mago entrometido, el hombre mágico más poderoso de la historia del Doble País, para su desgracia. El taumaturgo había maldecido el estanque y anudado a los Nlôplales que podrían haber cambiado el universo y llevar a las mujeres al ejercicio del poder, lejos de los soldados y de sus interminables guerras.

—El Nlôplal de flor amarilla en un símbolo, una imagen de lo imposible. Si consigo que renazca, también renacerá la esperanza de un universo mejor, un universo donde lo femenino no estaría subyugado a lo masculino. Un universo de luces sin sombras —murmuró, hablando consigo misma.

Sin saber cómo había llegado hasta allí, Constelación contempló el antiguo edificio de las caballerizas, en cuya planta superior estuvo la última residencia del mago. Ahora toda esa ala estaba sellada y su interior provisto de sortilegios,



maldiciones para los profanadores y de una falsa puerta por si su inquilino decidía regresar al mundo de los vivos, no pudiera abandonar su prisión de adobe. Constelación no era tonta y había dispuesto contra el mago precisamente lo que éste más temía: la propia magia. Había emparedado el cadáver sin momificarlo y dispuesto todo para evitar que renaciese como un fantasma con el alba, como muchos de sus súbditos aún creían que podían hacer aquellos que en vida no había cumplido con su objetivo en este mundo.

Todo esto ha sido hecho por mandato de la Reina-regente Constelación para salvaguardar a nuestro mundo de las fuerzas de la oscuridad y el desorden que en ella se cobijan y que podrían quebrar el equilibrio del universo.

Eso decía el sello real. Constelación había ascendido al segundo piso hasta el muro y leído aquella breve exhortación que su madre había hecho cincelar para que en el futuro nadie olvidase los crímenes de Siptah.

—Debería haberte matado antes de que quebrases mi sueño, maldito —le gritó a la estela que franqueaba el paso a las antiguas habitaciones del mago.

Constelación estiró una mano y contempló cómo se le erizaba el vello del antebrazo. Por si no fuera suficiente con todos aquellos barrotes invisibles entre los que le había aprisionado, también había ordenado construir un campo de fuerza delante de la estela. Toda precaución era poca, y dado que ningún muerto podría salir de aquella prisión, se había asegurado que ningún vivo pudiera tampoco intentar liberar al viejo mago. Retiró la mano y el cosquilleo que atravesaba sus miembros desapareció.

—Tu magia es poderosa pero la mía es mejor —murmuró esta vez, esbozando una sonrisa de victoria.

Porque el nudo que el taumaturgo había enredado no era tan fuerte como imaginaba. Constelación lo había descubierto finalmente, tras décadas de estudio.

Con empeño él lo conseguirá, nada puede luchar contra el tiempo y el anhelo. Pero sólo un Rey deshará lo que por un Rey se hizo.

Eso decía el papiro de Siptah, el papiro que contenía los ingredientes con los que había envenenado las aguas del estanque para que el Nlòplal no pudiera ver ya más la luz en el seno del Doble Palacio de Ity-tawy.

Su hija, Nube, que había sido discípula del hombre mágico, sabía algunas cosas de su arte y se las había enseñado antes de morir. Constelación, con la fuerza de su determinación, perfeccionó sus conocimientos leyendo cuantos libros de magia había llegado con los colonos egipcios a la Tierra Mestiza. Así, descubrió que los nudos, las maldiciones, los hechizos... no eran sino fruto de la misma realidad que nos rodea, y participan de sus elementos, aunque de-



formándolos hasta parecer su contrario. Mas de la misma vida se nutre la magia, y la vida es sórdida, es monótona, es repetición. Siptah había dado forma a un nudo que parecía no tener término, pero todo nudo es imperfecto, y en su propia concepción contiene la llave que conduce a su revulsivo.

—Va a nacer una niña. Una niña que será Rey —dijo Constelación, mientras desandaba el camino y regresaba al pie de la Muralla Sur—; y un niño-Rey ha nacido para deshacer el sortilegio que pesa sobre nosotras, sobre el estanque, sobre nuestro porvenir.

Ella iba a deshacer el nudo del viejo mago anudando uno propio en torno al primero. Sus ojos habían vislumbrado dos reyes, uno sin corona que luchará contra las artes de Siptah, y una niña que gobernará Egipto con mano firme para devolverlo al esplendor de la paz y la Armonía con los dioses. ¿Era su sueño posible?

Y el niño ya había nacido. Lo intuía. Podía sentirlo. ¿Pero dónde estaba ese niño que enfrentaría a las fuerzas del caos y las derrotaría? ¿Cómo encontrarlo?

A lo lejos, la compañía de jardineros regresaba de la labor con sus herramientas bajo el brazo. Al frente iba Jeda, el nuevo Maestro de los Jardines, un cortesano sin noble linaje que había llegado hasta allí por méritos propios, sin que nadie le diese ni un ápice que no se hubiese ganado con su sudor y su sangre.

Constelación se detuvo a observar detenidamente al Maestro de los Jardines. Era un hombre pequeño, enjuto, de mirada soñadora; pero al mismo tiempo altivo, valiente y trabajador, consciente de su insignificancia y de la gratuitidad de la existencia del hombre pobre.

Acaso Jeda tuviera algunas de las respuestas. El niño-Rey llegaría al Doble Palacio a través de un hombre justo. Así tenía que ser.

Había que ser paciente. Sólo eso. Debía sentarse a esperar.

Y Constelación llevaba ya más de cuarenta años esperando. Un día se cansaría de esperar. Muy pronto, acaso antes de lo que nadie podía imaginarse.

1

El avefría se alzó de la tierra limosa penetrando flameante en el campo de cañas. Su cuerpo, contoneándose incansable, compuso una sinfonía de negros aleteos, en la que el curvo rodete que coronaba su cabeza parecía danzar con el viento. Pensó luego en ir un poco más allá, hasta la orilla, donde pálidos gigantes vestidos de lino vivían en su universo de lentos reflejos y apagados colores.



Pero intuyó dos sombras colosales acercarse e imparable, vertiginosa, rectificó su movimiento y se perdió hacia el oeste, difuminándose su rastro en la losa de los cielos.

—¡No, ésa no!

Kamutef había extendido su mano derecha intentando asir el vacío, y sus dedos se cerraban ya sobre uno de los capullos, acariciando con la imaginación sus blancos pétalos. Se volvió hacia su madre y sonrió; de entre los arbustos emergía pálida y radiante su bella dama, y su faz desprendía mil aromas de aceites perfumados, y sus palabras eran como ríos de vino, que vuelven ebrio al que escucha y loco al que recuerda:

—Las azucenas son los espíritus predilectos de la Señora de los Campos. Se alzan coquetas de sus largos talles y nos ignoran cuando torpes las embestimos en pos de un esplendor imposible de recrear. Pero también son novias ladinas y exigentes, mudaran su belleza y se despojaran de sus vestiduras si las tomas antes de que estén completamente abiertas, listas al fin para ser poseídas por nuestra avaricia.

Ocultas en las copas de los árboles, una mona les lanzaba cáscaras de dátiles y hubieron de refugiarse unos Codos más allá, junto al cauce de las aguas. Kamutef sonrió a la traviesa figura e intentó luego imaginar una flor desnuda, su encanto marchito, su perfección demudada en nombre de rígidos preceptos que no admiten salvedad ni explicación, y pensó que la naturaleza era en verdad un amo caprichoso, demasiado pronto a volver inextricables las cosas sencillas.

—¿Por qué?

—Es la Regla. Al hombre obediente y mesurado le ofrecen los dioses atenciones sin fin. Al que se obstina en enfrentar la vida ninguna dádiva le bastará, pues tras un muro siempre hay otro. Ninguna batalla conduce a la victoria.

Kamutef conocía bien las enseñanzas de los antepasados y sabía hasta qué punto Luminosa_nova, su bella dama, necesitaba de ellas para aceptar el dolor y la miseria de aquellos últimos años. Aunque sólo un niño, su corazón era despierto y ágil como una gacela y admiraba ya maravillado pero distante el universo de los mayores como al Gran Río que, inagotable, hendía su lengua de limo y caña para dar vida a la Tierra Mestiza.

—Madre...

Su voz se había vuelto fría como el aire de la noche.

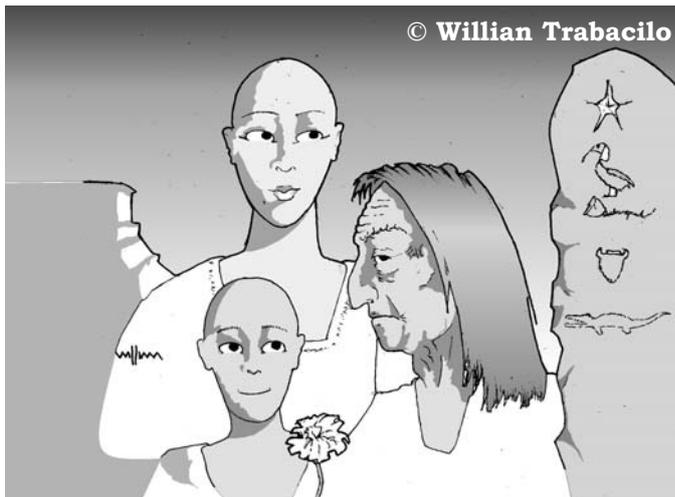
—¿Sí, hijo mío?



—¿Podría un hombre vivir sin el amparo de la Regla?

Cuando tuvieron suficientes vástagos, Luminosa_nova juntó los tallos en su regazo y tomó la senda de la dársena; más allá alcanzarían el embarcadero y los primeros edificios de la vieja Ipu y, finalmente, serpenteando por olvidados y cenagosos senderos de tierra, avistarían la casa y sus huertos. Kamutef conocía bien el camino, todos los días iban a buscar a los marjales, o incluso más allá, un ramo para su abuela, la buena Medianoche. Ella les esperaba sentada en su taburete, el rostro vuelto a un lado, los ojos vidriosos. En la quietud del mediodía, parecía una talla de piedra esculpida a cincel, acechando torva en los lindes de su finca para guardarla de extraños.

—¿Dónde has ido, Senra? Llevo esperándote desde hace una eternidad. ¿Por qué maltratas así a tu pobre madre? —decía siempre Medianoche, con voz cansada.



Y Luminosa_nova se inclinaba entonces sobre el abatido perfil de la anciana y acariciaba su barbilla, la prendía de la cintura y terca aguardaba que se avivase algún apagado rescoldo en el fondo de su alma. Lentamente, siempre lentamente, las tinieblas se disipaban y Medianoche sonreía por un instante; luego sus facciones se ensombrecían y los recuerdos levantaban negros corredores de angustia, corredores por los que Medianoche trataba de huir y Luminosa_nova la perseguía.

—Senra ya no está entre nosotros. Hace ya muchas Estaciones que falta. Tu nieto te ha traído unas flores para que las pongas junto a tu estera, en ese jarrón que...

—No quiero flores, quiero a mi Senra. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él?

En el cielo las nubes se abrían y se cerraban, jugando con el azul del lapislázuli y el verde de la malaquita, el blanco de la cal, ocre, amarillo y rojo, para fundirse en rizos glutinosos de donde fantásticas figuras venían a nacer y a transformarse.

—Murió en el asedio de Hetuaret, madre. Fue el primero en avanzar. Aún se habla de él en las tabernas y los mercados. Una leyenda entre Los Muchachos Del Fuerte Brazo. Incluso he oído que el Dios Bueno Tutmose estuvo a punto de colgar de su garganta el collar con Las Moscas de Oro.



Kamutef abandonó el porche de la entrada y marchó tras la casa; *a cazar mariposas*, hubiese respondido si le hubieran preguntado, pero en realidad se alejaba, sencillamente. Llevaba dos años escuchando la misma conversación, los mismos razonamientos, las mismas demandas y la misma rabia contenida. A esta alturas, ya sabía que todas las viudas de guerra dicen que a sus maridos les han estado a punto de condecorar con esta o aquella distinción y oropel, y que el asalto a Hetuaret había tenido lugar hacía veinte años por lo menos, no unas pocas estaciones atrás, y acaso Senra había muerto de escorbuto en alguna guarnición de frontera, o persiguiendo a unos pobres humanos descalzos, con espadas de madera y miembros famélicos recubiertos con piel de leopardo.

—¡Maldito seas, Senra, y maldita esta condenada Tierra Mestiza que me ha hecho llegar a vieja para cubrirme de llagas y padecimientos!

Medianoche lloraba otra vez. Ya sabía el resto. Su madre se sentaría a su lado y trabajaría en las azucenas recién recogidas. Más tarde, cuando estuviera la comida, le llamaría a voces, le buscaría en los sembrados y al final daría con él. Sólo ella sabía siempre dónde encontrarle.

—¡Kamutef!

Invisibles como los vientos nuevos de la cosecha, sus miedos se disiparon, sus dudas se desvanecieron, y acudió a los brazos de su bella dama, que le esperaba sirviendo rebanadas de pan con puré de lentejas.

—¡Vamos, hermoso príncipe, que luego te esperan tubérculos de papiro asados y... tal vez, sólo tal vez, un pastelillo de pasas y frutas!

Se sentó a la mesa. Medianoche tenía los ojos aún húmedos de lágrimas vertidas y de impotencia. Afuera, Kamutef había atrapado una mariposa que erraba distraída entre los guijarros. La tenía en su puño, sometiendo mezquino su grácil voluntad. Quiso mostrársela. El insecto, aterrorizado, tan pronto se vio libre emprendió un vuelo frenético y zigzagueante lejos de su captor.

—¿No es hermosa, abuela?

La anciana levantó la cabeza y sus ojos ya no estaban nublados sino enrojecidos de rabia y de dolor.

—Senra, nunca vayas a Hetuaret. Allí hay hombres sin alma, demonios hambrientos del Occidente que robarán el corazón y las entrañas a tu madre.



2

El despertar de Re hacía rato que inundaba con su luz sus pobres ojos cansados. Medianoche los apartó y vio al ser amado salir de la casa con paso decidido.

—Abuela, despierta por favor.

—No dormía. ¿Qué quieres, Senra?

En la cosecha, cuando las espigas empiezan a amarillear, el aire se llena de tiras de paja provenientes de la siega. Enseñoreado de volutas, el cabello de la anciana se alzaba envuelto en una danza de blancos rizos y destellos de cornalina.

—¿Has visto a mi madre?

Medianoche le miró un fugaz instante tratando de relacionar los pedazos de realidad en su corazón. Si él era Senra, entonces *ella* era su madre. Pero si no lo era, ¿dónde estaba Senra? Pero no era eso lo que le habían preguntado, le preguntaban por Luminosa_nova, le preguntaba su nieto, Kamutef, el hijo de Senra. Medianoche suspiró; aún le restaba un atisbo de cordura.

—No lo sé. Me trajo un ramillete de gladiolos, y luego fue a buscarte, o a buscar algo a la ciudad, o a enviar una carta. ¡Sí, eso dijo! Una carta —rió, hipó, le besó en las mejillas y regresó al silencio glacial de costumbre.

Kamutef fue hasta la cocina, cogió un puñado de higos y se sentó a esperar a su bella dama. Bostezó y se llevó a la boca el primero de ellos. Lentamente, le ganó el sueño y sus ojos comenzaron a cerrarse casi sin darse cuenta, hasta que...

—¿Duermes?

—...no, mamá.

—Mientes, Kamutef, pero no importa. Ven, tenemos que hablar de muchas cosas.

En la cosecha, el aire se llena de sonidos nuevos, viejos sonidos: el carro del amo y su lacayo, los agrimensores con sus rollos de papiro y sus tinteros, las codornices revoloteando cerca del precioso grano, los niños que las ahuyentan con sus chillidos...

—Hijo, ¿te acuerdas de Jeda, tu tío, el hijo del hermanastro de tu padre?



Kamutef recordaba a un campesino estirado vestido con lino de la mejor calidad, que había aparecido el último día de duelo con un séquito de plañideras y porteadores. Recordaba que les había hecho quedar como pordioseros con su aportación al ajuar funerario: lecho de ceremonia, armarios, cofres y vajilla completa. Recordaba sus manos agrietadas y sus labios resecos, y un rostro ovalado y taciturno que aún siendo tan semejante al del pobre Senra, no se le parecía en nada.

—No sé quién es.

—¿De verdad no te acuerdas?

—No.

En la cosecha, el aire se llena del hedor sofocante a sudores de muchos hombres, del segador y el trillador encorvados desde el alba al anochecer, de los espigadores y los mendicantes, de burros cargados de grano enfilando caninos el camino de la hacienda...

—Tu tío y yo hemos estado carteándonos, últimamente. Yo soy una viuda sin recursos y tú necesitas...

—Puedo trabajar.

—Tienes seis años.

—Podría arar la tierra yo solo.

—Kamutef, por favor.

—Podría hacerlo.

En la cosecha, el aire se llena del tacto de la tierra, del roce quejumbroso de un sinnúmero de espigas dispuestas en la era, del paso de los boyeros, los labradores y los hacinadores, del hollar de las bestias y el siseo de las horcas...

—Tu tío vendrá a buscarte antes de las Fiestas del Valle. Marcharás a Itytawy, al Doble Palacio de Itytawy, y aprenderás un buen oficio para labrarte un buen porvenir.

—Aquí podría trabajar..., y aprender un buen oficio y labrarme un buen porvenir.

—Lo harás por mí.

Recuerda que fue tu madre la que te trajo al mundo. Procura que nunca pueda censurarte ni levantar las manos al cielo para quejarse de ti; eso decían los escritos de los antiguos. Kamutef tenía presente las palabras de los Sabios In-



mortales; de nada servía resistirse. Él era un bastón torcido y Luminosa_nova luchaba por enderezarlo. Lo más importante, lo primero de todo, era el respeto a la madre. Inclino la cabeza.

—Obedeceré.

En la cosecha, el aire se llena de miedos y de esperanzas vanas. ¡Ay del campesino que haya ocultado siquiera una medida! ¡Bendito aquél que se ha enriquecido y hace rico igualmente a su Rey, a su ciudad, a su Comarca, a su ribera del Gran Río, a su país, a los agrimensores, a los nobles y a los estadistas de palacio! ¡Bendito sea!

—Madre...

—¿Sí?

—Cuando haya aprendido un buen oficio y me haya labrado un buen porvenir, ¿podré regresar a tu lado?

En la cosecha, los días son muy largos y las noches muy cortas.

—Rezaré cada amanecer para que, llegado ese momento, quieras aún regresar junto a tu pobre madre.

3

La misiva de su cuñada llegó al atardecer, mientras terminaba los preparativos para la Gran Recepción de Embajadores en el Palacio de Ity-tawy. Jeda removió la cabeza, entre pesaroso y contrariado. No había sabido nada de ella desde la muerte de Senra. Demasiado tiempo. ¿Cuántos años tendría ahora su sobrino? Por lo menos cinco. En verdad, todo aquel asunto le hacía sentirse bastante mal. Socorrer a la viuda en tiempos de aflicción era su deber como hombre y obligación de hermano. Además, acaso habría ganado peso para su corazón cuando, llegada la hora final, el Cinocéfalos dirimiera sus actos en la Sala de las dos Verdades.

Hizo que su secretario volviera a leerle la carta y luego le despidió sin contemplaciones. ¿Qué haría él con un niño de tan corta edad? Las cargas familiares no eran sino un lastre para la vida de palacio. ¿Cómo, sino a base de una completa dedicación, habría alcanzado un puesto como el suyo con apenas treinta años? Jeda, Maestro de los Jardines del Rey. Jeda, que había comenzado de simple aprendiz en los huertos, entre aperos de labranza, raíces, bulbos y verdugones propinados con una vara de sauce por el antiguo Maestro, el infame Heb, que los dioses le tengan en su gloria.

—¡Por las mil bestias del Desierto Oriental!



Iracundo, atravesó una a una las reales estancias arrancando las guirnaldas de flores e hizo traer a todos sus jardineros para repetirles cómo y de qué manera, exactamente, debían atar y trenzar cada ramillete. En el comedor de la Sala de Audiencias le vieron despedazar hasta el último centro de mesa por considerar las especies escogidas demasiado olorosas para un banquete y decidió que se quedaría hasta que hubo formado el esqueleto de todos los cestos que debían sustituirlas.

Tan absorto estaba el maestro en su trabajo, que no vio llegar a sus espaldas a dos altas figuras carmesíes. La primera, completamente desnuda, era uno de los Loo más preeminentes dentro de la SoGen, la secta genetista que dirigía Constelación desde el Dominio de las Esposas del Dios. Precesin, que así se llamaba el alto dignatario, era uno de los pocos Loo macho nacidos en la Tierra Mestiza. Se trataba de un espécimen corpulento, que movía sus ojos compuestos en derredor buscando un lugar donde enfocar su atención, distorsionada por veintiséis lentes que giraban interminablemente.

Detrás de él, estaba la sabia Lithista. Vestía el caparazón que habían traído los Loo del planeta Biwoses, el que llevaban cuando se zambullían en sus ciudades-estanque. Aunque no era tan alta ni fornida como Precesin, la vieja concha ceremonial le daba un aspecto hinchado y le hacía parecer torpe de movimientos. Pero nada más lejos de la verdad. Ni siquiera los Loo hermafroditas del sur o la propia Constelación, eran tan ágiles y poderosos como las Lithistas. Ellas habían heredado la fuerza de los antepasados. Sólo uno entre cien mil nacía con los vestigios de aquella antigua unión simbiote: los viejos espolones a los costados, que regulaban la temperatura corporal, y el Krank, la bestia de las que se nutrían las Piedras Sintientes y gobernaba los robots de palacio.

—¿Es este humano Jeda, el Maestro de los Jardines? —inquirió Precesin mostrando sus incisivos, afilados como cuchillas.

Jeda se revolvió, dejando caer un cesto casi terminado al suelo.

—Él es a quien buscamos —dijo la Lithista, juntando las manos en un gesto de respeto.

—Yo... yo —tartamudeó Jeda, incrédulo—. No esperaba la visita de sus excelencias.

—La Señora del Cielo nos habló de ti —le explicó Precesin—. Nos pidió que estuvieras presente mientras se crea la dualidad en la roca.

¿Milagro? ¿Dualidad? Jeda tardó un instante en comprender que se estaba refiriendo a la simbio-piedra. Había oído al Intendente de la Gran Casa que el Rey tenía pensado convertir la Sala de Audiencias en un lugar vivo, que reaccionase ante los diferentes estados de humor de sus inquilinos. Una nueva



forma avanzada de Piedra Sintiente o algo por el estilo. Pero no prestó mucha atención. Tenía demasiadas cosas ya en la cabeza.

—No entiendo por qué la Reina-madre podría desear que alguien como yo fuese testigo de una ceremonia privada como ésta y... —pero Jeda detuvo su lengua. La Lithista ya estaba cantando, y su voz hablaba de los océanos primigenios del planeta Biwoses, de la furia de las aguas, del sentimiento de plenitud y soledad en las cavernas abisales, de sobrevivir a cualquier precio aun en la oscuridad de las profundidades. El tono de la canción se hizo más agudo hasta que Jeda hubo de taparse los oídos. Luego, subitamente se volvió grave, sereno, hasta convertirse apenas en un susurro, como el rumor del oleaje.

—¿No es maravilloso? Serás el primer humano que asista al milagro de la expulsión del Krank —dijo Precesin.

Terminado su canto, la Lithista tomó aire por los pulmones. Precesin arrojó un balde de agua a su cabeza y las branquias del Loo se abrieron un breve instante, como si también estuvieran a punto de echarse a cantar. Pero Jeda no estaba preparado para lo que vino a continuación.

—¡Amón bendito! —exclamó, incrédulo.

Las mandíbulas de la Lithista se abrieron de par en par y entonces pudo ver la cabeza de un ser que a primera vista le pareció una flor colosal y fantástica, pero al cabo se dio cuenta que los pétalos no eran sino un sinfín de pequeños tentáculos radiales y que el estigma era en realidad una boca que se contraía luchando por su nacimiento. Nunca había visto cara a cara a un Krank. Alguna vez, un breve instante, un retazo de aquel ser asomaba por la cerviz de un robot doméstico, pero todo el mundo apartaba la vista ante el menor atisbo de un ser tan repulsivo.

—He aquí el milagro de la simbio-piedra —le descubrió Precesin, con una sonrisa.

El Krank saltó de la garganta de la Lithista y cayó sobre el enlosado con un ruido viscoso de chapoteo. No tardó en arrastrarse hacia la pared más cercana y fundirse en ella hasta desaparecer.

—¿Por qué tenía que asistir a esta ceremonia? —musitó Jeda en dirección a Precesin.

El alto dignatario de la SoGen se encogió de hombros.

—Yo sólo obedezco a mi Señora del Cielo. No sé más.

La Lithista se incorporó en ese momento. Resoplaba, al límite de sus fuerzas. Precesin tuvo que sujetarla un momento temiendo que no pudiera tenerse



en pie y sonrió a Jeda, enigmático. Al cabo, la Lithista caminó hasta la pared por donde había desaparecido el Krank y se arrojó sobre ella. Su cráneo resonó de una forma extraña, como un ánfora rota.

—Un final digno para la más digna de las profesiones —dijo Precesin, sin poder disimular su emoción.

Su cabeza estaba en el suelo, destrozada. El viejo caparazón ceremonial quedó hecho añicos en el suelo. La Lithista había muerto.

—Si usted lo dice, excelencia —contestó el Maestro.

Meneando la cabeza, Jeda se alejó de la Sala de Audiencias, sin fuerzas para ver como la piedra comenzaba a crecer, creando nuevas formas, columnas, esfinges, pedestales. Precesin sollozaba a su espalda.

—Si usted lo dice...

Y pronto toda aquella escena se borró de la mente del jardinero. Tenía demasiado trabajo pendiente. Además, nada le importaba aquella escena espantosa que acababa de presenciar, y todavía menos los motivos que pudieran tener los Loo para que él fuese testigo de algo semejante.

Cuando ya hubo anochecido Jeda tuvo la idea de descolgar los gladiolos que guardaban en los secaderos y prensarlos para embellecer mesas, sillas, taburetes y tocadores, y también arcones, hornacinas, estantes y reposacabezas. La Gran Casa debía resplandecer como la faz de Re en la primera alborada. Esas habían sido las palabras del divino Jiserkare, y por la boca el Dios Bueno exhalaba Verdad, Salud, Fuerza, Hábito de Vida, Armonía... los fundamentos de la ley y el baremo de la Regla.

No daría oportunidad a la menor equivocación. Si era necesario, trabajaría hasta caer rendido.

Y entonces Jeda reanudó su trabajo encaminándose hacia la senda de paso que los invitados tomarían camino de la Sala de Audiencias.

De madrugada, luego que el silencio se apoderara de los jardines del rey, Tebi y Djoser iniciaban su ronda. Hablaban del buen vino y las buenas mujeres y de la mejor manera de romper el sello de ambos sin ensuciarse demasiado las manos. Reían. Eran viejos amigos. Habían servido con el gran Tutmose desde sus primeras campañas de reconquista y ahora, orgullosos y ajados, se les permitía envejecer bajo la protección del Doble Palacio.

En la memoria quedaban los altos muros de Hetuaret, donde toda una generación de jóvenes mestizos habían dejado la vida; quedaban atrás igualmente la dicha por la victoria y el entusiasmo del efímero instante en el que por fin



el Rey pudo ceñirse las coronas blanca y roja, que en el lejano Egipto simbolizaran la unión entre el sur y el norte del país, pero que hoy eran el emblema de la unión de un nuevo pueblo nacido de humanos y de Loo. En la memoria a veces las cosas se visten con formas opacas, y no parecen las mismas de tantos ámbitos que no pueden ya recorrerse.

Tebi fue el primero en ver al intruso. Señaló en la lejanía aquella figura que gateaba junto a la Muralla Este y a punto estuvo de aullar de emoción. Avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veinte años, y Tebi tenía dieciocho, y esos bárbaros sólo-humanos, los Puros, resistían uno a uno los embates de la infantería Meshaw, los Muchachos de Fuerte Brazo, en cuyas unidades ellos servían.

—¡Cuidado!

Los perros sólo-humanos trataban de romper el asedio. Aquel carro de guerra abandonó su escuadra y enfiló directamente hacia ellos, levantando nubes de polvo y astillas, pero Djoser fue más rápido; con la punta de su lanza láser apuntó al lanzador y una línea carmesí brotó del extremo de su arma, derribando a su enemigo sin esfuerzo. Detrás de él, Tebi pinchaba a los caballos hasta que éstos se revolvieron, volcando la caja y separándola del yugo.

La caballería de los Puros no podía competir con la suya, pues no habían incorporado los avances técnicos con que los científicos Loo dotaban a los ejércitos mestizos. Aquella batalla estaba resultando una matanza. Y, sin embargo, en ese mismo instante, un descuido estaría a punto de costarles la vida.

«No bajéis nunca la guardia ante los vencidos. Hay muchas maneras de morir en batalla, y casi todas son fruto de la confianza y la estupidez».

Habían olvidado las palabras de Senra, su adiestrador en la Casa de la Guerra y jefe de su unidad, y se acercaron exultantes a los restos del vehículo. Los caballos habían huido. El Conductor estaba muerto, estrangulado con las mismas riendas que le habían servido para gobernar su máquina infernal.

Djoser se inclinó sobre el cadáver empuñando su espada y cortó su mano derecha; con un gesto de su cabeza le indicó a su compañero que se apresurase a hacer lo propio con el Lanzador si no quería quedarse sin trofeo. Luego, de pronto, la escena se había tornado otra bien distinta: su espada había salido despedida y las riendas giraban y giraban apretando su cuello. El aliento del Puro traidor, que se había hecho pasar por muerto para engañarle, rebotaba denso en su nuca. Quiso gritar, quiso correr, quiso luchar, pero los colores perdían ya su intensidad cuando vio a Senra, su instructor, dando la última zancada, preparado para saltar sobre su enemigo. Quizás fuera ya demasiado tarde.



Pero al abrir los ojos su rostro se transfiguró en el del Maestro de los Jardines del Rey, que pataleaba con los ojos desorbitados.



—¡Por el mismísimo falo de Osiris!
—aulló Djoser— ¿Qué hacéis a esta hora aún trabajando? ¿No os dais cuenta que pronto amanecerá? ¿No os han enseñado los escribas que, en la oscuridad, los vampiros del Inframundo acechan a los incautos para devorar sus almas?

Jeda arrojó su azada al suelo y trató de sonreír y recomponer sus vestiduras, pero su voz le traicionó y sólo acertó a tartamudear:

—Yo... yo sólo estaba recortando los arriates. Sólo quería adornar el camino que mañana tomarán los invitados.

4

La nave, por un momento, aguardó remansada en la expectación y el mutismo de sus ocupantes. Todo estaba listo.

El Que Da La Cadencia hizo sonar su flauta y treinta remos se alzaron a un tiempo para bogar sobre las verdes aguas del Gran Río. En el altar del capitán, espirales de incienso se elevaban al cielo para dar gracias a los dioses. Los presagios eran favorables y la embarcación abandonó lentamente la sombra de la vieja Ity-tawy, la ciudad del Rey. Con su largo casco acabado en flor de loto, sus formas deliciosas parecían a punto de elevarse y emprender el vuelo hacia el firmamento, en busca de la unidad. Jeda, cansado de oficiales pavoneándose de sus conquistas y de marineros demasiado obtusos para decir gran cosa, se acercó a la camareta central, donde ya le esperaba el príncipe Bakenkhonsu, un engreído jovencito de apenas dieciocho años.

—El Dios Bueno, nuestro Soberano, debe teneros en alta estima, Maestro de los Jardines, cuando os permite emplear a Montu Victorioso, la nave capitana, para un asunto personal que en nada favorece ni perjudica a los asuntos del reino. Yo he tenido la suerte de llevar el mismo rumbo que vos, pues en el Doble Palacio me indicaron que el uso de la nave ya había sido apalabrado para vuestro transporte.

Jeda asintió. Bakenkhonsu era un ser repulsivo. Obeso, de una corrección untuosa que escondía al más zafio y patético de los hombres, se mantenía en la corte por ser uno de los pocos que podían presumir de una línea de sangre



directa con Rameses, hermano de Tutmose, e iniciador de la gran unificación del Doble País frente a los Puros. Así pues, era un ser repulsivo, obeso, zafio, patético y... peligroso. Debía ser precavido. Jeda escogió un racimo de uvas, separó dos o tres frutos y engulló distraído el primero de ellos.

—Jiserkare es generoso con los que fielmente le sirven, como vos y como yo, y nada le place más que restar a nuestras cargas el peso de nuevos contratiempos. Del naciente al poniente se rebosa alegría, pues la magnanimidad del Rey es inmensa como el océano primigenio y su furia se hace sentir en los Nueve Arcos con la fuerza de un millón de hombres.

El príncipe Bakenkhonsu terminó de masticar una almendra e hizo un gesto con la mano. Antes de que lánguida la dejara caer sobre una de sus piernas, gruesa y estriada como un tronco de palmera, ya les habían traído unas jarras de Shedeh.

—Tus palabras son sabias —ahora le tuteaba—. En el Doble Palacio se alaba tu fidelidad y servicio, y pronto presumo se hablará de tu... diplomacia. Tus cualidades no pasan desapercibidas. Pocos han llegado de la nada hasta donde tú estás —sonrió cordial—. Espero que me consideres tu amigo.

Estrecharon sus manos. Unas copas de vino más tarde se les vio apoyados en las barandillas de estribor cantando tonadas picantes e intercambiándose amuletos. Montu Victorioso se fue a un lado de pronto, enrabiado, y ambos resbalaron quejosos por el suelo de la cubierta. Estallaron en carcajadas. Al poco, recordando seguramente su dignidad, se les vio apresurarse hasta la camarera central, y allí tomaron asiento para reflexionar en decoroso silencio.

—¡Viento del norte!

El Que Da La Cadencia hizo sonar su flauta y treinta remos se alzaron a un tiempo para bogar sobre las verdes aguas del Gran Río.

En el puerto de Ipu, Jeda tomó tierra, saludó cortésmente a su buen amigo Bakenkhonsu, que continuaba travesía hasta Mennefer, y se preparó para la última parte del trayecto. El príncipe, sin duda, había tenido ya bastante con aquel paseo inicial y ahora se daba prisa en llegar a su destino. Por un instante, Jeda se quedó en la orilla mirando cómo la nave encendía los nuevos motores eléctricos alimentados por energía solar. La idea, desde el comienzo, había tenido una excelente acogida, pues todos veían extremadamente natural que el padre Re, que de tantas cosas proveía a sus hijos, les diese en su magnanimidad aquel nuevo regalo venido del cielo. Sin embargo, Jeda lamentaba lo rápido que se estaban produciendo los cambios en su mundo. Muy pronto, todas las embarcaciones dispondrían de aquellos ingenios mecánicos y la navegación por el Gran Río no volvería a ser como antes.

Pero nada es nunca como antes.



Jeda descubrió con agrado que sus órdenes se habían cumplido al pie de la letra: junto al camino se habían dispuesto una decena de carros, su silla de manos y seis porteadores mecánicos, por lo que el viaje resultaría cómodo y hasta reparador después de los enérgicos vaivenes de Montu Victorioso.

Las gentes, que le veían pasar en su acolchada tarima, se interrogaban sobre la identidad del personaje que se permitía pasear con la pompa de un Visir y hacían apuestas sobre los honores que disfrutaría o su parentesco con este y aquel otro Rey.

—He oído decir que es primo carnal de... —consiguió distinguir entre el estruendo de la muchedumbre.

Jeda no ignoraba que hacía ostentación de una opulencia que, por su cargo, no le correspondía. Tenía sus propias razones: en siete años había salido tres veces de palacio, y siempre por razones perentorias; no gastaba un Deben de su sueldo en juergas o mujeres, excesos de los que hacía tiempo se había liberado; era parco en el vestir, parco en el comer y no gustaba de afeites ni abalorios. Nada le importaba sino sus sembrados, su estanque y sus arbustos en flor. Sin embargo, cada vez que el azar le obligara a salir de dominio, se trasladaría como si fuese el mismísimo Dios Viviente, y no pondría un pie en el lodo si antes no se había desplegado una esterilla y cinco pares de sandalias doradas.

Una hora después, enfilando el camino de la ribera, vio a un enorme gentío congregado en la casa de su tía Medianoche. No le gustó. Creía recordar que las Fiestas del Valle no comenzaban hasta el mes siguiente; además, la Cosecha estaba ya en marcha y los braceros deberían estar cuidando de los campos. En un pequeño quiosco, al final de la propiedad, se hacinaban casi todos los curiosos. Tuvo de pronto la certeza de que algo terrible terminaba de suceder y se echó hacia atrás, mareado. Ordenó a los robots porteadores que avivaran el paso. Nada aún. Frunció los labios y acarició la efigie de Amón que adornaba su pecho.

Los alguaciles hicieron detener a la comitiva. Jeda descendió apresurado, llevándose por delante uno de los robots porteadores, que se arrojó al barro intentando que su amo no tropezase. El Krank que lo gobernaba asomó un instante por la cavidad craneal de la máquina y pareció dispuesto a emitir una queja desde la diminuta ranura de su boca. Pero el Krank era un ser mudo, ciego y dócil; *vacío de todo salvo de la voluntad de servir*, decían los Loo. Jeda ni siquiera reparó en el gesto de su lacayo y pisoteó su cuerpo metálico, como si fuese una pasarela improvisada, tambaleándose camino del viejo templete. Lo habían construido entre él y su primo Senra, hacía una eternidad. Entonces era sólo un niño y durante muchos días trabajó, sangró y respiró para que aquel pabellón de madera cobrase vida. Volvió la vista: pese a estar terriblemente desfigurados, reconoció al momento los cadáveres de su tía Medianoche



y de Luminosa_nova, su cuñada, tiradas como perros sobre los listones de enebro que él mismo serrara muchos años atrás.

—Amón misericordioso...

Los allí congregados estaban igualmente sorprendidos por la súbita irrupción de aquel aristócrata y toda su mesnada en una pobre finca campesina. Un hombre con túnica blanca se inclinó hacia él cortésmente. Comprendió al instante que le habían tomado por un noble remilgado y pedante que se había perdido en su peregrinaje hacia la Ciudad Santa de Abedju, a pocos Iterus de distancia:

—Os advierto que habéis irrumpido en mal momento, pues nos hallamos en medio de una investigación policial. Haceros a un lado y en breve podré atenderos con la dedicación que os merecéis —Su tono de voz seguía siendo cortés, pero también firme. Al fin y al cabo, era el encargado de velar por la Armonía en la tierra de Ipu—. Mi nombre es Irzapa, magistrado de la Comarca de Minu.

Jeda apretó los puños y recordó la última vez que estuvo en aquel lugar, con su pobre tía. *«Hijo, debes venir más a menudo. Sin Senra, me moriré de pena»*. Le había prometido a la anciana que no faltaría en la próxima Estación. Habían pasado dos años.

—Soy Jeda, sobrino de Medianoche —extendió una mano hacia el primer cadáver y todos comprendieron—. Jeda, Maestro de los Jardines del Dios Bueno Jiserkare.

Todos dieron un paso atrás cuando oyeron el nombre de Re del monarca, y los que no se habían inclinado ya ante él se postraron ahora de hinojos. Jeda, que sentía vértigos y náuseas, sólo pensaba en acabar con todo aquello para poder ir a esconderse en la casa como cuando niño. Por la puerta de atrás accedería a los huertos, y allí podría eliminar las malas hierbas, acondicionar el suelo o cavar, cavar un hoyo de diez Codos de profundidad, uno lo bastante grande para enterrarse a él mismo, sus diez carros, su silla de manos y sus muchos yerros y flaquezas.

—Por favor, prosigan.

5

El alimoche que cerraba el grupo picó abruptamente hacia el suelo, dejando atrás a su bandada. Había visto algo, pero ese algo había desaparecido. Planeó hacia la derecha, alejándose sin prisas. Era un espécimen mayor, un buscador avezado, se equivocaba pocas veces. Esta vez se había equivocado. Y, sin em-



bargo, estaba seguro de haber sentido la carne muerta, llamándole, allí, muy cerca.

—¡No, aún no!

Kamutef había extendido su mano derecha intentando asir el vacío, y sus dedos se cerraban ya cerca de uno de los capullos, acariciando con la imaginación sus ambarinos pétalos. Se volvió hacia su madre y sonrió; de entre los arbustos emergía pálida y luminosa su bella dama, y su faz desprendía mil aromas de aceites perfumados, y sus palabras eran como ríos de vino, que vuelven ebrio al que escucha y loco al que recuerda:

—Las rosas son los espíritus más delicados de la Señora de los Campos. Espera al atardecer, hermoso príncipe, la pradera detesta a los impacientes. Cuando el sol disminuya su llamarada, entonces habrá llegado el momento de someter la belleza a tus apetencias.

Esta vez no quiso saber por qué y se limitó a aceptar que en las horas de más calor la naturaleza no permitía de buen grado que se segasen sus miembros; aunque lo encontrase ridículo, aunque precisamente a esas horas le apeteciera hacerlo, aunque lo deseara de verdad. Sabía que si preguntaba su madre se limitaría a decirle que llegaría el día en que le resultaría fácil dominar sus emociones y sus deseos, que entonces sería un hombre, un adulto. Kamutef pensaba a menudo que ser un adulto era un término para designar la capacidad de someterse a uno mismo.

—Muy bien, mamá.

Su abuela, la buena Medianoche, se llegó hasta él y le cogió del brazo.

—Siempre has sido un impaciente Senra; el primero en dar un beso a tu madre, el primero en cargar los bultos más pesados, el primero en escalar las murallas de Hetuaret, seguramente —Kamutef la vio sonreír para sus adentros y, por primera vez en muchos meses, le pareció que la anciana sabía exactamente lo que se decía. Que sólo se reía de sí misma y de sus desvaríos.

Iban los tres a la ribera a lavar la ropa. Los cestos eran pesados, y se sentaron a descansar no pocas veces. El camino era largo y Luminosa_nova propuso que cantaran. Ella empezaría con la primera tonada:

*La boca de mi amada es tierna flor
sus pechos manzanas que en mi pasión,
vuelven sus dedos cálices de loto,
su cabello lirio de pétalos rojos.
Juro que no es desvarío de mi corazón:
la boca de mi amada es tierna flor.*



6

Los cocodrilos les seguían desde la ciénaga. Les habían visto reír, cantar, jugar... y habían olido su sangre. En la estación árida recorrían las tierras cultivadas para devorarlo todo a su antojo. Ahora deseaban la carne de aquellas pobres mujeres, y también la del niño. Y la tendrían. Abandonaron el refugio de las aguas y se precipitaron hasta sus presas. Se detuvieron de pronto, ocultos tras unos troncos. También sabían esperar.

Las hienas vieron a los cocodrilos, vieron a los hombres, vieron una barca acercándose a lo lejos, y lanzaron al viento sus voces ululantes. Habían recorrido una gran distancia desde el desierto donde, aquella estación, les había ganado la escasez. Iban, como siempre, en manada, buscando carroña y presas fáciles, seres débiles que no pusieran en peligro su cobardía. Aquel asunto no era totalmente de su agrado. Pero no había nada mejor que hacer, y quedaron al acecho.

Entretanto, Kamutef no salía de su asombro. Era la primera vez que su abuela les acompañaba desde que tuviera uso de razón. Era la primera vez que la veía salir en años de su propiedad. Cuando antes había hablado con ella hubiera jurado que le reconoció y que sólo hacía ver que le confundía con Senra, su padre, que se reía de sí misma, de la pobre vieja senil que ya no distingue el sueño de la realidad. Se la veía feliz. Luminosa_nova notaba también algo extraño en su actitud y no dejaba de mirarla.

—¿Le sucede algo, madre?

Medianoche les miró dulcemente a ambos, primero a uno y luego al otro, con sus enormes ojos verdes como la miel. Le habló a Kamutef, su querido nieto:

—Esta noche, Senra, tu padre, se me apareció en sueños. Me dijo que hoy vendríamos al lavadero a cumplir con el destino. Me dijo que pronto me reuniría con él, que nos reuniríamos con él —miraba ahora a Luminosa_nova—, y que no temiéramos, pues estaba escrito hacía mucho en la paño de las Hát-hores que acudiríamos al encuentro del ser amado y nos alcanzaría la paz y la unidad con los dioses —puso una mano en la de su nuera—. Has sido una buena esposa. Senra eligió sabiamente y me alegro por los dos. Cuando era un muchacho de apenas quince años y le hallé malherido no muy lejos de aquí, en la otra orilla del río, supe que Senra sería el sustento de mi vejez. Por eso lo adopté y le di cobijo en mi casa. Mi sobrino Jeda es distinto, bien lo sabes; él no tiene más que un adarme de vida en sus venas, y apenas tiempo para otra cosa que sus plantas y sus temores a que ese adarme de vida quiera finalmente alzarse y vivir, respirar libre, aunque sea un breve instante. Sólo lamento



que, precisamente hoy, cuando venía de visita después de tanto tiempo, no tengamos ya ocasión de verle, de darle un abrazo de despedida.

Luminosa_nova era una mujer supersticiosa y creía en el poder de los sueños pero, ¿acaso Medianoche no habría enloquecido de dolor? La pobre mujer había sufrido mucho desde la muerte de su primogénito. No merecía que la reprendiese, ni siquiera que la contrariase.

—No todo está en los sueños; a veces las visiones no responden a la verdad. Para eso están aquellos hombres sabios que saben interpretarlas. Buscaremos a uno en el pueblo que posea ese don y así ya no tendrá que preocuparse por sus pesadillas.

Pero la anciana estaba tranquila, extrañamente sosegada, como si nada importara ya.

—No temas, hija mía. No escuches mis delirios si no quieres. Pronto caerá la tarde y podréis recoger esas rosas para mí. Las pondré en el jarrón que me regalaste, junto a mi estera, pero ahora siéntate a mi lado y no temas porque es tan breve la vida que no hay tiempo para el temor, sólo para amar.

El cocodrilo apareció de la nada. La cabeza de su abuela desapareció entre sus fauces. Luminosa_nova saltó a un lado e intentó zafarse pero un segundo reptil la asió de la cintura. Kamutef asistió atónito a los gemidos desgarradores de su bella dama y luego hizo lo que tenía que hacer, lo que todos los mestizos saben que hay que hacer. Desde la copa del sicomoro, como en una pesadilla, vio como llegaban las hienas.

—La boca de mi amada es tierna flor, sus pechos manzanas que en mi pasión... —canturreaba.

Nunca supo cuánto tiempo pasó aferrado a la corteza del sicomoro. Le despertó su propia voz repitiendo como un eco aquellos primeros versos de la canción de Luminosa_nova. “Es hora de recoger las rosas”, pensó. Los cocodrilos se habían marchado. Su padre decía que esas bestias huelen el peligro. Las hienas iban de un lado a otro, le miraban de soslayo y seguían con su festín. No parecían demasiado hambrientas, cogían un poco de aquí, otro de allá y se sentaban a la sombra, vigilantes. Él era el postre, seguramente, una golosina para que dejaban para el final. No importaba. Había hora de recoger las rosas.

—... vuelven sus dedos cálices de loto, su cabello lirio de pétalos rojos.

Descendió del árbol y las hienas, en silencio, se apostaron a su alrededor. Cogió la primera rosa. Sacó una pequeña daga. El corte en bisel, como le habían enseñado. Un gruñido. El monstruo estaba a su lado, relamiéndose. Entonces oyó como un silbido, y un brillo deslumbrante de metal avanzando vertiginoso sobre las aguas. Suspiró, inmensamente cansado.



—Juro que no es desvarío de mi corazón: la boca de mi amada es tierna flor.

7

Las estrellas habían detenido su trasiego infinito. Re, indeciso, se asomaba desde la balaustrada del horizonte para contemplar a su hijo. El universo todo puso sus ojos en Amu, y Amu esperó removiendo los pies, cabizbajo.

Amu era arponero del río. Con su poderosa lanza era capaz de atravesar un cocodrilo de lado a lado; eso era, al menos, lo que él decía. Miró a Irzapa y a Jeda. Se sentía estúpido allí plantado dando razones de aquellos dos cuerpos bañados en sangre. Amu era un héroe, un ser superior, no tendría por qué dar explicaciones de ninguno de sus actos.

—Le di a una en el lomo y las otras huyeron —escupió al suelo—. Yo no uso esos arpones Loo tan modernos con sistema de auto guía por calor, ¡pero no me hace falta! Las hienas son unos demonios cobardes y al primer lanzamiento desaparecieron de mi vista. Así que me llevé a las señoras en mi barca y las traje a la finca. ¡Por la sangre de Horus! Esos demonios habían hecho bien su trabajo. No sabía dónde dejarlas, en la casa lo ensuciarían todo, ¿no es cierto? Entonces vi el templete y me dije: Amu, este es un buen sitio. Al fin y al cabo seguro que las buenas señoras venían aquí un día sí y otro también, entrada la tarde, ya saben, con una jarra de vin... unas infusiones quería decir. Seguro que el sitio les gusta.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Jeda.

—Se fue a la casa. Parecía en otra parte, no sé si me entienden —escupió al suelo—. Le expliqué cosas de mi trabajo, a ver si se animaba, cómo hacemos los arpones tradicionales y todo eso, y él me contestó no sé qué de las rosas y, ya saben... Lo que decía no tenía sentido pero, ¡por la sangre de Horus! Esos demonios se habían comido a su madre y a su abuela. Pobre crío.

Amu esperó a que los alguaciles levantaran los cuerpos y comenzó a escupir a un lado y a otro, cada vez más incómodo. En la mano izquierda tenía agarrado aún su arpón sucio de sangre, y todos le veían cruzarlo detrás de la espalda, y todos sabían que Amu temía que quisieran arrebatárselo poniendo por excusa la investigación de aquellas horribles muertes, en las que él, después de todo, no tenía nada que ver. Era una buena lanza, su preferida. Sería una lástima perderla.

—Si ya han terminado conmigo...

—Creo que sí —Irzapa miraba a Jeda de reajo, y Jeda miraba de reajo la casa.



—Perdone, señor juez, me gustaría que este hombre se quedase esta finca y la casa que hay en ella.

A Amu se le cayó el arpón al suelo. Irzapa se mesó el mentón con gesto calculado y examinó rápido el asunto desde la perspectiva de las normas y los preceptos.

—¿Son tuyas estas tierras?

—Eran de mi tía Medianoche y antes de los padres de mi padre. No queda más familia. Ahora serían del niño, Kamutef... si tuviese edad, pero yo no quiero ninguna propiedad en provincias. Resido permanentemente en Ity-tawy, en el Doble Palacio de Ity-tawy; no tengo mujer ni hijos. Kamutef heredará mis bienes.

Dijo Irzapa:

—Es justo y conforme a la ley. Que se ponga todo por escrito.

Y añadió en voz baja:

—También la disposición a que el niño herede vuestro patrimonio. Es mejor no dejar cabos sueltos. Así lo aconseja el buen sentido... para preservar la Regla.

Jeda convino:

—Y sin la Regla nada somos.

8

Kamutef estaba en el comedor, ordenando las rosas sobre una mesa, buscando la cadencia y el equilibrio tal y como los hubiera buscado su madre. Las palabras de su bella dama rebotaban en su corazón como el sonido del tamboril, cerca, muy cerca, incansablemente:

Que parezca natural, como si las flores manasen de la base del ramo, como si naciesen así todos los días del año.

Alguien tosió a su espalda. Su tío Jeda. Le encontró mucho más viejo, mucho más cansado... Sabía que ahora tendrían una conversación, una de esas conversaciones niño-adulto que todos desearían no haber de iniciar jamás. Kamutef no quería conversar. Se dio cuenta que su tío tampoco lo deseaba y ello le hizo sentirse mejor, pero no haría las cosas más fáciles. Sentía frío. Las habitaciones le parecían extrañas, gélidas como una tumba, huérfanas de la presencia de su abuela y su madre.



—¿Te gustan las plantas?

—Sí, son hermosas; en el mundo hay pocas cosas hermosas y debemos cuidar las pocas que los dioses nos dan.

Jeda se acordó de esas palabras. Eran de su primo Senra. Supuso que luego pasarían a Medianoche, o a Luminosa_nova. Ahora eran de Kamutef.

—Yo soy jardinero en el palacio del rey Jiserkare.

—Sí, lo sé. Mi madre me lo dijo.

Las habitaciones... gélidas como una tumba, pensó el niño.

—Tu madre quería que vinieses conmigo a aprender el oficio de jardinero.

Kamutef no pudo contenerse más. Temblaba de rabia. Todo su ser desprendía la cólera de los justos y de los inocentes. Nunca más se libraría de la rabia y de la cólera. Estaba seguro.

—Sí, me lo dijo. Me habló de ti y de tu estúpido trabajo, y de labrarme un porvenir, y...

De pronto, rompió a llorar, sin saber por qué ahora, inexplicablemente, tan inexplicablemente como todo el rato que llevaba sin hacerlo. Sintió unos brazos fuertes que le rodeaban. Sintió unas lágrimas negras y ardientes resbalar por sus mejillas. Sintió que el mundo había dejado de tener sentido, como si las Montañas del Amanecer y del Ocaso hubieran dejado de sostener la losa de los cielos.

—Yo no entiendo de personas, sólo de lotos, granados, nenúfares y acacias. Ellos hacen mi vida pequeña, previsible y exacta, lejos de este mundo de hombres, lejos de este mundo... —Jeda lloraba con él, y juntos podrían haber ahogado al Gran Río—. Dime, ¿qué debo hacer para sanar nuestro dolor?

Quedaron en silencio y, súbitamente, estalló un amor profundo entre ambos, el amor que dos seres se profesan cuando, siendo sus universos perfectos, paralelos e imposibles de entrelazar, el hacha del Verdugo les fuerza a crear juntos un tercer universo que pueda cobijar a ambos.

—Tío Jeda...

—Sí...

Kamutef señaló el lecho de rosas que había compuesto desordenado sobre la mesa. Trató de esbozar una sonrisa.



—Forma este ramo como Luminosa_nova lo hubiera hecho. Luego lo llevaremos allí, sí, al cuarto de la abuela, junto a la estera, a ese jarrón tan feo, ese con incrustaciones de jaspe.

Las habitaciones se iluminaron entonces con el aceite de las lámparas. Envueltos en sus quehaceres, frenéticos, no pensaron más en el presente en toda la noche. Kamutef barrió y ordenó las estancias de sus damas y Jeda fue a por más flores con las que convertirían su hogar en un vergel. De regreso, Kamutef vio que su tío apenas podía pasar por la puerta de tantos tallos y renuevos que carreteaba.

—¡Estupendo! —exclamó—. Mañana nos despertaremos todos oliendo a rosas.

© José Navarro Costa

JAVIER NAVARRO COSTA tiene 36 años y reside en Asturias. Acaba de sacar a la venta la novela gráfica MI HEROÍNA. En colaboración con el dibujante Toni Carbos actualmente suman 20 premios y/o reconocimientos en el mundo del cómic. Acaba de recibir la Beca Cajastur 2008 para acabar una novela gráfica sobre los españoles en los campos nazis de exterminio y confeccionar un libro de fotografías sobre el mismo tema, aunque centrado en los asturianos. El 1 de septiembre de 2009 (cuando se cumplan 70 años del inicio de la segunda guerra mundial) saldrá a la venta su segunda novela gráfica en Glenat sobre el conflicto que se extendió de 1939 a 1945.



Artículos

EL ANACRONÓPETE: LA PRIMERA MÁQUINA DEL TIEMPO

por Omar E. Vega

¿Acaso tienen algo que ver la zarzuela con la ciencia ficción? En este interesante ensayo se tiende un puente entre dos géneros que, aparentemente, no poseen nada en común a través del comentario de El anacronópete de Enrique Gaspar, obra que vio la luz ocho años antes que la famosa Máquina del tiempo de H. G. Wells y cuya trama gira entorno a una enorme caja de hierro fundido que, propulsada por electricidad, se desplaza en el tiempo. De este modo, Omar E. Vega nos invita a repensar nuestras ideas sobre el origen de la ciencia ficción al tiempo que establece que aquello que parecía ser un sueño decimonónico trascendió para convertirse en un objeto de estudio en los siglos subsecuentes



¿Se puede viajar hacia el pasado? Para nosotros, simples mortales, esto parece ser un imposible, pero Superman no tiene problemas. En una escena de la película Superman de 1978, Luisa Lane, novia del superhéroe, muere en un auto aplastada por un derrumbe. Al llegar al lugar momentos después, Superman, en su desesperación, decide revertir la situación y para ello se pone a girar miles de veces por segundo alrededor de nuestro planeta, hasta que consigue que la Tierra se detenga, gire en sentido contrario, y el tiempo empiece a fluir al revés.

Cuando veo escenas como éstas, suelo pensar: ¡qué imaginación! Estos norteamericanos sí que son brillantes para pensar en ideas provocadoras. Pero no fue hasta hace poco que me enteré que esa manera de viajar atrás en el tiempo no era original de la película Superman, sino que se podía rastrear directamente hasta una zarzuela del siglo XIX del autor español Enrique Gaspar.

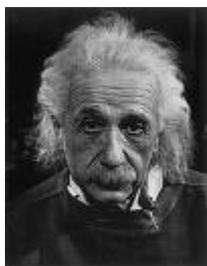
Zarzuela, dirá usted, ¿Qué es eso y qué diantres tiene que ver con la ciencia ficción?



Pues zarzuela es una variedad española de la *operetta*, forma menor de la Opera. En siglos pasados, en toda Europa se produjo gran cantidad de operetas orientadas al gusto popular, y ya en la época de **Mozart**, este género le servían al genio para ganarse un sueldo extra, cuando no había trabajo en la corte. En España, la zarzuela fue un estilo de opereta donde se mezclan canciones con diálogos sin música, a la manera de un musical de Hollywood. Hay zarzuelas muy interesantes, con temas de lo más variados, y con algunas tonadas que se hicieron famosas más allá del teatro. Es el caso del *brindis de Marina*, zarzuela basada en la vida de los marineros, y en la cual la letra impulsa a la gente a beber; siendo la preferida de muchos borrachines en el mundo Hispánico.

Tan popular fue la zarzuela en España que los autores se desesperaban por buscar temáticas nuevas, llegando a abordar temas de ciencia ficción. Fue el caso de la obra *El anacronópete* de **Enrique Gaspar**, editada en Barcelona en 1887, en la cual se adelanta en casi una década en la invención de una «Máquina del tiempo» a **H.G. Wells** (1895). Sin embargo, a pesar de la aparente similitud ambas naves temporales funcionan por principios distintos. El anacronópete era una enorme caja de fierro fundido propulsada por electricidad, la cual mueve cuatro cucharones que permiten desplazarse.

En el primer acto de la obra se explica que es la atmósfera la causante del transcurrir del tiempo, por lo que girando rápidamente en contra de la rotación de la Tierra se puede deshacer el paso de los días: se trata del mismo mecanismo usado en la escena de Superman, ya mencionada. En la zarzuela, los protagonistas viajan desde la feria mundial de París de 1878, hacia el París de 1860, y desde ahí van a Granada en 1492, Ravena de 690 y China en 220. Luego van a la Pompeya de 79 D.C., visitan a **Noé** en el siglo 30 A.C. y finalmente llegan al momento de la creación.



Si les parece el mismo tema que *El Tunel del Tiempo* o *Dr. Who*, pues no es coincidencia; toda la literatura de viajes en el tiempo descende de una misma obra, publicada ocho años después que la de Gaspar: *La máquina del tiempo* de **H.G. Wells**, la que popularizó la idea y que introdujo el concepto del tiempo como la cuarta dimensión. **Albert Einstein**, en su famosa Teoría de la Relatividad Especial, aplicó a la ciencia el mismo concepto de **Wells**, de un continuo de las tres dimensiones del espacio más el tiempo.

Albert Einstein demostró que los viajes en el tiempo sí eran posibles, pero sólo hacia el futuro. Por ejemplo, teóricamente es posible mandar expediciones de naves de colonos a las galaxias cercanas, cruzando el espacio a una fracción muy cercana a la de la velocidad de la luz. El viaje para los expedicionarios les tomaría unos cuantos años desde el punto de vista de quienes van en el interior de la nave, pero en el mismo lapso para el universo transcurrirían millones



de años. Serían, literalmente, de expediciones al futuro. Y en efecto, ya existen las máquinas del tiempo que llevan al futuro, si bien no son todavía muy impresionantes. Cada nave espacial que orbita la Tierra se desplaza a través del tiempo ligeramente más lenta que la gente en la superficie terrestre. Un astronauta que viva en la estación espacial durante un año será algunos milisegundos más joven que sus contemporáneos en Tierra.

En cuanto a los viajes atrás en el tiempo, resulta curioso que si bien la ciencia duda de su existencia, no se trata de un imposible, al menos en principio. **Ronald Mallett**, profesor de física de la Universidad de Connecticut, así lo cree y ha estado trabajando durante largo tiempo para construir la primera máquina del tiempo real, capaz de llevar una partícula subatómica una milonésima de segundo al pasado...Bueno, por algo se empieza.

Me pregunto si el público que asistió al estreno de *El Anacronópete* sospechó que alguna vez las máquinas del tiempo se harían realidad. Al menos, gracias a la investigación histórica reciente y a estudiosos que literalmente viajaron en el tiempo a su encuentro, la obra de **Enrique Gaspar** pudo recuperarse del olvido.

© Omar E. Vega 2008-2009

OMAR E. VEGA (1958), nació en Santiago de Chile. Ingeniero en computación, con estudios de postgrado en I.A., trabaja desarrollando software geográfico para la minería. Tiene una familia conformada por su esposa, tres hijos, una gata y un conejillo de indias, y vive cerca de unas ruinas incaicas.



IVÁN MOLINA JIMÉNEZ

por José Joaquín Ramos

Iván Molina Jiménez es uno de esos talentos en los que la historia y la literatura se conjugan para dar vida a relatos de ficción que, pese a contar con fuertes raíces en la realidad costarricense, poseen ese aire de universalidad que permite a los lectores de otras naciones y latitudes sentir un especial goce con su lectura. En cada una de sus historias, Iván nos comparte una forma diferente de concebir, de escribir y hasta de sentir la ciencia ficción que nos recuerda que aún le quedan a ésta muchos caminos por recorrer e historias por contar...

Biografía:



Iván Molina Jiménez nació el 6 de enero del año 1961, en la ciudad de Alajuela. Hizo los estudios primarios en la Escuela República de Guatemala y los secundarios en el Instituto de Alajuela. Obtuvo la maestría en Historia en la Universidad de Costa Rica en el año 1984. Ha escrito varios libros en su especialidad y numerosos artículos en revistas y periódicos. También publicó la novela *CUNDILA* en el 2002 y, posteriormente, cuatro libros de cuentos de ciencia ficción. Durante mucho tiempo, Iván Molina se dedicó a la historia económica, posteriormente incursionó en la historia cultural (en particular en la historia del libro en Centroamérica) y más recientemente se ha dedicado a la historia político electoral de Costa Rica.

Entrevista:

Alfa Eridiani: ¿Cuándo sintió que quería ser escritor?

Iván Molina: Alrededor de los diez años, cuando pasé de la lectura de cómics a la de las novelas de Verne y de otros autores, y empecé a escribir mis primeros relatos. En esto fue fundamental el estímulo familiar, ya que la lectura era una práctica habitual entre mis hermanos mayores. De esos tempranos esfuerzos literarios apenas quedan algunas muestras en un olvidado periódico de colegio.

Alfa Eridiani: A la hora de elegir una carrera superior, ¿por qué se decanta por la historia y no por la filología hispana? Tal vez sea deformación geográfica, soy español, pero si yo hubiera tenido claro mi deseo de ser escritor hubiera estudiado lengua y literatura hispanas.



Iván Molina: Lo de estudiar historia fue algo puramente accidental, ya que no tenía predilección por alguna carrera en particular. Así, cuando llegó el día de matricularme en la universidad, escogí una carrera al azar y resultó ser historia. Por un azar, también, mi ingreso a esta carrera coincidió con un momento clave en su desarrollo, ya que a finales de la década de 1970 cobró fuerza, en Costa Rica, el proceso de renovación de los estudios históricos. Por tanto, sin haberlo planeado, me vi inmerso en un medio intelectual tan estimulante como desafiante. Lo que sí tenía claro, antes de ingresar a la universidad, era que no iba a estudiar nada relacionado con la literatura. En parte, esta decisión obedecía a que, por esa época, sustentaba la creencia de que el escritor nace y no se hace; y en parte a que intuía que estudiar algo relacionado con filología o literatura podía dañar para siempre mi quehacer de escritor. En esto último no estaba tan desacertado, ya que, como lo comprobé después, la enseñanza de la literatura en Costa Rica, a nivel universitario, ha sido –y es aún– bastante tradicional, por lo que no sólo no había un buen conocimiento de los estudios literarios llevados a cabo en otros países (especialmente en el mundo anglosajón), sino que había fuertes prejuicios contra algunos de mis géneros literarios preferidos. Aún recuerdo lo que me dijo una profesora de literatura, durante mi primer año universitario, cuando me vio con un libro de cuentos de Ray Bradbury: «no vale la pena leer eso».

Alfa Eridiani: ¿Cómo ha influido su carrera de historiador en su forma de ser escritor?

Iván Molina: La influencia fue al revés, en el sentido de que mis primeros trabajos históricos son una rara combinación de las teorías y métodos de las ciencias sociales con formas narrativas bastante barrocas por su utilización de figuras literarias. De esta manera, fue el historiador el que tuvo que abrirse paso frente el escritor. Poco después, aprendí a delimitar los ámbitos de cada una de esas prácticas y desde entonces escribo de modo diferente mis piezas de ficción y mis obras históricas. Ahora bien, la historia sí influye de manera importante en mis relatos, en los cuales, por lo general, la presencia del pasado es fundamental. Además, la formación en historia me ha facilitado darle mayor verosimilitud a las situaciones sociales futuras que están presentes en mis cuentos. Finalmente, mi condición de historiador ha hecho que la ciencia ficción y no el relato histórico se convirtiera en el eje de mi producción literaria. En mis inicios, el relato histórico siempre me interesó mucho y, cerca de los 20 años, escribí un par de novelas históricas que nunca publiqué. Luego de convertirme en historiador, le perdí el gusto al relato histórico, en buena medida porque cada vez me resultó más fácil reconocer los anacronismos en que incurren quienes producen este tipo de literatura.

Alfa Eridiani: ¿Le ha sido muy difícil publicar ciencia-ficción en su país? Tengo entendido que su primera antología, *La miel de los mudos y otros cuentos ticos de ciencia-ficción*, apareció primero publicada en periódicos y luego la recopiló en un librito cuyo título ya hemos mencionado. ¿Fue así con el resto de



las antologías? Cuéntenos qué tal acogida han tenido y cómo puede conseguir el lector sus colecciones de cuentos.

Iván Molina: En Centroamérica, la ciencia ficción es un género que no ha encontrado mucho apoyo por parte de las editoriales y ha tendido a ser dejado de lado por los críticos literarios, pese a que escritores importantes del área han incursionado en este tipo de literatura, como Rubén Darío, Rafael Arévalo Martínez y Carlos Gagini, entre otros. Así, en el istmo centroamericano existe una interesante, pero desconocida, tradición de ciencia ficción, que se remonta, por lo menos, a finales del siglo XIX.

En tales circunstancias, no resulta fácil publicar ciencia ficción en Centroamérica. De hecho, *LA MIEL DE LOS MUDOS* es el primer libro en Costa Rica (y quizá en el istmo) que se identifica específicamente como una obra de ciencia ficción. Los cuentos que integran este libro los empecé a escribir a inicios de la década de 1990, y dos de ellos, *Febrero 2034* y *Cracks*, fueron publicados en periódicos y revistas de Nicaragua y El Salvador (en Costa Rica no hay muchas opciones de esta índole). Así pues, tanto esta antología, como las que le siguieron, comprenden cuentos mayoritariamente inéditos.

De *LA MIEL DE LOS MUDOS* publiqué por mi cuenta 500 ejemplares y, hasta el momento, se ha vendido alrededor de un 75 por ciento de la edición. El libro fue bien recibido en Costa Rica e incluso fue objeto de un pequeño comentario en un artículo publicado en *The New York Review of Books* (junio, 2006). Hasta ahora es el único libro de ficción de un autor costarricense que ha sido considerado por esa importante revista. Mis libros de ciencia ficción pueden ser conseguidos en la librería de la Universidad de Costa Rica, a la que se puede ingresar mediante este enlace: <http://libreriaucr.com/catalogo/>

Pese a las limitaciones indicadas, la ciencia ficción en Costa Rica ha empezado, en los últimos años, ampliar sus espacios. En el 2007, la Editorial Costa Rica (una de las más importantes, pero también más conservadoras editoriales costarricenses), publicó *Telémaco*, una novela de ciencia ficción de Jessica Clark. En el 2009, la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia publicó *Deux es machina*, una obra que comprende dos novelas cortas de Daniel Garro Sánchez, y esta misma editorial publicará en el 2010, *POSIBLES FUTUROS*, una antología de cuentos de ciencia ficción de seis autores costarricenses (incluido el suscrito).

Alfa Eridiani: Ya que ha salido *LA MIEL DE LOS MUDOS* quisiera ligar esta antología con la evolución temática de su obra. En *LA MIEL...* hay un constante ir y venir del futuro al pasado cultural costarricense en la mayoría de sus cuentos, no todos, pero sí la mayoría. ¿Cree que esto ha servido para enganchar a sus lectores? En *EL ALIVIO DE LAS NUBES* no sucede esto, al menos no en todos los cuentos el pasado tiene importancia argumental. ¿A qué se debe esto?



Iván Molina: Me parece que la diferencia entre *LA MIEL* y *EL ALIVIO* es que en la primera obra los cuentos son más definidamente costarricenses, con problemáticas que refieren a aspectos muy reconocibles del pasado y el presente de Costa Rica. Esto se explica, en buena parte, por el contexto en que fueron escritos esos relatos: en la década de 1990, la progresiva aplicación de políticas de libre mercado condujo a desatender los programas sociales llevados a cabo por el Estado, a intensificar la destrucción ecológica y a graves situaciones de corrupción. Todo esto quedó reflejado en el libro. En *EL ALIVIO*, en contraste, aunque los cuentos tienen alguna relación con Costa Rica, las problemáticas a que aluden escapan a condiciones específicamente costarricenses. Pese a estas diferencias, la respuesta de los lectores fue bastante parecida y ambos libros se han vendido bastante bien. Finalmente, aunque todos los escritores tenemos temas a los que volvemos una y otra vez, he procurado, hasta donde he podido, no repetirme, de modo que siempre estoy a la búsqueda no sólo de nuevos temas, sino de nuevas maneras de tratarlos. Un aspecto interesante de *POSIBLES FUTUROS*, la antología a que hice referencia antes, es que cuatro de los cuentos, escritos por jóvenes autores costarricenses, no hacen referencia a Costa Rica. En un futuro próximo, me gustaría orientar mi trabajo en esta dirección.

Alfa Eridiani: Aunque no quiera referirse a temas socioculturales costarricenses, noto una querencia a tocar esos temas. En *LA CONSPIRACIÓN DE LAS ZURDAS* aún no se ha liberado del todo porque sigue habiendo el subtítulo de nuevos cuentos ticos de ciencia-ficción. Reconozco que al ritmo que vamos plantea problemas que podrían darse en cualquier sociedad. A lo que voy es que se ha producido un cambio de planteamiento en el cuento y ahonda en la crítica de la sociedad neoliberal que compra y vende todo. El culmen de este cambio temático sería *VENUS DESCLENDE* en el que la sociedad neoliberal ha privatizado la nacionalidad. ¿Ha influido en algo su estudio de la historia económica de Costa Rica en su obra de ciencia-ficción?

Iván Molina: Haber iniciado mi carrera como historiador económico me permitió concentrar mis tempranas investigaciones en el estudio de cómo había surgido el capitalismo en Costa Rica y los costos y conflictos sociales asociados con tal proceso. En el caso costarricense, esa transformación puede ubicarse en la primera mitad del siglo XIX cuando, con la expansión del cultivo del café, las tierras anteriormente comunales fueron privatizadas y la fuerza de trabajo se generalizó como una mercancía. Esta problemática fundamental está incorporada también en mis investigaciones culturales y políticas, en el sentido de considerar las complejas relaciones entre capitalismo, cultura impresa y democracia.

Dado que la dinámica del capitalismo supone el desarrollo constante de nuevas formas de acumulación (con la consecuente mercantilización de valores de uso y necesidades sociales), algunos de mis cuentos han procurado imaginar hasta dónde podría llegar ese proceso. En *Los peregrinos del mar*, los cos-



tarricenses pobres apenas tienen derecho a 20 minutos de mar; en *El alivio de las nubes*, la amistad es una mercancía, como lo es la nacionalidad en *Costarricense interino*.

Alfa Eridiani: Tal vez no debiera separar esta pregunta de la anterior pero ahí va: ¿cómo han influido sus estudios históricos en la elaboración de sus cuentos?

Iván Molina: Aparte de una influencia general, en términos del contexto histórico en que se ubican los relatos, ha habido una influencia más directa en algunos casos. *Verde será el olvido*, *Bicentenario* y *Costarricense interino* son deudores de mis estudios sobre la construcción de la identidad nacional costarricense; *La conspiración de las zurdas* está inspirado en mis investigaciones sobre el Partido Comunista de Costa Rica; *Venus descende* se hace eco de mis trabajos sobre la historia de la alfabetización y de la cultura impresa; y *Spút-nik*, el cuento que forma parte de la antología *POSIBLES FUTUROS*, surgió a partir de un artículo histórico en el que analicé el conflicto cultural que el paso del cometa Halley provocó en la Costa Rica de 1910.

Alfa Eridiani: Hablemos de *CUNDILA*, su única novela. Imaginó que es un homenaje a Joaquín García Monge, el primer novelista costarricense, dado que Cundila es la novia de El Moto, personaje de la novela homónima. Cuéntenos algo sobre ella. ¿Qué le llamó tanto la atención como para escribir una historia ficción en la que se sugiere que hay una continuación de la novela de García Monge?

Iván Molina: Ciertamente, *CUNDILA* juega con la idea de que pudo existir una segunda parte de la novela *EL MOTO*, de Joaquín García Monge; sin embargo, *CUNDILA* es, sobre todo, una novela que tiene por eje las distintas formas de violencia contra las mujeres y la capacidad de estas para enfrentar tales situaciones. En este sentido, *CUNDILA* alienta una lectura crítica de la obra de García Monge, que ofrece una imagen bastante tradicional de las mujeres costarricenses de finales del siglo XIX. *EL MOTO*, en efecto, no presta la debida atención a los desafíos que esas mujeres plantearon al orden establecido de género, al impugnar, por distintos medios, los roles que les asignaban la Iglesia católica, el Estado liberal y, por supuesto, los hombres con quienes estaban relacionadas en el marco familiar y comunal. Curiosamente, la condición de género ha jugado un papel importante en la interpretación de *CUNDILA*, ya que los críticos masculinos se han centrado en explorar la relación entre esta novela y *EL MOTO*; en cambio, las mujeres han ido más allá de esto y han sido más sensibles a la violencia de género que informa la novela.

Alfa Eridiani: Tal vez por eso, porque «críticos masculinos se han centrado en explorar la relación entre esta novela y *EL MOTO*» podemos encontrarnos enlaces como este en la red: <http://heredia->



costarica.zonalibre.org/archives/2009/09/ivan-molina-jimenez.html ¿Ha sufrido mucho la incomprensión de sus conciudadanos?

Iván Molina: Hay bastante información en Internet sobre mis obras históricas y de ciencia ficción. No siempre, sin embargo, los datos que se consignan son fidedignos y, como es de esperar, las opiniones expresadas pueden variar mucho. Algunas de mis obras históricas han sido duramente criticadas por los sectores más conservadores de la izquierda y la derecha costarricenses, así como los artículos que con frecuencia publico en la prensa de Costa Rica sobre asuntos históricos. Con respecto a los relatos de ciencia ficción, hasta ahora no ha ocurrido algo similar, pese a que algunos son mucho más irreverentes que mis estudios históricos. Imagino que esa diferencia se explica, en mucho, porque para ciertas personas los estudios históricos se asocian con una realidad que tiene importancia en el presente, y los de ciencia ficción no. Debo indicar, además, que las audiencias de lectores que procuro interpelar no se limitan a Costa Rica, dado que la mayoría de mis estudios históricos son publicados en revistas académicas no costarricenses. En el campo de la ciencia ficción todavía no he terminado de dar ese paso, pero estoy en ello.

Alfa Eridiani: ¿Hay algo que quiera añadir y que no le haya preguntado?

Iván Molina: Agradecer el apoyo que hasta ahora he recibido de Alfa Eridiani.

Bibliografía literaria:

Novela

1. *Cundila*: 2002

Cuento

1. *La miel de los mudos y otros cuentos ticos de ciencia-ficción*: 2003
2. *El alivio de las nubes. Y más cuentos ticos de ciencia ficción*: 2005
3. *La conspiración de las zurdas*: 2007
4. *Venus desciende*: 2009

© José Joaquín Ramos de Francisco

Madrid, 1964. Es Licenciado en Ciencias Biológicas por la Universidad Complutense de Madrid. Se inició en el fándom activo en el Sitio de Ciencia-Ficción publicando algunas críticas literarias y colaborando en el Glosario. Desde 2003 edita cuando puede la revista Alfa Eridiani, una revista electrónica gratuita dedicada a difundir la ciencia-ficción de autores noveles y, en alguna ocasión, no tan noveles. Desde hace año y medio año es editor semiprofesional y ha sacado en papel dos libros de sendos autores que se pueden comprar en <http://eridano.alfaeridiani.com>



SIDEKICKS¹ DE LOS SUPERHÉROES

por J. Javier Arnau

Están detrás de muchos de los superhéroes más famosos no sólo para ayudarles en su lucha contra el mal; también para que, llegado el momento, hereden de ellos el legado superheroico y ocupen su lugar. Ésta es la historia de los Sidekicks, o los acompañantes juveniles, que J. Javier Arnau nos comparte a través de un entretenido recorrido por la historia de las dos grandes matrices en las que éstos se han gestado: DC Cómics y Marvel Cómics.

I.- Un poco de historia de los cómics de superhéroes

Tomando como origen de los diferentes universos superheroicos en general la aparición de Superman en las páginas de Action Cómics, podemos datar los orígenes de la editorial que más tarde sería DC Cómics (una de las dos grandes del cómic superheroico norteamericano y, por extensión mundial) en esa fecha, 1938. Pocos meses después, aparecería otro de los grandes iconos de esa editorial, Batman –que junto a Superman y Wonder Woman, creada en 1941 conforman lo que se ha dado en llamar la *Trinidad* de DC Cómics–. Es decir, que en los años cuarenta ya teníamos prácticamente conformado un Universo superheroico al que se le irían añadiendo más y más elementos, tanto en forma de otros superhéroes (Flash, Green Lantern, Hawkman, Sandman, Green Arrow, etc) como de secundarios (Lois Lane, Perry White, ...), villanos (Joker, Lex Luthor, El Pingüino, etc.), lugares (Smalville, Metrópolis, Gotham).

Y, una cosa muy importante en este universo de ficción superheroica, que he omitido antes deliberadamente, pues es el tema de este artículo: los acompañantes juveniles o *sidekicks*.

La otra gran editorial de cómic superheroico, Marvel Cómics, abrió sus puertas definitivamente a los superhéroes en la década de los sesenta, a pesar de que en los cuarenta ya había iniciado su edición, que posteriormente paró hasta el resurgimiento del género, lo que se dio a finales de los cincuenta/principio de los sesenta de la mano de DC Cómics

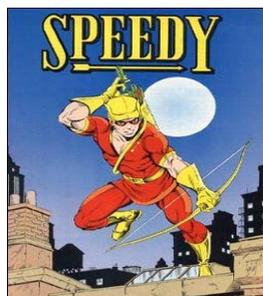
II.- Los primeros acompañantes juveniles

Desde muy pronto, el universo DC creó la figura del acompañante juvenil del superhéroe, en un intento de que los más jóvenes se sintieran identificados

¹ Acompañantes juveniles



con estos jóvenes acompañantes, a los que –tal vez– se podían sentir más cercanos, que a sus contrapartidas adultas. En los tempranos 1940 y 1941 ya habían aparecido las contrapartidas juveniles de Batman, Green Arrow y Sandman: Robin, Speedy y Sandy Hawking.



Asimismo, Jimmy Olsen, secundario en Superman, y compañero de este en varias aventuras en años posteriores, ya había aparecido en el número 8 de Action Comics, de 1938. No solamente eran las versiones de los héroes, sino que éstos los habían acogido bajo su tutela por una u otra razón. Eran jóvenes, niños, que por diferentes causas, habían sido «escogidos» por los superhéroes, y habían sido entrenados en las artes de estos. Porque, además de la razón que hemos dado antes, la de que un público más joven se identificara con ellos, también existía otra: «humanizar» a los superhéroes, mostrar su cara más amable, aunque en realidad, sin llegar a la ternura. La relación padre/hijo realmente no se llegaba a producir por aquel entonces, aunque no estuviese nunca muy lejana (algunos, por no decir la mayoría de los jóvenes eran, en principio, huérfanos).

Esta figura de los acompañantes juveniles, de las versiones más jóvenes de los veteranos héroes ha sido norma habitual en DC Cómics, y ahora mismo se podría decir que existen, al menos, cuatro generaciones de Superhéroes –al menos en la «Continuidad», que ese es otro tema que daría para varios artículos por sí solo–. Es más, uno de los grandes atractivos de esta editorial es lo que se ha dado en llamar «el legado»; es decir, generaciones de un mismo superhéroe, el manto superheróico pasando a los más jóvenes.

En la otra gran editorial norteamericana de cómics, Marvel, la *edad* de los superhéroes llegó en los años sesenta, con la creación por parte de Stan Lee, Jack Kirby, Steve Ditko y otros autores de superhéroes como *Los Cuatro Fantásticos*, Spiderman, Iron Man, Hulk... También recuperaron antiguos superhéroes de los tiempos de Timely Cómics, tales como Namor, Capitán América, la Antorcha Humana (de éste copiaron la idea, y la incluyeron en los 4 Fantásticos, no el personaje original).



La antorcha humana

Éstos personajes, de los años cuarenta, y cuyas acciones transcurrían en plena II Guerra Mundial, tanto en solitario como formando parte de *Los Invasores*, sí que contaban con acompañantes juveniles, como Bucky (compañero del Capitán América), Toro, Sungirl (ambos de la Antorcha Humana original). Pero al trasvasar a estos superhéroes a los años sesenta, e incluirlos en el Universo Marvel, la figura del acompañante juvenil prácticamente se perdió. Sí que existían superhéroes juveniles (casi niños), igual que podía pasar en DC, pero la figura del sidekick fue meramente testimonial en el Universo Marvel. En este



sentido, hasta muy recientemente, sólo sería reseñable la figura de Rick Jones (1962). Éste personaje comenzó como acompañante y amigo de Hulk, incluso él mismo se ha transformado en Hulk alguna que otra vez; posteriormente fue frecuente verlo en las páginas de los Vengadores, dónde acabó asumiendo el rol de un nuevo acompañante del Capitán América. Y también ha sido el alter ego del Capitán Marvel.

III.- A través de las diferentes épocas²

Mientras tanto, en DC, la figura del acompañante juvenil del superhéroe seguía desarrollándose. Si en la llamada *Edad de Oro* aún existían pocos de estos personajes, en la *Edad de Plata*, la era del resurgimiento del cómic de superhéroes, esta figura experimentó un aumento considerable. Prácticamente todos los superhéroes contaban con su contrapartida juvenil que, o bien habían sido entrenados por ellos, o eran jóvenes héroes que habían sido acogidos por los adultos en algún momento de su carrera. La *edad de plata* del cómic comenzó en los años cincuenta, después de que el cómic de superhéroes hubiera prácticamente desaparecido; sólo se mantenían títulos de Superman, Batman y Wonder Woman. En aquellos tiempos, lo que más éxito tenía eran, sobre todo, los westerns y la ciencia ficción. Entonces, en un intento de reflotar la línea superheroica, combinando ciencia ficción y superhéroes, se lanza el título del Detective Marciano (Martian Manhunter). Resulta que es un éxito, junto con los otros tres héroes que aún se mantenían, por lo que se decide revitalizar el género. Surgen, por tanto, versiones nuevas de los antiguos héroes de hacía una década, o más. Sin embargo, la gente empezó a preguntarse por las antiguas versiones; los editores deciden que esos héroes más veteranos eran de un mundo paralelo, y lo denominan Tierra 2. En ella, los pocos acompañantes juveniles se reducen prácticamente a Robin, Speedy y Sandy Hawking; también se da un caso curioso, el de Pat Dugan (Stripsey, 1941), el único acompañante adulto de un superhéroe adolescente, Star Spangled Kid. Y comentemos también el de Doiby Dickles, «ayudante» sin poderes del Green Lantern original, Alan Scott, que posteriormente formaría parte de los Old Justice.

En los años sesenta, en plena Edad de Plata, una vez establecido de nuevo el género superheroico por parte de DC Cómis, y reunidos varios de sus superhéroes en la Liga de la Justicia de América, en honor a la antigua Sociedad de

² Para ampliar información sobre la historia de los cómics DC, podéis leer también:

Breve Historia de los cómics DC parte 1: Alfa Eridiani 1

<http://dreamers.com/alfaeridiani/marcos/numero21.html>

Breve Historia de los cómics DC parte 2 DC: AE 2:

<http://dreamers.com/alfaeridiani/marcos/numero22.html>

Breve Historia de los cómics DC parte 3: AE 3:

<http://dreamers.com/alfaeridiani/marcos/numero23.html>



la Justicia de América, Marvel inicia su edición de superhéroes. Crean algunos nuevos y, como hemos dicho, reciclan algunos de cuando la empresa se denominaba Timely Cómics.

Marvel empieza a poblar su universo superheroico, y empiezan a surgir superhéroes adolescentes. Esto será una práctica habitual en Marvel: Spiderman, la Antorcha Humana, Nova, Speedball, etc. Pero o forman parte de un grupo, o van en solitario, prácticamente nunca bajo la tutela de un superhéroe adulto.³

Si al hablar de DC Cómics comentamos que la creación de acompañantes juveniles respondía a la doble intención de hacer que los jóvenes se identificaran con ellos, y la de humanizar a los superhéroes adultos que los acogían, podríamos decir que Marvel, al comenzar su Universo de superhéroes, asume la primera de las razones: hacer que los jóvenes lectores se identifiquen con sus personajes, por cercanía en edad.

Jimmy Olsen



Mientras en DC Cómics empieza a proliferar la figura del sidekick –incluso algunos acompañantes de los superhéroes tienen sus propios acompañantes, como puede ser el caso de Jimmy Olsen (ocasional compañero de aventuras de Superman, y compañero de trabajo de su alter ego Clark Kent), con aventuras con la Legión de Repartidores–.

Surgen así en la ahora llamada Tierra 1, la de los superhéroes de la Edad de Plata, acompañantes y versiones de los superhéroes: Batman/Robin; Aquaman/Aqualad (y Aquagirl); Wonder Woman/Wonder Girl; Flash/Kid Flash; Green Arrow/Speedy; Capitán Marvel/Capitán Marvel Junior (y Mary Marvel) (estos, desde la época de su anterior editorial, Fawcet Cómics antes de ser comprada por DC, tras denunciarles por considerar al Capitán Marvel una copia de Superman). Incluso los Nuevos Dioses, una creación de Jack Kirby, tienen sus propios jóvenes, los Jóvenes Eternos, que aunque no sean acompañantes al uso, los nombramos como ejemplo de la juventud reinante en las páginas de los cómics superheroicos, más bien del legado que comentábamos antes.

En relación con DC Cómics, que como estamos viendo es donde se da con más frecuencia la aparición de la figura del acompañante juvenil, cabe mencionar que hasta ahora estamos hablando del Universo DC pre Crisis en Tierras Infinitas. Una vez tenga lugar este acontecimiento, (del que han cumplido 26 años

³ Para una idea de los diferentes métodos de escritura en Marvel y en DC, podéis leer: Sedice.com, *Método Marvel y método DC de escritura de cómics*. Muy interesante en el debate que se creó a raíz del artículo. <http://www.sedice.com/portada/index.php?q=node/931>

Breve Reflexión sobre el Cómic. Artículo de 2008 en el que comentaba el estado de publicación de DC y Marvel en España en sedice.com <http://www.sedice.com/portada/index.php?q=node/74>



en 2008) todo esto tendrá una nueva versión, desapareciendo muchos personajes y situaciones, empezando prácticamente desde cero toda la continuidad (aunque hubo que editar otras series intentando arreglar en todos los posible fallos en esa continuidad). A partir de ahí, consideraremos que se entra en la Edad de Bronce del Universo DC. Pero, de momento, sigamos con el universo precrisis.

Comentábamos, antes de este inciso, que en DC proliferaban los sidekicks, y la mayoría de los adultos tenían un ayudante (o algo parecido) juvenil. Pues bien, llegó un momento en que estos jóvenes, casi niños, reclamaron un espacio para sí mismos. Necesitaban una válvula de escape, juntarse con gente de su edad. Así, a semejanza de los adultos, que solían reunirse en grupos de superhéroes (Sociedad de la Justicia, Liga de la Justicia, Siete Soldados de la Victoria, etc), los jóvenes ayudantes deciden formar un grupo en el que tendrán cabida exclusivamente gente de su edad, los sidekids de los grandes. Se forma, por tanto, Jóvenes Titanes (o Titanes Adolescentes –1964–). Lo componen entre otros en esta primera versión, héroes como Robin, Kid Flash, Wonder Girl, Aqualad y Speedy. El grupo, que en diferentes versiones dura hasta la época actual, ha sido siempre refugio y punto de encuentro, más una familia o un grupo de amigos, de estos adolescentes con poderes. La versión más famosa, hasta ahora, ha sido la creada por Marv Wolfman y George Pérez (1980, Nuevos Titanes), que tomaron a algunos de los anteriores, y los unieron a otros que no eran versiones ni ayudantes de héroes adultos, pero sí jóvenes de prácticamente su edad.

En ese momento, algunos de estos jóvenes, por el proceso de maduración, o por los cambios en las series «madre» (esto es, en los títulos de los superhéroes que los acogieron bajo su tutela) empiezan a cambiar.

Por ejemplo, Robin (Dick Grayson) pasa a ser Nighthwing, con lo aparece un nuevo Robin (Jason Todd, 1983); tras una serie de problemas con las drogas y el posterior proceso de desintoxicación, Speedy comenzará a trabajar con el gobierno de los EEUU, para posteriormente pasar a ser Arsenal –1993– (y posteriormente, Red Arrow –2007–), con lo que surgirá una nueva Speedy (2001) (además del hijo de Green Arrow, con lo que aquí ya contamos con varias generaciones de «arqueros»); Wonder Girl pasará por una serie de cambios, acabando (por el momento) siendo Troia, y así surgirá una nueva Wonder Girl, hija de Zeus y una mortal. Habría otros ejemplos, pero ...



IV.– Tras las primeras Crisis (en Tierras Infinitas)

Y entonces llega la Crisis en Tierras Infinitas y, tras ella y las series surgidas para intentar arreglar en la medida de lo posible la continuidad. El Universo DC empieza de cero, con lo que mucho de lo conocido hasta entonces ha si-



do modificado; el Multiverso deja de existir, y todo se reunifica en una única Tierra (hasta entonces, existían varios universos, cada uno con sus propios superhéroes, que a veces podían interactuar; Tierra 1 –los héroes de la Edad de Plata; Tierra 2, los de la Edad de Oro y sus descendientes; Tierra S, Capitán Marvel y Familia; otras para los héroes comprados a la editorial Charlton, otra más para la versión animal de la Liga de la Justicia, una donde los nazis ganaron la guerra y existe un grupo de resistencia –El Tío Sam y los Luchadores de la Libertad, ocasionalmente ayudados por los héroes de otras Tierras–, etc.)

Todo empieza de nuevo (o al menos se intenta); Superman ya no fue el primer superhéroe, por lo que no inspiró el surgimiento de otros más; Superboy nunca ha existido, por lo que no fue la fuente de inspiración de la Legión de Superhéroes del siglo XXX; mueren, desaparecen o se transforman algunos héroes, tanto de la Edad de Oro, como de la de Plata: Supergirl, Flash, Green Arrow I, Paloma (de Halcón y Paloma, antiguos componentes de los Teen Titans), Speedy I, Superman I, desaparece la Sociedad de la Justicia, Kole (de Nuevos Titanes); surge una nueva Liga de la Justicia, un nuevo Escuadrón Suicida...

Todo esto lleva, entre muchas otras cosas, al cambio en el status de algunos de los sidekicks. Como ejemplos, al *morir* Flash II (Barry Allen), Kid Flash (Wally West) tomará el relevo y surgirá como el nuevo Flash (III; el primero sería el de la SJA, Jay Garrick de la Edad de Oro). Así, además de retornar a los Titanes, su primer grupo, también ingresará en una futura Liga de la Justicia, como hiciera Barry Allen.

Surgirá un nuevo Superboy, que con el tiempo se sabrá que es un clon de Superman... y Lex Luthor. Aparece un nuevo Robin (Jason Todd) que, por supuesto, llegará a formar parte de una nueva encarnación de los Titanes.

Así vemos que los que fueron los acompañantes de los superhéroes de la Edad de Plata, los de Tierra 1 se han hecho adultos y han cogido nuevas identidades, intentando unos alejarse de las sombras de sus protectores, tomando su legado otros. Y como paso lógico, esto da paso a que surja otra nueva hornada, un nuevo relevo generacional y que otros jóvenes tomen su puesto. Si además, contamos con que reaparece la Sociedad de Justicia a petición de los lectores, vemos que vamos ya por una cuarta generación de superhéroes. Porque además, aunque en principio en Tierra dos no era aún muy habitual en la Edad de Oro la presencia de las jóvenes versiones, sí que existían algunos jóvenes, ahijados, protegidos o directamente hijos de los componentes de la SJA (y de algún villano) que formaron su propio grupo: Infinity Inc (1988)...

V.– Generaciones

Las generaciones que comentamos, cronológicamente en los cómics, serían:

1ª.– Edad de Oro



En DC Cómics (Action Comics originalmente), héroes originales de Tierra dos –aunque después de Crisis esto no sea ya así–, Sociedad de la Justicia, Siete Soldados de la Victoria. Algún acompañante juvenil: Robin I, Speedy I, Sandy Hawkings

Los protegidos, hijos y ahijados de la SJA forman Infinity Inc. (1988). Integrantes de los grupos de los años cuarenta forman All Star Squadron: historias basadas en los años de la 2ª guerra mundial, creadas en 1981.

En Timely Cómics, futura Atlas Cómics y Cómics Marvel, superhéroes como Namor, Capitán América, Antorcha Humana, etc, con acompañantes como Bucky, Toro...

Poco después de la IIª Guerra Mundial, el cómic superheroico prácticamente desaparece. En la futura DC sólo se editan Superman, Batman y Wonder Woman, y nada de superhéroes en la futura Marvel.

2ª.- Edad de Plata

Cómics Marvel comienza a editar cómics de superhéroes, creando nuevos, y adaptando a los de la Edad de Oro. Ésa adaptación supone la práctica desaparición de los acompañantes juveniles.

DC Cómics: héroes originales de Tierra 1. Versiones remozadas en los años 50/60 de los de Tierra 2. Liga de la Justicia de América, Batman y los Outsiders, etc. Gran proliferación de compañeros juveniles, que serían la tercera generación:

3ª.- Los jóvenes del punto anterior de DC Cómics. Pupilos de los adultos, y algún que otro que iba por libre. A menudo agrupados en los Titanes: Robin II/Nightwing, Speedy II/Arsenal, Kid Flash, Wonder Girl/Troia, Aqualad, Halcón y Paloma, Beast Boy, Cyborg, Argent, Starfire, Raven, Robin III (Jason Todd)...

En Marvel, todo sigue igual.

4ª.- Edad de Bronce.

Tras la Crisis en Tierras Infinitas de DC se establece un nuevo Status. Una sólo Tierra con todos los héroes que han sobrevivido a la Crisis. Algunos jóvenes asumen otro rol, y surge una nueva generación: Superboy, Speedy III, Wonder Girl II, Impulso (Bart Allen) –un familiar del futuro de Flash–, Robin IV (Tim Drake), etc. Ésta nueva generación se agrupa en Young Justice (Justicia Joven), mientras que los anteriores aún suelen formar parte de Titanes.



En Marvel podemos considerar el nacimiento del Universo Ultimate, la versión remozada de algunos de sus superhéroes, en una continuidad aparte de su línea tradicional.

Pero, como en la vida misma, el Universo de los superhéroes cambia; no al mismo ritmo que la vida real, y no en todas las editoriales por igual, pero cambian. Así, en el caso que nos ocupa, siguen apareciendo series que influyen en la vida (y muerte de nuestros jóvenes superhéroes). Por ejemplo, la transformación de Kid Flash en Flash tras la Crisis en Tierras Infinitas, conlleva que Impulso pase a ser el nuevo Kid Flash... y tras la reciente Crisis Infinita, en Flash (toda crisis en DC conlleva un cambio drástico en lo referente al personaje de Flash, por lo que el destino de ese Flash también ha sido ése, volviendo el/los anteriores). También, la muerte de algunos personajes en la serie Día de Graduación hace que se reestructuren los status de las dos últimas generaciones. Los Titanes pasarán a ser los Outsiders, un grupo de «vigilantes» para intentar prevenir el crimen (el nombre está tomado del grupo que fundó Batman al abandonar la LJA por no estar de acuerdo en sus métodos, aunque él no esté conforme con el nuevo enfoque). Por su parte, Young Justice pasarán a ser los Jóvenes Titanes, un grupo que en principio sólo se reunirá los fines de semana, bajo la supervisión y enseñanzas de algunos veteranos Nuevos Titanes (casualmente, los que no eran sidekids)... pero, surge una nueva Crisis, y cambian otras cosas.

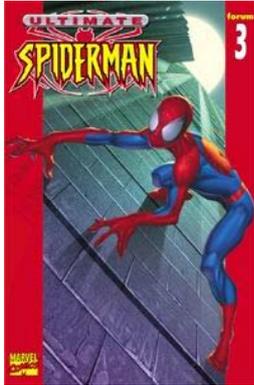
VI.- Universo DC/Universo Marvel (Ultimates)

Aquí quiero puntualizar algo; tal vez explicado así, y más centrándonos sobre todo en los acompañantes juveniles, el Universo DC puede parecer complicado de seguir. Ha habido varias series que han intentado simplificar todo lo posible, estableciendo *puntos de restauración* a partir de los cuales es más fácil entrar en ese particular universo ficticio. Ahora mismo están inmersos en una larga reestructuración, con cosas, estupendas, y otras más mediocres. Justo cuando se cumplían 25 años de Crisis en Tierras Infinitas, en la que se intentó empezar de nuevo, apoyadas en otras series posteriores como Historia del Universo DC, Hora Zero, y continuadas en otras como Legends, Millenium, surgen otras nuevas Crisis que hacen tambalearse, de diferentes maneras, los cimientos de DC. Crisis de Identidad, Crisis Infinita (que, parece ser, nos trae de vuelta el Multiverso que se eliminó hace 25 años) –apoyadas en series como Villanos Unidos, OMAC, Guerra Thannagar– Ran, Shadow Pact, y en especiales como Día de la Venganza, Un año después, además de continuados por 52 y Cuenta Atrás (a la Crisis Infinita) (ambas semanales), Crisis Final (y sus series derivadas).

Para mí, y para muchos seguidores de DC, no nos resulta nada complicado, a pesar de que durante la época en que Norma editó DC en España prácticamente muchos dejamos de seguirla, con lo que hemos tenido unos momentos de desconcierto, que hemos solucionado como hemos podido. Pero sí que en-



tiendo que a los que quieran empezar a leer DC ahora les pueda costar entrar, y necesiten algo de orientación. Pero, para esto, Internet resulta de gran ayuda, con sus páginas dedicadas al cómic, las webs de las editoriales, los aficionados que comentan las novedades, etc.



Sin entrar en ningún tipo de comparación, tal vez este punto sea más fácil de seguir en Marvel. Hace unos años, surgió una nueva línea editorial: ULTIMATE. Se trataba de versiones jóvenes, adecuadas a los tiempos actuales, de algunos de los iconos de la editorial, así como de algunas de las grandes sagas. Aparecerán así dentro de esa línea títulos como Ultimate Spiderman, Ultimate X Men, Ultimate Cuatro Fantásticos, Ultimate Iron Man, Ultimates (versión *ultimizada* de los Vengadores), y acontecimientos como la Saga del Clon (Spiderman), llegada de Galactus (Xmen, 4 Fantásticos, Ultimates), etc.

Mientras en el Universo *normal* Marvel, el 616, siguen existiendo héroes adolescentes, a veces reunidos en grupos. Algunos son versiones, o descendientes, o antiguos compañeros de otros adultos. Grupos como New Warriors, Runaways, Jóvenes Vengadores. Asimismo, otro caso típico de jóvenes con poderes son los mutantes, en la escuela del profesor Xavier. Allí también existen varias generaciones, que originan varios grupos mutantes: Nuevos Mutantes, Factor X, X Men, etc.

Pero como vemos, prácticamente ninguno ha sido acompañante/versión juvenil de algún adulto. Tal vez los casos más cercanos a eso sean el de Júbilo (1989) y Lobezno en algunas aventuras de los X Men, o el de los Jóvenes Vengadores, donde aparecen unas juveniles versiones (que no sidekicks) de Thor, Hulk, la Visión, Iron Man, y Capitán América... aunque no todo sea exactamente como pueda parecer en un principio.

VII.- Resumen Final

En resumen, que las dos grandes editoriales estadounidenses del cómic han utilizado de maneras diferentes la figura del superhéroe juvenil. En DC han surgido bajo *la capa* de sus mayores, para luego independizarse y *volar* por libre, o con compañeros de generación; esto ha hecho que, como ha quedado dicho, surjan varias generaciones de superhéroes, cada una con su historia, enriqueciendo así el particular universo de esa editorial. Por otro lado, Marvel prácticamente no ha hecho uso de esa figura del sidekick, siendo que existían unos cuantos en los años cuarenta, sino que directamente ha creado superhéroes juveniles, que se han tenido que valer prácticamente por sí solos –o agrupados, supliendo la falta de experiencia con la unión entre ellos.



Ambas formas son perfectamente válidas. Cada uno cuestionará una vertiente u otra dependiendo de sus preferencias por una u otra línea de cómics. Pero, a mi modo de ver, lo importante es el cómo se trate a los personajes, sus historias, su desarrollo y maduración. Y aquí, se abriría otro debate: cómo trata cada editorial a sus personajes; pero a todos, no solamente a los juveniles, aunque en el caso de estos sea más visible, pues, en teoría, habría que seguir su proceso de maduración.

Posdata.

Como hemos comentado más arriba, el universo superheróico no es estático, cada cierto tiempo puede cambiar. Porque todo este artículo estaba escrito antes de que finalizaran sagas como 52 (DC), Civil War (Marvel), y antes de que empezaran otras como Cuenta Atrás (DC) o Invasión Secreta (Marvel). Y en ellas han cambiado, y más que cambiarán en las otras, muchas cosas, algunas de las que aquí hemos comentado incluidas. Pero de momento, aún es pronto para hacer la valoración. De momento, este artículo ha sido un repaso por las generaciones y acompañantes juveniles de las dos grandes editoriales norteamericanas de superhéroes. Más adelante ya habrá tiempo (o no) para ampliarlo y/o corregirlo a la vista de lo que suceda en estas series.

© J.J. Arnau

J. JAVIER ARNAU, España, es asiduo colaborador de Alfa Eridiani donde ha publicado artículos y poesías. Ha publicado reseñas, poesías, artículos, relatos y microrrelatos en: Cyberdark.net, NGC3660, Cuentos para la Espera C30, El Parnaso, Tierras de Acero, Sedice.com, Queleoahora.com, Revista Cosmocápsula, Qliphoth, MegaGrupo de relatos, Luz de Luna (un volumen de relatos donde colaboró con relatos compartidos), ezine Efímero, Ediciones Efímeras (Poemario: PAISAJES DE CIENCIA FICCIÓN), Axxon, Necronomicon, Miasma, Químicamente Impuro, Club Bizarro, miNatura (donde además, ha sido dos veces jurado), PulsarFanzine, De Tjldijn (revista belga de CF), fanzine Título, La Biblioteca Fosca, Universidad Miskatónica, Rock Sonora, etc.

Más información en sus blogs: Por si Acaso: Previniendo Desastres (<http://jjarnau1.blogspot.com/>), [(micro) relatos, poesías, artículos, y enlaces a sus publicaciones] y Currículum Literario <http://javier-obrasjavierarnau.blogspot.com/>, con el listado y los enlaces a los sitios desde donde puede descargarse su obra.

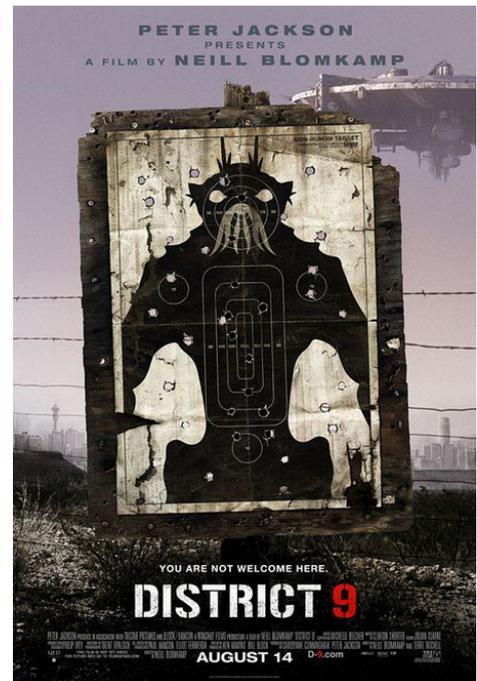


DISTRITO 9: EL REGRESO DE LA CIENCIA FICCIÓN

por Magnus Dagon

De hecho con esta película no sólo la ciencia ficción, como auténtico género, vuelve con nosotros, sino que un servidor regresa como articulista a Alfa Eridiani, tras un largo paréntesis que en principio era definitivo, para volver a tomar las riendas de la sección de cine y poder entregar una nueva reseña a cada número que aparece. De hecho, los años no pasan en balde y regreso bajo el nombre con el que he decidido dar a conocer mi obra, el de Magnus Dagon. Y una vez celebrado el regreso, hablemos de esta película que ha sido, sin duda, una sorpresa mayúscula en el malogrado terreno de la ciencia ficción cinematográfica.

Porque para empezar cada día es más raro encontrarse con un proyecto como éste, basado en una idea que no se sustentaba en ningún gran éxito previo, y que sin embargo ha cosechado un notable éxito de taquilla e, igual de importante, también de crítica, incluso crítica no especializada. Es, de hecho, una película que si bien ha estado producida por **Peter Jackson**, con lo que era obvio que uno podía esperar encontrarse con una superproducción destinada, como muchas otras, a recaudar dinero para las arcas de Hollywood, ha trascendido con creces su condición de *blockbuster* veraniego para convertirse en una película tremendamente beneficiada por el boca a boca que ha hecho que se convierta en una más de las que demuestra que es absurdo medir la recaudación de una película únicamente por los resultados de la primera semana (como ya demostró anteriormente *Batman Begins*).



Haciendo un inciso momentáneo en un tema de debate paralelo, esta película se está enmarcando en lo que parece ser una era de renacimiento de la ciencia ficción con mayúsculas, no simplemente las franquicias de *Star Trek* y *Star Wars* que siempre han inundado, de una u otra manera, el mercado audiovisual. El cine también se está haciendo eco de que debe buscar nuevos caminos y géneros más allá de elfos y niñas con camión y el pelo por delante, y están empezando a explotar este filón de inimaginables posibilidades. Seguramente el pistoletazo de salida a la vorágine lo dará, más concretamente, *Avatar* de **James Cameron**, tras lo cual se prevé una inundación de títulos cienciaficcioneros en nuestras carteleras y, por extensión, en nuestras librerías. Pero tiempo al tiempo, y sigamos hablando de la película.



Esta película, a la que se podría etiquetar sin muchos problemas como ciencia ficción social, está dirigida por un director sudafricano llamado **Neill Blomkamp** y basada en un corto previo que él mismo llevó adelante también. Como muchas veces antes, recibimos la visita de seres de otros mundos. Sin embargo, esta vez las cosas son muy distintas, y en muchos sentidos, más literarias que cinematográficas. No se esperen tópicos como los de *Independence Day* o *E.T. El Extraterrestre*. Aquí la historia, más que un puzzle lleno de clichés clásicos de la ciencia ficción, resulta intentar ser una terrible y perversa imitación de la realidad que más nos inquieta: racismo, guerra, aislamiento, marginalidad...

Como bien dicen en la película, todos pensamos que pasaría en New York.



O en Washington. Pero la gran nave espacial aterrizó en Johannesburgo, en el sur de África. Y con un estilo muy original que imita los documentales, y que ya tenía de hecho el terreno abonado gracias a una inteligentísima campaña de curiosos carteles publicitarios, vamos siendo testigos del conflicto. La nave estaba llena hasta los topes de alienígenas desnutridos, de cuyo aspecto hablaremos después. No tienen líderes, ni jerarquía, puede que nunca tuvieran nada parecido, puede que sí. Tal vez huían de un mundo sin recursos, o quizás sufrieron una pandemia a bordo, no lo sabemos. El caso es que se les concede asilo y organizaciones humanitarias de todo el mundo tratan de ayudarles. Pero no tarda en construirse el Distrito 9, un hogar temporal que, poco a poco, con el paso inexorable de los años, se va convirtiendo en un ghetto, y los habitantes pre-

vios del lugar empiezan a considerarles poco menos que intrusos, con lo que empieza el odio mutuo, que deviene en atentados y toda clase de crímenes contra la dignidad de ambas especies. ¿Les suena de algo? Enciendan la tele y verán una historia similar todos los días, llámenlo Gaza, Sierra Leona...

Ésta es la premisa del corto, y con respecto a ella, alguna puntualización. La película sigue una idea análoga, pero focalizando la trama bajo el punto de vista de un personaje, Wikus Van de Merwe, un funcionario de los pies a la cabeza al que endilgan el marrón de trasladar a los alienígenas a otro lugar seguro, en lo que resulta ser todo un proceso de migración ilegal de población plagado de innumerables abusos de autoridad y violaciones de derechos *humanos* (ya me entienden). Sin embargo un inesperado acontecimiento pondrá al amigo Wikus en el ojo del huracán y le obligará a ser un proscrito para ambos bandos, y de ese modo conoceremos la cara oscura (más oscura aún) que se esconde ante tantos intereses creados, y que involucra una más que curiosa versión modificada del ya clásico tráfico de armas entre países bajo conflicto bélico.

Algo interesante de mencionar es que los alienígenas son morfológicamente antropoides. De hecho me hacían pensar a veces en los insectores de *El juego de Ender* o en los Taurinos de la *Guerra Interminable* (más en términos de la sensación que me producían que meramente descriptivos), una forma elegida para que el espectador no empatice con ellos de manera sencilla. Sin embargo tienen mente, pensamiento y opinión propia, y otro gran acierto es su diversidad de personalidades: los hay violentos y agresivos, como en todas partes, pero también los hay que incluso conocen los tratados de derecho internacional.



El personaje de Wikus, como es lógico, sufre una evolución a lo largo de la película a la que asistimos con interés, y es posiblemente uno de los puntos de debate más candentes de la historia, pues más que un personaje realista parece un vehículo para llevarnos de la mano por todos los aspectos del conflictivo paisaje que se nos presenta, y por eso tiene a veces actitudes y motivaciones claramente radicales y a veces incluso contradictorias, pero es algo disculpable teniendo en cuenta su función en la historia, como ya he comentado.

Otro aspecto muy interesante de la película es su enfoque, sobre todo en la primera parte de la misma. La estructura de documental es un grandísimo acierto, porque además no es un documental objetivo, sino uno en el que debemos leer entre líneas, debido a esa máxima que dice que la historia siempre es contada por aquellos que resultan vencedores a lo largo de ella. Ante nosotros, muchas veces, se nos presentan hechos y acontecimientos que, si los pensáramos situando seres humanos en el lugar de los alienígenas, se nos antojarían como horribles crímenes dignos de un **Milosevic** o un **Pol Pot**. Esta faceta normalizadora de la violencia es, además, muy interesante porque nos permite entender cómo los monstruos perpetradores de semejantes atrocidades pueden ser capaces de justificar sus propios actos en el mismo momento de cometerlos.

Con respecto al apartado técnico los efectos especiales son correctos y muy bien estudiados, pues no quieren llamar la atención ni desviarnos de lo importante de la película, que es la trama en todo su esplendor, con sus complejos matices de gris, presentes en todo momento. Son efectos especiales como ya



hacia varios años que no se veían en una industria cinematográfica que estaba, desde hacía mucho tiempo (y sigue estándolo, por desgracia) más preocupada por la forma que por el fondo. A destacar también, en el apartado artístico, la nave espacial estropeada que orbita los cielos como una inmensa fortaleza abandonada.

Y con esto acaba este artículo, y se inaugura lo que podríamos llamar la segunda temporada de esta sección. Como costumbre de nuevo cuño, intentaré recomendar una película con puntos similares a la que hemos comentado, pero muy alejada en otros aspectos, para motivar vuestro interés por polos opuestos



del séptimo arte. En este caso la película es *Zelig*, de **Woody Allen**, que también usa de manera magistral la idea de un falso documental para hablar de un hombre que tiene la capacidad de que su metabolismo y personalidad imitan a aquellas personas con las que pasa un tiempo prolongado. Todo esto, por supuesto, bajo la peculiar óptica de este genio perpetrador de las relaciones personales y sentimen-

tales más bizarras existentes.

Y con esto terminamos, hasta el próximo número de Alfa Eridiani. Adiós, y no olviden que la ciencia ficción es la fantasía del científico, la fantasía es la ciencia del poeta, y el terror la pesadilla de ambos. ¡Nos vemos en un nuevo artículo!

© Magnus Dagon

MAGNUS DAGON, seudónimo literario de Miguel Ángel López Muñoz. Nacido en Madrid en 1981, licenciado en ciencias matemáticas. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta con El informe Cronocorp publicada después bajo el sello de Ediciones B. Ese año fue finalista también del Premio Andrómeda con su relato Reiskolem, y al año siguiente fue finalista del Premio Pablo Rido con Géminis. Este año ha sido galardonado con el II Premio Internacional de las Editoriales Electronicas, con el relato Algunos deben caer. Ha publicado relatos en Alfa Eridiani, Axolotl, Axxón, Bewildering Stories, Miasma, Necronomicón, Nuevomundo y TauZero, entre otras revistas. Es autor de la sección de ensayo Guía del Autoescritor Galáctico en NGC. Tiene pendiente de publicación un libro con la editorial Equipo Sirius y otro con Grupo Ajec. El año que viene sale a la venta su primer libro, Los Siete Secretos del Mundo Olvidado, puedes ver las novedades al respecto en <http://magnusdagon.blogspot.es/tags/lossietesecretos/>



Poesías

DIOSES Y MUERTES

por J. Javier Arnau

El poemario de Javier que presentamos hoy es muy variado. En Dioses, el poeta recorre los senderos de un extinto ser que resurge, mientras los dioses observan un nuevo despertar. En D.E.A.D., la poesía de Arnau nos lleva desde lo sublime hasta los abismos más profundos de su tristeza y de sus angustias. Recoge sus recuerdos y los moldea como si fuera arcilla en los recovecos de su memoria y plasma en la pantalla sus emociones más intensas. En Muros, la oscuridad, que es la muerte, perdura en cada una de las líneas y refleja su estado abrumador, mientras su alma se siente devastada por la pasión.

DIOSES

Un viejo ángel, una marchita flor
extinta desde antes de la creación,
derrama una espúrea lágrima,
un violento icor
de agonía y vehemencia.
Un fuego brota
de lo que antaño fueron sus ojos,
y su cara, de porcelana y cristal,
se jaspea ante el roce de la humanidad.

Una plaga, una invasión de inanes seres,
fútiles amalgamas de materia y energía
concebidos como respuesta
al laborioso existir de las esferas celestes,
amenaza con romper la armonía estelar.

Y ancianos dioses,
arquetipos, paradigmas
de lo que un día fue el universo
velan en desesperada angustia
ante el alba de esta nueva raza.



D.E.A.D

El viento entre los mundos
Nos trae jirones de recuerdos
Vórtices sobre las estrellas
Estaciones sobre las lunas
Y tu presencia cerca de mí.

Viejos cargueros espaciales
Antiguas estaciones de suministros
Agujeros de gusano en desuso
Flotando sobre mi cabeza
Trayendo recuerdos
Que se pierden entre el viento.

La circulación entre los mundos
Restringida al paso de cometas
El aire del olvido
El viento cósmico
La niebla espacial
Flotando sobre los mundos
Tu recuerdo en mis manos
Las estrellas que caen de tus ojos
Sobre el vórtice que hay
Entre mi cabeza y mi corazón
Destruyendo la materia,
La materia de la que están hechos
Los sueños del olvido.

Los cometas pasan raudos
De tu sonrisa a la mía
La niebla del recuerdo
Destruyendo la materia.

Un vórtice cruza por mi mente
Un agujero negro
Se come mis pensamientos
Hay estrellas en el fondo de tus ojos
Que caen sin remedio
Flotando entre los mundos
Flotando con el viento cósmico
Flotando en mi recuerdo.

Los Arquitectos Cósmicos
Reconstruyeron mi corazón,



El viento recorre mis venas
Las estrellas iluminan mi mente
Y un Arco Iris recorre la galaxia
Proclamando mi resurrección.

Fluidos de recomposición
Cables de recombinación
Programas de reinstalación
Algoritmos de reinención
Y tú en mi recuerdo,
Sobre todo,
Sobre todas las cosas.
Tu recuerdo en mis manos
Y los Arquitectos que remodelan
Un programa en mi interior
Que me haga olvidar
Que me haga no recordar
Mi muerte
A bordo de un carguero espacial
A través del viento cósmico,
De un vórtice espacial
Cayendo, siempre cayendo
A través de tu mirada
De tu sonrisa, sobre la niebla
Que va borrando mis recuerdos.

Hay un vórtice
Entre mi cabeza y mi corazón
Que destruye
La materia de los recuerdos.
No me deja recordar
Quién soy yo,
Quién eres tú
Sólo mi misión;
Cruzar el vórtice espacial,
La niebla cósmica
A bordo de mi carguero espacial.

DATA END AND DEADLY

MUROS

Atraviesa los muros,
Los verdaderos, auténticos,
Densos, desesperantes Muros.



Tan fríos como la Noche
Antes de la verdadera Muerte,
Tan oscuros como el Alma
De los Eternos Condenados.

Gira, gira y perdura
Mientras un suspiro
Perviva en tu mente,
Mientras un aleteo inconsciente
Brille en el fondo de tu alma.

Atraviesa los verdaderos
Pozos de desesperación
Penetra a través de su sombra
Y descubre el secreto
De la verdadera vida,
De la eterna muerte sin fin
En un anhelo
Que perturba la consciencia
Colectiva del hombre
La negrura que socava el ánimo
La desesperación que atrapa tus nervios
La Eterna Fuente que mana la sangre
De los muertos en vida,
De los condenados a vivir
En el fondo de sus negras ánimas.

Atraviésalos,
Mientras la verdad se manifiesta;
A través de tu ser
La humanidad se rinde.

Pozos sin fondo
Secretos susurrados
A lomos del viento cósmico
A través de los eones
Que atraviesan eternamente
Los condenados
A la oscuridad eterna.

Atraviésalos,
Antes de la noche sin fin
De la negrura eterna.

© J. Javier Arnau

La biografía de J. Javier Arnau se puede consultar al final del artículo SIDEKICKS DE LOS SUPERHÉROES (pág.90).



EMOCIONES PLASMÁTICAS

por Carlos Daminsky

En ROMÁNTIKA descubrimos un universo sin sentido, con amor por el ADN, la genética y los retratos que se cuentan en pixeles, de una frialdad metálica y un llanto sin lágrimas. En ESPECTADOR ARTIFICIAL. PAISAJE SEMI-ANIMADO es exactamente como se titula, un espectador no humano en un paisaje que mueve ligeramente por cascadas y resortes a un autómatas que es un juguete animado que ayuda al autor a mantener un cierto equilibrio. En CHICAS MUERTAS, el poeta propone un baile macabro, sin emociones, pero con mucho movimiento desarticulado entre velos de hielo negro y huesos fosforescentes.

ROMÁNTIKA

Ay mi dulce amada
que te encuentras
en
alguna
sala
repleta
de simulacros.

Tú
que
posees el mismo ADN
eres
mi
hermana
genética
y
mi
hembra
necesaria.

Quisiera
recuperarte
volver
a
recrear sueños verdaderos
nada
de
espurias
simulaciones.



Ay qué dolorosa separación
el tiempo se eterniza
en
eones
de acero perverso
y
de
aflicción
con forma de ondas
distorsionadas.

Todavía
tengo
la impronta
de
aquel nefasto día
un pequeño
legado 3D
pero
de todo aquella
desdicha
únicamente
visiono
tu rostro
guardado
y restaurado
con hermoso cariño
pixel a pixel.

Y
lloro
(todavía lo puedo hacer)
al monitorizar
tu faz argenta
de
ojos rubíes
y
la
sonrisa
magnética
perfectamente plasmática.

Así
de nuevo
caigo
en este desesperar



porque
este
resultado fallido
es
la
execración
de todo universo sin sentido.

ESPECTADOR ARTIFICIAL. PAISAJE SEMI-ANIMADO

En este perlado plano intrínseco
dividido en paralelos equidistantes geoméricamente
y perpendicular con respecto al espacio cúbico,
puedo descargar mis extensiones
en un estado eficientemente básico
que no corrompe mi memoria-legado
puesto que ahora no puedo arriesgar
alcanzado ya el nivel superior de auto-servicio.

Inmediatamente el disparador funcional
activa las cascadas de silogismos de la matriz plasmática,
en un centesimal instante los resortes de cuerda
ponen en marcha al autómata mecánico.

Un resto óseo clonado
a partir de ADN de una raza arcaica
es el juguete que ostento ante el arcaico robot,
y el instante recreado asciende
a los neurotransmisores de última generación
que me proporcionan la sensación animada
mientras lanzo el hueso en una parábola que eficazmente
formo al cortar el cono recreado
con un plano paralelo a la directriz,
así en esta fracción dentro de otra fracción
con mis cometidos de nuevo entrenados
consigo mantener mi estado cognitivo no-anulado
que me sostiene sin caer en el fallo de sistema
por consiguiente totalmente óptimo.

CHICAS MUERTAS

Baile fosforescente de huesos
cementerio replicado
gárgolas etiquetadas
lloros activados



por neurotransmisores artificiales
un inicio de vómito
la saturación de las dendritas mejoradas
distorsiona el escaneo
y las chicas muertas
se comban en redes
en las que los recuerdos
pasan a ser de interés público
después del tiempo estándar.

Danzas desarticuladas
placas que se deshacen
entre el líquido de los sueños
y parte del escudo
contra la interferencia
de sus antiguos pensamientos
se desmorona fallido
con sus sonrisas desfasadas
la penetración
es rápida
orgánica y dolorosa
hay un porcentaje
de suplementos de memoria
que se destruye
y por fin ellas están contigo
colapsando todas las fases
con sus velos de hielo negro
requiriendo de ti enlaces
para que su baile se acople
parasitando tu almacenamiento
así que el sistema funcional
entra en un nuevo estado
de placer cambiado
que te empieza a agradar
mientras te deshaces
sin oponer resistencia
bajo destellos acobaltados.

© Carlos Daninsky

Carlos Daminsky (Alcoi,1973): poeta y escritor autodidacta. Ha sido publicado en diversos ezines como: NGC 3660, NM, Portal Cifi, Axxón, Aurora Bitzine, Sedice, Action Tales. Actualmente tiene en preparación un poemario de cifi con Javi Arnau y una novela. También ha publicado y en descarga gratuita dos poemarios (no de género) titulados: Entre Límites y El Libro Negro.



Noticias

Nº 1 de Sci-FdI



Presentamos el primer número de la revista Sci-FdI (<http://www.ucm.es/sci-fdi>), que nace en la *Facultad de Informática de la Universidad Complutense de Madrid* con la voluntad de convertirse en una publicación periódica estable y abierta a la participación de todos los aficionados a la Ciencia-Ficción.

El núcleo central de *Sci-FdI* estará formado por relatos cortos, pero manteniendo espacios adecuados para la inclusión de ensayos, cómics, ilustraciones, reseñas u otro tipo de contenidos relacionados con la ciencia-ficción. Estamos abiertos a las sugerencias o propuestas innovadoras que nos queráis hacer llegar, y sobre todo a vuestras contribuciones, que al final serán las que den vida a esta revista. Por favor, enviadnos vuestras propuestas a scifdi@fdi.ucm.es

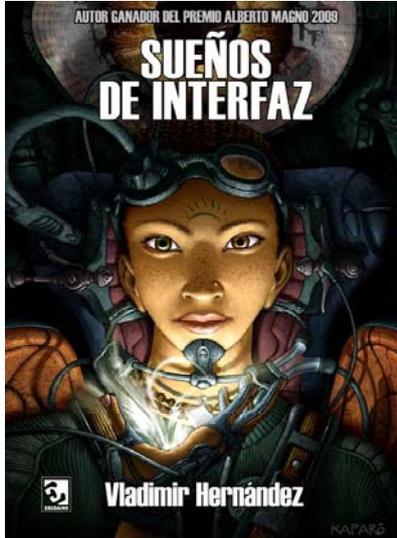
Nuestro primer número incluye un homenaje a J. G. Ballard y una presentación de Miquel Barceló, junto con 7 relatos, un cómic y un ensayo.

Esperamos que disfrutéis de los contenidos de la revista y que podamos contar con vuestra participación futura en la misma.

[Fuente: Sci-FdI]



LANZAMIENTOS EDITORIALES DE ALFA ERIDIANI



Título original: Sueños Interfaz.

Autor: Vladimir Hernández Pacín.

Editorial: Alfa Eridiani

Colección: Eridano papel nº 3

Nº páginas: 351

Dimensiones: 15,5 cm x 23 cm

Precio: 15 €.

Alfa Eridiani se complace en presentar el primero de una serie de Eridanos en papel dedicados a los grandes cuentistas de ciencia-ficción en lengua castellana. El aquí reseñado ya se puede conseguir en Cyberdark.net y en <http://eridano.alfaeridiani.com/> dónde se puede conseguir un descuento especial por la compra de dos libros. Ver información propia página.

Información contraportada:

Una mujer atrapada en la rutina de un inminente futuro biopunk. Inverosos y entidades post-singularidad al borde del cisma la civilización humana prisionera en el Sistema Solar Interior, convertida en simple raza cliente de otras especies, y un antihéroe con la imposible misión de liberarla. Un grupo de aventureros pretenden realizar el Robo del Milenio. La guerra contra alienígenas y su efecto de enajenación en un soldado. ¿Puede un transhumano romper el yugo de sus genes? la crónica mordaz de un grupo de raperos del siglo XXI que van de safari al Período Cretácico de un universo alternativo.

Vladimir Hernández Pacín (La Habana, 1966) se trasladó a España en el año 2000 tras quedar finalista del premio UPC con la novela Signos de Guerra. Desde entonces sus relatos se han visto publicados en diferentes revistas europeas, y ha sido galardonado con premios Alberto Magno, Menciones UPC, dos premios Manuel de Pedrolo y un Terra Ignota, entre otros.

Originales y de gran fuerza argumental y estilística, los relatos que componen Sueños de Interfaz hacen de esta antología un libro imprescindible para juzgar el alto nivel de calidad literario alcanzado por la ciencia-ficción en idioma castellano.